

MACUNAÍMA

UN HÉROE SIN CARÁCTER



MÁRIO DE ANDRADE

se

Macunaíma es la obra maestra del modernismo brasileño. Calificada como rapsodia en prosa, integra la temática popular, folklórica e indígena en un estilo experimental en el que tienden a borrarse los límites entre el habla común y el habla escrita.



Mário de Andrade

Macunaíma

Un héroe sin carácter

ePub r1.0

Ninguno 08.08.13

Título original: *Macunaíma. O herói sem nenhum caráter*

Mário de Andrade, 1928

Traducción: Santiago Kovadloff y Héctor Olea

Notas: Gilda de Mello e Souza

Diseño de portada: Ninguno

Imagen de portada: fotograma de la película *Macunaíma* (1969), de Joaquim Pedro de Andrade.

Editor digital: Ninguno

ePub base r1.0



Nota de la edición

Para hacer más fluida la lectura, en esta edición hemos decidido simplificar el sistema de referencias de notas a pie de página, dejando sólo aquellas explicaciones imprescindibles. Fueron tomadas de la selección cotejada y revisada por Gilda de Mello e Souza.

Con respecto al vocabulario original, algunas palabras en su transcripción al idioma original tienen significados cuyos referentes han desaparecido o no están frescos en la memoria popular. En algunos casos, el autor recoge juegos lingüísticos con sentidos que difícilmente pueden reconocerse o están perdidos en el origen de la memoria popular, algunos tal vez en desuso. Por eso se ha dicho que el libro posee cierta indeterminación semántica. En otros casos, cuando recoge expresiones populares de difícil comprensión o traducción, el autor recurre a la recreación de juegos de palabras a partir de sonoridades mágicas.

Por otro lado, es un libro de varios niveles de lectura: el histórico, el simbólico, el mítico, el irónico, satírico y paródico, el estructural y el lingüístico con trascendencias culturales en tanto sistema complejo que incluye varias expresiones del arte, como la música popular y la académica, y otras disciplinas como la psicología social y la política.

Entre los niveles de lectura con los que trabajó el autor, está la base musical del texto que él llamó rapsódica. Es decir, combinó dos principios de variación, el de la suite académica que integra piezas distintas con el principio popular carnavalesco de la transformación, metamorfosis y el de la improvisación.

Coral Pérez Gómez
Coordinadora de la ed. en papel

A Paulo Prado

I. Macunaíma

En las puras honduras de la Selva-Espesa nace Macunaíma, el héroe de los nuestros. Es azul de tan negro e hijo del miedo de la noche. Hubo un momento en que el silencio era tan intenso escuchando el cuchicheo del río Uraricoera^[1], que la india tapañumas^[2] dio a luz a una criatura fea. Y ese crío fue lo que llamarían después Macunaíma^[3].

Ya en la niñez hizo cosas que requeasustaban. En primera se pasó seis años sin decir ni pío. Si lo sonsacaban a hablar, exclamaba:

—¡Ay, qué flojera!...

Y sanseacabó. Se la pasaba papando moscas en un rincón del arranchado de chozas, trepado en un tapanco de palma de palapa, mirujeando el trabajo de los demás y sobre todo a los dos manos que tenía, Maanape ya viejito y Yigué en plenas fuerzas de hombre. La diversión suya era desceparle la cabeza a las hormigas tambochas. Vivía echadote, pero si olía a dinero, Macunaíma andaba a tatas pa ganarse un mango. Y también se avivaba cuando la familia iba a bañarse al río todos desnudos y juntos. Sus baños eran sólo zambullidas y las mujeres bullían con gritos cascabeleros por culpa de las jaibas dizque allegadas a las aguas dulces de por allá. En el mocambo si alguna cuñataí se le acercaba a hacerle fiestecitas, Macunaíma pasaba la mano por las gracias de ella y cuñataí se mandaba la parte. A los machos les esputaba la cara. Pero a los viejos les tenía respeto y frecuentaba con aplicación la muruá la poracé el toré el bacororó la ciucog^[4], todas esas danzas religiosas de la tribu.

Cuando se trataba de dormir se trepaba en el chinchorro pequeñito olvidándose siempre de orinar. Como la hamaca de la madre estaba abajo de la cuna, el héroe meaba caliente sobre la vieja, espantando rebién a los mosquitos. Entonces se adormecía soñando garabatos, inmortalidades estrambóticas, y daba de patadas al aire.

En pláticas de mujeres a pleno rayo del día, el bululú era siempre por las travesuras del héroe. Las mujeres reían muy halagadas, diciendo que «espina que pincha de pequeña ya trae punta» y en una brujencia de payé Rey Nagó^[5] hizo un discurso y avisó que el héroe era inteligente.

No bien tuvo seis años, le dieron agua en un cencerro^[6] y Macunaíma principió hablando como todos. Y le pidió a su madre que largara de rallar la yuca sobre la cebadera y lo llevara a pasear remontándose por el monte. Su vieja no quiso porque no. No podía largar así la mandioca. Macunaíma jeremiquió el día entero. De noche continuó lloriqueando. Al otro día esperó con el ojo izquierdo durmiendo a que su madre empezara el trabajal.

Entonces le pidió que dejara de trenzar el cestón de guarumá-blando y que lo llevara por los matorrales a pasear. La madre no quiso porque no. No podía largar así como así el balay, y le pidió a su nuera, la compañera de Yigué para que llevara al niño. La compañera de Yigué era retemoza y se llamaba Sofará^[7]. Se fue acercando recelosa, pero esta vez Macunaíma se quedó quietecito y sin poner las manos en la gracias de nadie. La joven cargó al piá^[8] a cuestras y se fue hasta el pie de las aningas de la orilla del río. El agua se había detenido para inventar un rasgueo de regocijo entre las palmas de yuraguano. Lo lejos estaba bonito con mucha biguá y cotúa-agujita revoloteando por los caminos de los canales del oquedal.

La muchacha colocó a Macunaíma en la rambla pero él se puso a gimotear, porque había mucha hormiga... y le pidió a Sofará que lo llevara hasta la escarpa del cerro allá en plena maleza, y la moza lo hizo. Pero luego que acostó al guacho-chico en el sotobosque sobre cayumbos, malangas y andacaás, éste crió cuerpo en un tris y quedó hecho un príncipe lindo. Anduvieron mucho por allá.

Recién volvieron al cabañal, la joven parecía muy fatigada de tanto cargar al mocosito a cuestras. Pero era que el héroe había jugueteado mucho con ella. Mal había recostado a Macunaíma en la hamaca, cuando Yigué llegó de atrapar pez con puza y la compañera no había trabajado nada. Yigué se sulfuró, y después de espulgarse las garrapatas le dio duro. Sofará soportó la soba sin chistar.

Yigué no desconfió de nada y se puso a trenzar cuerdas con fibra de caraguata. No ven que había encontrado rastro fresco de danta y quería agarrar al bicho en el armadijo. Macunaíma pidió un pedazo de esa huirá al mano, pero Yigué le dijo que aquello no era juguete de niños. Macunaíma lloró a moco

tendido otra vez y la noche fue difícil de tragar para todos.

Al otro día Yigué se levantó temprano para hacer la trampa y mirando al pibe tristón le dijo:

—Buenos días, corazoncito de los demás.

Pero Macunaíma rostritorcido cerró el pico.

—¿No quieres hablar conmigo, eh?

—Ando de malas.

—¿Cuál es el porqué?

Entonces Macunaíma pidió fibra de caraguata. Yigué miró hacia él con odio y mandó a la compañera a conseguir unas hilachas para el niño, y la moza chaschás. Macunaíma agradeció y fue de correveidile con el yerbatero-payé para que le retorciera una cuerda y soplara bien sobre ella humo de chimó.

Cuando todo estaba listo, Macunaíma le pidió a su madre que dejara a la chicha de cazabe fermentar a solas y lo remontara por el monte de paseo. La vieja no podía por culpa de tanto trabajo, pero la compañera de Yigué, la muy maromera, dijo a la suegra que «estaba a sus órdenes». Y se mandó al mato con el guricito a cuestas.

Recién lo colocó en la sotoselva sobre amarantas y palmas-del-viajero, el pequeño fue crece y crece y se convirtió en un príncipe lindo. Pidió a Sofará que esperara un poquito, que luego volvía para que jugaran, y se fue al abrevadero de la danta a armar un lazo. No bien volvieron de pasear, ya de tardecita, cuando Yigué llegó también de tender su armadijo cerca del rastro del tapir. La compañera no había trabajado nada. Yigué se puso pálido y antes de espulgar las garrapatas le dio con ganas. Sofará se aguantó el aguacero con paciencia.

El rayar del otro día aún no acababa de encaramarse a los árboles, cuando Macunaíma despertó a todos dando horrendos berridos, para que fueran, que fueran al abrevadero a buscar el bicharraco que había cazado... Pero nadie se la creyó y todos principiaron el trabajo del día.

Macunaíma quedó muy contrariado y le pidió a Sofará que se diera una llegadita al remanso, sólo para ver. La piba lo hizo y volvió comentando a todos que de hecho estaba en el lazo una danta muy grande ya muerta. Toda la tribu fue a buscar a la bicha, rumirrumiando con la inteligencia del guacho. Cuando Yigué llegó con la reata de caraguata sola, encontró a todos preparando la caza.

Ayudó. Y durante la repartición, no le dio ni un trozo de carne a Macunaíma. Sólo tripas. El héroe juró venganza.

Al otro día le pidió a Sofará que lo llevara a pasear y se quedaron en las matas hasta la boca-de-la-noche. No bien había tocado la hojarasca el chamaco y ya estaba convertido en un príncipe fogoso. Juguetearon. Después de jugar tres veces, corrieron matorrales fuera, haciéndose fiestas el uno al otro. Después de las fiestitas de codearse, hicieron las de cosquillejas, luego se enterraron en la arena y hasta se quemaron en llamaradas de petate, eso fueron las muchas fiestas. Macunaíma agarró un tronco de copayero y se escondió detrás de una pirañera. Cuando Sofará vino corriendo, le dio con el palo en la cabeza suya. Le hizo una brecha tal que la patoja cayó retorciéndose de risa a los pies de él. Lo jaló de una pierna. Macunaíma gemía de gusto aferrándose al tronco gigante. Entonces la muchacha le tarascó el dedo gordo del pie suyo y se lo tragó. Macunaíma chillando de alegría tatuó el cuerpo de ella con la sangre del pie. Después estiró los músculos irguiéndose en un trapezio de bejuco y a base de saltos alcanzó en un tris la rama más alta de la pirañera. Sofará trepaba atrás. El gajo finito se dobló oscilando con el peso del príncipe. Cuando la joven llegó también al tope jugaron otra vez columpiándose en el cielo. Después de jugar, Macunaíma quiso hacer una fiesta en Sofará. Empinó todo el cuerpo con la violencia de un empujón, pero ya no pudo seguir. La rama se tronchó y ambos se desprendieron dando trastumbos hasta amasijarse en el suelo. Cuando el héroe dejó de ver estrellitas, buscó a la muchacha a su alrededor y ya no estaba. Iba enderezándose en su búsqueda, cuando de un gajo bajo, encima suyo, el temible bramido del puma perforó el silencio. El héroe se acurrucó de miedo y cerró los ojos para ser comido sin ver. Entonces se escuchó una risita y Macunaíma se llevó un escupitinajo en el pecho. Era la moza. Macunaíma empezó por tirar piedras en ella y, cuando la hería, Sofará gritaba de excitación tatuando el cuerpo de abajo con el chisgueteo de sangre. Al final, una piedra rajó la comisura de los labios de ella y le molió tres muelas. Ella saltó de la rama y ¡guác! cayó sentada en la barriga del héroe que la envolvió con todo el cuerpo aullando de placer. Y jugaron otra vez más.

Ya la estrella Papacenas brillaba en el cielo cuando la joven regresó pareciendo muy fatigada de tanto cargar al piá a cuestas. Pero Yigué, que desconfiando había seguido al par por las matas, presenció la transformación y el

resto. Yigué era muy zonzo. Le dio mucha rabia. Se descño un rabo-de-armadillo y lo dejó ir con ganas en la cola del héroe. El berrinche fue tan grande que achicó el tamañazo de la noche y muchos pájaros cayeron de susto al suelo y se transformaron en piedra.

Cuando Yigué no pudo más con la zurra, Macunaíma corrió hasta la caapuera, masticó raíz de anacardo y volvió sano y salvo. Yigué llevó a Sofará con el padre de ella y durmió hamaqueándose de lleno y a sus anchas.

II. Mayorcito

Yigué era un zonzo y al otro día apareció jalando de la mano a una cuñá. Era su nueva mi-tacuna-mí y llamábanla Iriquí. Esta solía traer siempre un ratón vivito y coleando oculto en la maraña de su pelo y se endomingaba hartito. Pintaba su cara con paraguatán y yagua y toditas las mañanas se untaba coquito de asaí en los bezos que quedaban todos amoratados. Después se restregaba limón de Cayena por encimita y los labios se ponían totalmente abrasilados. Entonces Iriquí se envolvía en un manto de algodón a rayas hechas con negro de palo de acarí y verde de tataíba y aromatizaba sus cabellos con esencia de humirí. Era linda.

Pues bien, después de que todos se comieron el tapir de Macunaíma, el hambre azotó al rancho. Caza, ni qué decir. Nadie atrapaba nada y por equivocación un cachicamo tatú-eté se hacía el aparecido. Y por culpa de Maanape que mató un jigüebufeio pa que comieran, el sapo-almaciguero llamado Mataguigana, padre del delfín, miró con bronca. Mandó la inundación y el maizal se pudrió. Comieron de todo. Hasta las tástaras duras se terminaron y la fogata, noche y día, ni nonadas encecinaba y sólo sirvió como remedio al friaje que cayó. No había modo de que uno asara en ella una yesca de charqui.

Entonces Macunaíma quiso divertirse un poco. Dijo a sus manos que aún había mucho mije, mucha guabina, mucho careperro y pezbanana, todos esos peces de río; que fueran a embarbasar con veneno de las plantas del timbó las aguas y Maanape respondió:

—Ya no se encuentra más barbasco.

Macunaíma disimulando repiqueteó:

—Junto a aquella gruta donde hay guacas con dinero enterrado divisé ayaré a montones.

—Entonces vente acá nomás y muéstranos dónde es.

Y fueron. La margen estaba tan traicionera que no se atinaba bien sobre lo que era tierra o lo que era río entre los copados apompos. Maanape y Yigué buscaban y volvían a buscar enlodados hasta los dientes, despatarrándose, ¡guác! en los barreros tapados por la crecida. Saltaban librando trampales a grito tendido y con las manos atrás por culpa de los botarates peces candirús a punto de metérseles. Macunaíma reía para sus adentros viendo las mamarrachadas de los manos campeando barbasco. Fingía buscar también pero no daba paso, bien sequito en lo firme. Cuando los manos pasaban cerca de él, se agachaba y gemía de cansancio.

—¡No pujes tanto, guacho!

Entonces Macunaíma se sentó en una barranquilla del río y se puso a guachapear con los pies para espantar a los mosquitos.

Y eran muchos moscos, jejenes comejenes muayes zuntecos zancudos tábanos barigüis hideputas queresas, todo ese mosquerío.

Cuando era de tardecita los manos vinieron furibundos a buscar a Macunaíma por no haber hallado ninguna matita de ayaré. Al héroe le dio mieditis y disimuló.

—¿Encontraron?

—¡Qué vamos a encontrar ni qué ojo de hacha!

—Pos fue aquí mero que divisé barbasco. El barbasco un día ya fue gente como nosotros... Presintió que lo andaban campeando, ¡y ni su sombra! El barbasco un día ya fue gente como nosotros...

Los manos se admiraron de lo lumbrera que era el chamaco y volvieron los tres hacia el cabañal.

Macunaíma andaba muy caldeado por culpa del hambre. Al otro día le comentó a su vieja:

—Madre, ¿quién es el que lleva nuestra casa pa la otra banda del río, allá en lo seco, quién la lleva, quién? ¡Cierre los ojos un poquito vieja, y pregúntese así!

La vieja asintió. Macunaíma le pidió que se quedara más tiempo con los ojos cerrados y cargó con jacal palafitos flechas guacales morrales tinajas jabucos de junco hamacas. Todo ese trajín para un abierto de las breñas, allá en el firme del otro lado del río. Cuando la vieja abrió los ojos todo andaba por allá y había caza, peces, platanares dando, había tentenpiés de sobra. Entonces se fue a cortar banana.

—Aunque malhaga en preguntarle, madre, ¿por qué sumercé arranca así tanto plátano-macho?

—Pa llevar a tu mano Yigué con la linda Iriquí y a tu mano Maanape que andan pasando hambres.

Macunaíma quedó muy contrariado. Ideó, volvió a idear y le dijo a su vieja:

—Madre, ¿quién es el que lleva nuestra casa pa la otra banda del río, allá en el bañado, quién la lleva, quién? ¡Pregúntate así!

La vieja lo hizo. Macunaíma le pidió que se quedara con los ojos cerrados y al tiro nomás llevó todos sus ajilimójilis y todo al lugar en que antes estaban, allá por aquel mundo inmundado. Cuando la vieja abrió los ojos, todo estaba en el lugar de endenantes, avecinando a los barracones de mano de Maanape y de mano Yigué con la linda Iriquí. Y todos se quedaron rechinando las tripas otra vez.

Entonces malvada bronca que le dio a la vieja. Cargó al héroe en brazos y partió. Se enmató hasta rematar por el caapuerón llamado Donde el Diablo Perdió el Poncho. Anduvo legua y media en él y ya ni se veían los matorrales; era un cubierto llanero apenas movimentado con los saltitos de los cajuiles. Ni un arrendajo-de-rabadilla-encarnada animaba la soledad. La vieja colocó el guacho en el campo donde ya no pudiera crecer más y le dijo:

—Ora sí que su madre se va. Te me quedas perdidote en la sabana y ya no me crezcas nadita más. Y desapareció. Macunaíma argüendeó por el páramo y sintió que iba a llorar. Pero como no había nadie por allá, no lloró. Se dió ánimo y puso pie en el camino, temblequeando con sus piernitas arqueadas. Vagabundeó a troche y moche una semana, hasta que se topó con El Currupira^[9] parrillando carne en compañía de su perro Papamiel. El Currupira vive en el mero mero retoño de la palmera manaca y le pide tabaco a la gente. Macunaíma dijo:

—Tata, ¿no me da un poco de caza pa que coma?

—Sí —fue lo que Currupira contestó.

Cortó la barbacoa de su pierna, la medioasó y la tendió hacia el muchacho preguntando:

—¿Y usted mi-chumí, pa dónde bueno camina en la caapuéra?

—Pa Paseo.

—¡No me diga!

—Pos sí, nomás pa paseo...

Entonces le contó el castigo que su madre le puso por culpa de haber sido malevo con las manos. Y al contar lo del traslado de la casa de nuevo hacia la ciénaga donde no había caza, dio una carcajadota. El Currupira miró hacia él y rezongo:

—No, mi-chumí, usted ya no es ningún gurí, mi-chumí. No. No... Sólo gente grande hace eso...

Macunaíma agradeció y le pidió al Currupira que le enseñara el camino del mocambo de los Tapañumas. El Poirá lo que estaba queriendo era comerse al héroe y le enseñó errado:

—Se va por aquí, muchachombre, va por ahí, pasa enfrente de aquel árbol, quiebra a mano izquierda, vira y vuelve por abajo de mis testículos.

Macunaíma fue a hacer la vuelta pero llegando frente al palo, se rascó la piernita y murmuró:

—¡Ay, qué flojera!...

Y patitas pa qué las quiero.

El Currupira esperó bastante pero el mi-chumí no llegaba... Entonces el monstruo se montó en el venado, que es el caballo suyo, hincó el pie de lleno en el ijar del raudo y veloz y por ahí se fue gritando:

—¡Carne de mi pierna! ¡Carne de mi pierna!

Y allá de dentro de la barriga del héroe la carne respondió:

—¿Qué fue?

Macunaíma apretó el paso y se adentró corriendo por la caatinga, pero el Currupira corría más que él y en esas el niño venía que venía acosado por el otro.

—¡Carne de mi pierna! ¡Carne de mi pierna!

—¿Qué fue?

El piá estaba desesperado. Era un día de lluvia con sol casamiento de español y la vieja Vei, la Sol, chisporroteaba en las gotitas de chipichipi, desgranando luz como si fuera maíz. Macunaíma llegó cerca de un charco, bebió agua de lama y vomitó la carne.

—¡Carne de mi pierna! ¡Carne de mi pierna! —era lo que el Poirá venía gritando.

—¿Qué fue? —secundó la carne ya en el aguazal.

Macunaíma alcanzó los bledos y escapó.

Legua y media adelante escuchó detrás de un hormiguero una voz cantando así:

«Agutí pitá cañén...», lentamente.

Fue allá y se topó con la jutía cerniendo harina de mandioca en un tepití de ivamitara^[10].

—Agüe, ¿no me da tapioca para que coma?

—Sí —dijo la tusa. Y le dio guacamole al niño, no sin antes preguntar:

—¿Qué qué anda usted haciendo en la caatinga, mi-chumí?

—Paseando.

—¿Que qué?

—Pos paseando.

Le contó cómo había engatusado al Currupira y dio una carcajadota. La jutía miró hacia él y refunfuñó:

—No haga eso, mi nieto. Un guacho no hace eso. Ora sí que voy a emparejarle el cuerpo y la sesera.

Entonces tomó la batea repleta de caldo envenenado de guacamole y arrojó el brebaje sobre el chavalo. Macunaíma reculó requeteasustado pero sólo consiguió librar la cabeza. Todo el resto del cuerpo se empapó. El héroe dio un estornudo y se arrechó. Se fue enderezando, creciendo, fortificando y se puso del tamaño de un hombre tronchudo. Pero la cabeza sin mojar quedó para siempre ñata y con la carita singraciada de guachochico.

Macunaíma agradeció lo hecho y salió como flecha cantando hacia el mocambo nativo. La noche caía abejorrada, ensartando hilos de hormigas en la tierra y quitando a los mosquitos del agua. Pululaba un calor de nido en todo el aire. La vieja tapañumas escuchó la voz de su hijo en lo cenizo lejano y se espantó. Macunaíma apareció carantamaula y dijo hacia ella:

—Madre, soñé que se me caía un diente.

—Eso es muerte de pariente —comentó la vieja.

—Ya lo sabía. Su mercé va a vivir sólo una Sol. Y así mero porque me parió.

Al otro día los manos fueron a cazar y a pescar, la vieja se fue a la roza-tumba y quema, y Macunaíma se quedó solo con la compañera de Yigué. Entonces éste se convirtió en la hormiga quenquén y mordió a Iriquí por el amor de hacerle fiestecitas. Pero la patoja tiró a la quenquén lejos. Entonces

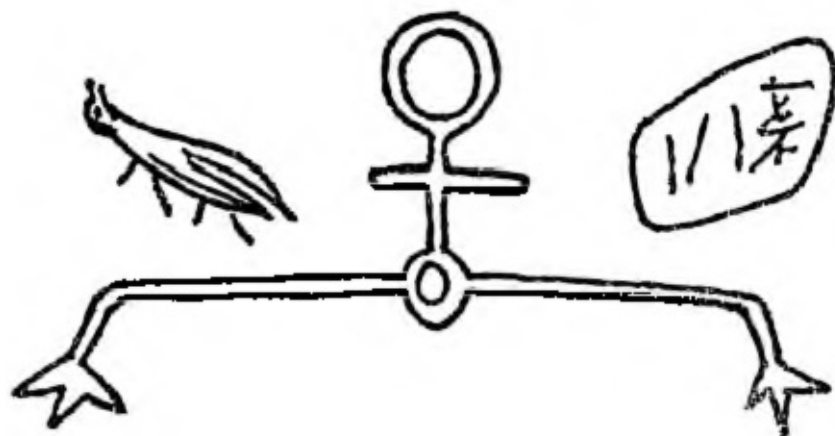
Macunaíma se convirtió en una matita de achiote. La linda Iriquí sonrió, cogió las semillas y se embijó todita pintándose la cara y los distintivos. Quedó chulísima. Entonces Macunaíma, de puro contento, se volvió gente otra vez y vivió con la compañera de Yigüé.

Cuando los manos regresaron de la caza, Yigüé percibió luego luego el cambalache. Pero Maanape le explicó que Macunaíma estaba hecho todo un hombre y tronchudo. Maanape era hechicero. Yigüé vio que el barracón estaba repleto de alimentos, pues había plátano-macho había maíz había yuca-amarga, había borchata y chicha de cachirí, había róbalo prieto y mapará recién pescados, granadillas-cocorillas chirimoya lúcuma zapote chico-zapote, había machaca de venado y carne fresca de culebrón, todos esos morfes y chupis regios... Yigüé cotejó que no valía la pena pelear con el mano y le dejó a la linda Iriquí. Dio un suspiro, se espulgó las garrapatas y durmió largo y tendido en la hamaca.

Al otro día, Macunaíma, después de jugar con la linda Iriquí tempranito, salió para darse una vueltecita. Atravesó el reino encantado de la Piedra Bonita de Pernambuco y cuando estaba por llegar a la ciudad de Santarém se topó con una venada parida.

—¡A ésta la cazo yo! —se dijo. Y persiguió a la venada. Ésta se escabulló fácilmente pero el héroe pudo atrapar a la cría que apenas andaba, se escondió atrás de un árbol-picatón del mosquito carapaná y dedeando al venadito lo hizo berrear. La venada se puso como loca, puso sus ojos de mediomorir, se detuvo, tutubió y se fue viniendo se fue viniendo hasta parársele mero enfrente llorando de amor. Entonces el héroe flechó a la venada parida. Ésta cayó, pataleó un montón y se quedó tiesa y tiradota en el suelo. El héroe cantó victoria. Se acercó a la venada, se puso mire y mire hasta dar un grito desmayado. Había sido una diablura del Añanga...^[11]. No, no era venada. Era su propia madre Tapañumas lo que Macunaíma había venadeado y estaba allacito muerta, toda arañada por las púas de los catos-cirios y de los organillos de yacamarú del mato.

Cuando el héroe volvió del patatús fue a llamar a los manos y los tres llorando mucho se pasaron la noche en blanco bebiendo chicha de yatay y comiendo cazabe con pescado. De madrugada reposaron el cuerpo de la vieja en un tapesco y fueron a enterrarla debajo de una piedra en el lugar llamado Padre de la Tocandeira; Maanape, que era un curanderajo de marca mayor, fue quien grabó el epitafio. Y así era:



Ayunaron el tiempo que el precepto mandaba y Macunaíma se pasó el ayuno lamentándose heroicamente. La barriga de la muerta se fue hinche e hinche y terminadas las lluvias estaba convertida en un terso cerro. Entonces Macunaíma le dio la mano a Iriquí, Iriquí le dio la mano a Maanape, Maanape le dio la mano a Yigüé y los cuatro partieron por este mundo.

III. Ci, Madre de las matas

En cierta ocasión los cuatro iban siguiendo un camino entre las matas y ya penaban de tanta sed lejos de los esteros y de las lagunas. No había ni siquiera ombú por el barrio y Vei, la Sol, deshilachándose entre el follaje guasqueaba sin parada el lomo de los andariegos. Sudaban como en una brujería de payés en la que todos se hubieran embadurnado el cuerpo con aceite de piquiá. Marchaban. De repente, Macunaíma se paró rasgando el silencio de la noche con un gesto enorme de alerta. Los otros se quedaron engarrotados. No se escuchaba nada, pero Macunaíma bisbiseó:

—Hay algo.

Dejaron a la linda Iriquí emperifollándose sentada en las raíces de una ceiba y avanzaron cautelosos. Vei ya estaba harta de tanto chicotear el lomo de los tres manos, cuando legua y media adelante Macunaíma íngrimo se topó con una cuñataí durmiendo. Era Ci, la Madre de las Matas. Lueguito supo por el pecho diestro chato y seco suyo, que la moza hacía parte de esa tribu de mujeres solitarias que andan allá por las playas de la laguna Espejo de la Luna, entreverada por el Ñamundá. La cuñá era linda con el cuerpo chupado por los vicios y coloreado de ñandipa.

El héroe se le echó encima suyo para jugar. Ci no quería. Se hizo de una lanza tridente con flechas mientras Macunaíma jalaba su cachicuerna de Pajeú. Fue un zipizape tremendo, y debajo del copado retumbaban los berridos de los camorreros disminuyendo de miedo los cuerpos de los pajaritos. Al héroe le estaban dando. Ya había recibido una trompada de las que hacen sangre en la nariz y un trinchazo hondo como la txara en el rabo. La Amazona no tenía ni una arañadita y cada gesto que hacía era más sangre en el cuerpo del héroe, que ya daba berridos horrisonos que disminuían de miedo los cuerpos de los pajaritos. Al final, viéndoselas color de hormiga porque de veras no podía con la amazona,

el héroe largó a huir llamando a los manos:

—¡Socórranme que si no mato! ¡Socórranme que si no mato!

Los manos acudieron y agarraron a Ci. Maanape trenzó los brazos de ella por detrás mientras Yigué con la murucú le daba un macanazo en el coco. Y la icamiaba cayó sin auxilio sobre los helechos de la sotoselva. Cuando quedó bien inmóvil, Macunaíma se acercó y jugueteó con la Madre de las Matas. Vinieron entonces muchos carapaicos mucho guacamayo-rojo tuíes guaros pericos, mucho papagayo a saludar a Macunaíma, el nuevo Emperador de la Selva-Espesa.

Y los tres manos siguieron con la compañera nueva. Atravesaron la ciudad de las Flores, evitaron el río de las Amarguras pasando por debajo del salto de la Felicidad, tomaron el camino de los Placeres y llegaron al manchón de Mi Bien, que queda en los montes de Venezuela. Fue de allá desde donde Macunaíma imperó sobre los matorrales misteriosos, mientras Ci comandaba en los asaltos a las mujeres que empuñan txaras de tres puntas.

El héroe vivía con sosiego. Los días pasaban chévere^[12] en la hamaca, matando hormigas tayocas, chupeteando traguitos tronados de chicha de yuca y cuando se agarraba cantando acompañado por los sonidos goteantes del requinto-cocho^[13], los matorrales se estremecían con dulzura adormeciendo a las culebras garrapatas mosquitos hormigas y a los dioses del mal.

De noche Ci llegaba oliendo a resina de palo, sangrada de las peleas y se trepaban en la hamaca que ella misma había tejido con hilos de cabello. Los dos jugueteaban y luego se quedaban riendo el uno con el otro.

Se quedaban riendo largo tiempo, bien juntitos. Ci aromaba tanto que a Macunaíma le daban atarantos de sentirse lacio lacio.

—¡Coño, qué bien huele, guapa!

Era lo que jaracandosamente le murmullaba. Y abombaba más y más las aletas de la nariz. Se venía pues un ataranto de dejarlo tan tarumba, que el sueño principiaba a chispear de los párpados suyos. Pero la Madre de las Matas no estaba aún satisfecha. No. No. Y con una mañita de hamaca que enlazaba a los dos, convidaba al compañero para más juguete. Muerto de sueño, jeringando, Macunaíma jugueteaba sólo para no desmentir la fama, pero cuando Ci quería reír con él de satisfacción:

—¡Ay, qué flojera!...

Suspiraba el héroe enfadado. Y dándole la espalda se adormecía rebién. Pero

Ci quería más juguete aún... Y lo invitaba y lo invitaba... Y el héroe aferrado al sueño. Entonces la Madre de las Matas cogía el tridente y piqueteaba al compañero. Macunaíma despertaba dando unas carcajadas, desternillándose por las cosquillas.

—¡No hagas eso, rogon!

—¡Hago sí!

—Deja que uno se duerma, cosita güeña...

—Vamos a jugar.

—¡Ay, qué flojera!...

Y jugaban otra vez más.

Pero en los días de haber bebido mucha chicha, Ci encontraba al Emperador de la Selva-Espesa tiradote por ahí con una tranca soberana. Iban a jugar y el héroe se olvidaba a medio camino.

—¡Y ora, hérue!

—¿Ora qué?

—¿Qué, no va a continuar?

—¡Continuar con qué!

—Pos con mis pecados. Uno está jugando y ¡zás! a usted se le ocurre pararse a medias.

—¡Ay, qué flojera!...

Macunaíma malbalbucía de tan plomeado. Y buscando un mullidito en los cabellos de la compañera adormecida feliz.

Entonces para animarlo, Ci empleaba la estratagema sublime. Buscaba en las breñas el follaje de fuego de la ortiga y sazonaba con él una come-comezón en el pene del héroe y en la vagina suya. Con eso Macunaíma quedaba que quedaba un león queriendo. Ci también. Y los dos jugaban y volvían a jugar en un derroche de ardor prodigioso.

Pero era en las noches de insomnio en las que el gozo se tramaba más. Cuando todas las estrellas incendiadas derramaban sobre la Tierra un óleo vivo que nadie soportaba de tan caliente y corría por el mato una presencia de incendio. Ni la pajarracada se aguantaba en el nido. Movía inquieta el pescuezo, volaba de rama en rama y en el milagro más enorme de este mundo inventaba de sopetón una alborada prieta trinatrinando que no había fin. La bulla era tremenda, el olor poderoso y el calor más aún.

Macunaíma daba un empujón en la hamaca tirando a Ci lejos. Ella se despertaba hecha una furia y se le arrojaba encima. Así jugueteaban. Y entonces, enteramente despiertos por el gozo, tramaban artes nuevas de jugar.

No bien pasaron seis meses y la Madre de las Matas había parido un hijo encarnadino. Para eso, se vinieron famosas mulatas de Bahía, de Recife, del Río Grande del Norte, de Paraíba y le dieron a la Madre de las Matas un cintajo rubio color del mal, porque desde ahora sería maestra del cordón encarnado en todos los Retablos de Navidad. Después se retiraron con placer y alegría, bailando y volviendo a bailar, seguidas de futboleros truchos queridos enamorados payadores, toda esa muchachada doré. Macunaíma quedó en reposo el mes del precepto^[14] pero se rehusó a ayunar. El pequeñajo tenía la cabeza ñata y Macunaíma se la achataba aún más golpeándola todos los días para decirle al guricito:

—Apúrese a crecer mijo, pa que se vaya a São Paulo a ganar mucho dinero^[15].

Todas las icamiabas querían bien al niño encarnadino y en el primer baño suyo pusieron todas las joyas de la tribu para que el pequeño fuera rico siempre. Mandaron a buscar en Bolivia una tijera y la ensartaron abierta debajo de la cabecera porque si no el coco Tutú Marambá venía, chupaba el ombliguito del piá y el dedo gordo del pie de Ci. La marimanta Tutú Marambá vino, se topó con la tijera y se equivocó: chupó el ojo de ésta y se fue muy oronda. Todo el mundo entonces sólo pensaba en el pequeñajo. Mandaron a buscarle en São Paulo los famosos zapatitos de lana tejidos por doña Ana Francisca Leite Morais y en Permambuco los encajes «Rosa de los Alpes», «Flor de Guabiyú» y «Por-ti-padezco» enganchados por las manos de doña Joaquina Lechón mejor conocida como Quincha La Joroba. Filtraban el mejor tamarindo de las hermanas Louro Viera de Óbidos para que el niño se tragara en el refresco remedio para las lombrices. Vida feliz, ¡qué bueno era!... Pero una vez ñacurutú se posó en el zaquizamí del Emperador y soltó un reguero de mal-agüero. Macunaíma tembló asustado, espantó a los mosquitos y se dejó caer en la chicha de payuarí por demás, para ver si espantaba al miedo también. Bebió y durmió la noche entera. Entonces llegó la Boa-Prieta^[16] y tanto chupó el único pecho vivo de Ci que no dejó ni rastro del calostro. Y como Yigué no las pudo para desvirgar a ninguna de la icamiabas, el guacho sin ama chupó el pecho de su madre al otro día,

volvió a chupar, dio un suspiro envenenado y murió.

Pusieron al angelito en una múcura esculpida en forma de galápago y pa que el fuego-fatuo no se comiera los ojos del difunto lo enterraron en el mero centro del mocambo con mucho canto yaraví, mucha danza poracé y mucho trago de payuarí.

Terminada la función, la compañera de Macunaíma, toda adornada aún, sacó del collar una muiquitán^[17] famosa, se la dio a su compañero y subió pal cielo por un bejuco-isipó. Es allacito donde Ci vive ahora paseándose la muy catrina, librada ya de las hormigas, toda empilchada aún, toda adornada de luz, convertida en estrella. Es Agena de Centauro.

Al otro día cuando Macunaíma fue a visitar el túmulo del hijo vio que había nacido del cuerpo una plantita. Trataron de ella con mucho cuidado y se dio el guaraná. Con las frutitas amasadas de esa planta, la gente se cura de mucha enfermedad y se refresca durante los calurones de Ve, la Sol.

IV. Boiúna-Luna

Al otro día bien temprano, el héroe, padeciendo morriña de Ci, la compañera por siempre inolvidable, se agujeró la bembá inferior e hizo de la muiraquitán un tembetá^[18]. Sintió que iba a llorar, llamó de prisa a los manos, se despidió de las icamiabas y partió.

Gandulearon gandulearon como perro sin macate por todos aquellos matos sobre los cuales Macunaíma imperaba ahora. Por todas partes recibía homenajes y era siempre acompañado por su séquito de guacamayos-rojos y carapaicos. En las noches de amargura se encaramaba en una palmera de asaí de frutas amoratadas como el alma suya y se ensimismaba en el cielo con la figuración acicalada de Ci, «¡Marvada!», así gemiqueaba... Entonces se quedaba muy afligido, hartó, e invocaba a los dioses buenos al cantar cantares de larga duración...

¡Rudá, Rudá!...
tú que secas las lluvias
haz que los vientos del océano
embistan por esta tierra
pa que las nubes se retiren
y mi marvada brille
limpiecita y firme en el cielo...
Haz que se amansen
todas las aguas de los ríos
pa que al bañarme en ellos
pueda jugar con la marvada
reflejada en el espejo de las aguas...

Era así. Entonces se bajaba y lloraba recargado en el hombro de Maanape. Yigué sollozando de pena animaba el fuego del anafre para que el héroe no sintiera frío. Maanape se tragaba los lagrimones invocando al Acutipurú, al Murucututú, al Ducucú, ¡baah! a todos esos dueños del sueño, en arrullos así:

*Acutipurú,
preste su sueño
pa Macunaíma
que es muy mañoso...*

Espulgaba las garrapatas del héroe y lo asosegaba meciendo el cuerpo. El héroe se acalmaba se acalmaba y adormecía rebién.

Al otro día, los tres baquianos recomenzaban la caminata a través de los matos misteriosos. Y Macunaíma era seguido siempre por su séquito de guacamayos-rojos y carapaicos.

Ándele y ándele, una vuelta en la que la alborada principiaba a dar el zape a la prietura de la noche, escucharon de lejos un lamento de moza. Fueron a ver. Anduvieron legua y media y se encontraron a una cascada llorando sin parada. Macunaíma le preguntó a la catarata-ytororó:

—¿Qué te pasa, calabaza?

—¡Nada, nada, limonada!

—Algo de algo debe ser.

Y la caída con palabras de agua contó lo que sucedió.

—No ve que me llamo Naipí y soy hija del cacique Mechó-Mechoitiquí, nombre que en mi habla quiere decir Gatea-que-Gatea. Yo era una bonitura de cuñataí y todos los caciques vecinos deseaban dormir en mi hamaca y probar mi cuerpo más blanducho que palo-borracho. Pero cuando alguno venía le dabade mordiscos y puntapiés por el amor de poner a prueba la fuerza suya. Y como ninguno aguantaba partían compungidos.

Mi tribu era esclava de la Boiúna Capei^[19] que habitaba una covacha en compañía de las tambochas. Siempre de los siempre, por el tiempo en que los lapachos de la orilla del río se amarillaban de flores, la Boiúna venía al chocerío

a escoger a la mitacuna-mí virgen que se iría a dormir con ella en el socavón lleno de esqueletos.

Cuando mi cuerpo lloró sangre pidiendo fuerza de hombre para servir, la titirijí cantó de mañanita sobre los marfiles-vegetales de mi choza y vino Capei y me escogió. Los lapachos de la orilla del río llameaban de amarillo y todas las flores cayeron en los hombros sollozantes del joven Titzaté, guerrero de mi padre. La tristumbre, ora sí que como una marabunta de hormigas-cabezonas, vino al mocambo y devoró hasta el silencio.

Cuando el viejo-mandinguero sacó a la noche del agujero otra vez, Titzaté arrejó las florecitas de cerca suyo y vino con ellas a la hamaca de mi última noche libre. Entonces mordí a Titzaté.

La sangre borbotó de la muñeca mordida pero el guacho no hizo caso. No, no. Gimió de rabia amando. Me atiborró la boca de flores tanto que ya no pude morder más. Titzaté saltó en la hamaca y Naipí sirvió a Titzaté.

Recién que jugueteamos hechos unos locos entre sangre chorreada y florecitas de lapacho, mi vencedor me cargó al hombro y me arrojó en la canoa de tronco de araguaney varada en un escondrijo de castañetas y salió como flecha para el ancho río Enojado, huyendo de la Boiúna.

Al otro día cuando el viejo-mandinguero guardó a la noche en el agujero otra vez, Capei me fue a buscar y encontró la hamaca tinta en sangre y vacía. Dio un bramido y se echó a correr en busca nuestra. Se iba viniendo se iba viniendo y uno escuchaba su bramar de cerca, más cerca, cerquita y al final las aguas celestes del río Enojado empujaron el cuerpo de la Boa-Prieta por ahí.

Titzaté, desfallecido, no podía remar más, ya que no dejaba de sangrar la mordida en la muñeca. Fue por eso que no pudimos huir. Capei me apañó y me puso de cabeza. Hizo la suerte del huevo^[20] en mí, que salió como se esperaba, y la Boiúna supo que yo ya había servido a Titzaté.

Quiso acabar con el mundo de tamaña rabia, vaya usted a saber... Me convirtió en esta piedra y tiró a Titzaté, ya transformado en planta, sobre el displayado del río. Es aquella que está allacito nomás allá abajo. Es aquel aguapé tan lindo que se divisa, braceando en el agua hacia mí. Las flores moradas suyas son las gotas de sangre del mordisco, que mi frío de ytororó congeló.

Capei habita abajo de mí, examinando siempre si de veras fui jugueteada por

el joven. Y claro que lo fui y me pasaré llorando en esta piedra hasta el fin del cuento de nunca acabar, las maguas de no servir más a mi guerrero Titzaté...

Paró. El llanto salpicaba en las rodillas de Macunaíma, quien lanzó un sollozo temblando.

—Si... si... si la Boiúna se apareciera, yo... ¡Yo la mataba! Entonces se escuchó un bramor yguazú y Capei fue saliendo del agua. Y Capei era la Boiúna. Macunaíma irguió el busto relumbrando de heroísmo y avanzó hacia el monstruo. Capei se infló el gañote y soltó una nube de apiacás. Macunaíma manoteó y manoteó hasta vencer a los avispones. El monstruo lanzó una guasqueada retintinando con los cascabeles del rabo, pero en ese momento una hormiga tracuán mordió el talón del héroe. Este se agachó distraído con el dolor y el rabo pasó encima suyo yendo a golpear la cara de Capei. Ella entonces bramó más y dio un rebote en el muslo de Macunaíma. Este sólo hizo a un ladito el cuerpo, agarró un pedrejón y ¡guác! descepo la cabeza de la alimaña.

El cuerpo de ella se retorció en la corriente mientras la cabeza con aquellos ojazos dulcecillos venía a besar vencida los pies del vengador. El héroe tuvo miedo y rajó como venado adentro acompañado por los manos.

—¡Un tereré de tenmeacá, sirirí de tenmeacá! —la cabeza gritaba.

Estos se chispaban más y más. Corrieron legua y media y miraron hacia atrás. La cabeza de Capei venía rodando siempre en busca de ellos. Corrieron más, y cuando no podían de fatiga se treparon a un naranjillo ribereño a ver si la cabeza se seguía de frente. Pero la cabeza se paró abajo del palo y pidió naranjillas silvestres. Macunaíma sacudió el árbol. La cabeza pepenó las frutas del suelo, se las comió y pidió más. Yigué sacudió naranjillas dentro del agua pero la cabeza le dijo: que naranjas, que allá no iba. No. Entonces Maanape arrojó con toda fuerza una fruta y mientras la cabeza iba a buscarla lejos, los manos bajaron del tronco y rajaron. Corre y corre, legua y media adelante dieron con la casa donde vivía el bachiller de Cananéia. El vetarro estaba en la puerta sentado y leía manuscritos profundos. Macunaíma dijo hacia él:

—¿Cómo le va, bachiller?

—Ma o meno, ignoto afuerino.

—¿Tomando el fresco, no?

—*C'est vrai*, como dice los franceses.

—Bueno, ta-luego bachiller, ando medio apurado...

Y salieron como chispa otra vez. Atravesaron los concheros-numulitas del Caputera de Siboney y del Morrete en un respiro. Luego adelante había un rancho dialtiro abandonado. Entraron y cerraron bien la puerta. Ahí Macunaíma se dio perfecta cuenta que había perdido el bezote-tembetá. Se puso desesperado porque era el único recuerdo que guardaba de Ci. Iba a salir a campear la piedra pero los manos no lo dejaron. Al poco rato la cabeza llegó.

Y ¡guác!, azotó.

—¿Qué fue?

—¡Abran la puerta pa que me adentre!

Y qué, ¿ustedes creen que abrieron? ¡Lagarto! La cabeza no pudo entrar. Macunaíma no sabía que la cabeza se había convertido en esclava suya y no venía a hacerle daño ninguno. La cabeza esperó mucho, pero viendo que de veras no abrían, caviló sobre lo que quería ser. Si fuera agua los demás se la tomaban, si fuese mosquito lo enflitarían, si fuera ferrocarril se descarrilaba, si fuese río lo ponían en el mapa... Entonces resolvió:

«Voy a ser luna». Y gritó:

—¡Abran la puerta, ustedes, que quiero un cosito!

Macunaíma espío por la rendija y le avisó a Yigué, quien abría:

—¡Anda vete!

Yigué ante el jigüe volvió a cerrar la puerta. Por eso existe el dicho «anda-vete» indicando que uno nunca hace lo que nos piden.

Cuando Capei vio que no abrían la puerta, principió por lamentarse mucho y le preguntó a la ñandú-tarántula que si la ayudaba en su subida pal cielo.

—A mis hilos la Sol los derrite —secundó tatamaña araña.

Entonces la cabeza le pidió a los tordos-de-cobijas-canela que se arrejuntaran y quedó noche oscura.

—A mis hilos nadie los divisa de noche —dijo la tatamaña araña.

La cabeza fue a buscar una jícara con friaje de los Andes y entonces le pidió:

—Despide una gota cada legua y media, que el hilo se blanquea con la helada. Podemos ir.

—Pos entonces vamos.

La ñandú principió haciendo hilo en el suelo. Con el primer vientecito que hizo brisa por ahí el liviano hilo se enderezó hacia el cielo. Entonces la araña tatamaña subió por él y de la punta de allá arriba derramó un chorro de helada. Y

de ahí pal real, mientras la ñandú-migala hacía más hilo, el de abajo se blanqueaba todo. La cabeza gritó:

—¡Ahí nos vemos, pueblo, que me voy pal cielo!

Y por ahí se fue comiendo hilo subesubiendo pal vasto campal de los cielos. Los manos abrieron la puerta y espieron. Capei siempre subiendo.

—¿Y usted se va de veras pal cielo, cabeza?

—Uummm —pujó sin poder abrir más la boca.

Cuando fue allá por la hora antes de la madrugada, la Boiúna Capei llegó al cielo. Estaba gordiflona de tanto comer hilo y pálida del esfuerzo. Todo el sudor de ella caía sobre la tierra en gotitas de rocío nuevo. Por culpa del hilo helado Capei es tan fría. Endenantes Capei fue la Boa-Prieta y ahora es la cabeza de la Luna allá en el vasto campal de los cielos. Desde esa vuelta, las migalas prefieren hacer hilos de noche.

Al otro día los manos dieron una buena buscada hasta la orilla del río, pero campearon y campearon en vano. Y nada de la muiraquitán. Preguntaron para todo cuanto es ser, aperemas titís tatús-mulita iguanas ranas tortugas-escorpión de la tierra y de los árboles, avispones golondrinas de río crespines pájaros-carpinteros y chachalacas del aire, pal ave boyero y su compadre abejón, pa la cucarachita-viudita, pal pájaro-güirapong que grita «¡Taan!» y su compañera que responde «¡Tain!» pa la lagartija que anda picas con el ratón, pa los pacús pavones paiches sabaleros del río, las picaparras flamencos y patos-marreco de la playa, todos esos entes vivos, pero nadie había visto nada. Y los manos pusieron pie en el camino otra vez, trillando los dominios imperiales. El silencio estaba, eso sí, muy feo y la desesperación también. De vez en cuando, Macunaíma paraba pensando en la marvada... ¡Qué ganas lo sacudían! Paraba a ratos. Lloraba otros tantos. [Las lágrimas que escurrían por la faz infantil del héroe le iban a bautizar el pelo en pecho. Entonces suspiraba sacudiendo la cabecita:]

—¡Ni modo, manos! ¡Pal amor primero no hay compañero! ¿No?...

Prosiguió caminando y por todas partes recibía homenajes y era siempre seguido por el séquito pintarrajeado de carapaicos y guacamayos-rojos.

Una vuelta en la que se había tirado a una sombra mientras esperaba que los manos pescaran, el Negrito-de-las-Escondidillas^[21], a quien Macunaíma le rezaba diariamente, se apiadó del piá y resolvió que otro gallo le cantara. Mandó

al pajarito-yaacabó. A la hora de la hora el héroe escuchó un castañueleo inquieto y el pajarito güirapurú se posó en la rodilla suya. Macunaíma hizo un gesto de bronca y largó al pajarito-yaacabó. No bien había pasado un minuto, oyó de nuevo el jolgorio y el pajarito se posó en la barriga suya. Macunaíma ya no se dio más por enterado. El pajarito-güirapurú se agarró cantando con dulzura y el héroe entonces sí que entendió todo el güiri-güiri que le trinaba. Y era que Macunaíma era desinfeliz porque había perdido la muiraquitán en la playa del río cuando se subía al naranjillo silvestre. Pero ahora, según cantaba el lamento del yaacabó, a Macunaíma ya nunca más le iría tan piola. No. Porque una jicotea se tragó la muiraquitán y el mariscador que apañó a la tortuga había vendido la piedra verde a un regatón perulero llamado Venceslao Pietro Pietra. El dueño del talismán había enriquecido y andaba de hacendado adinerado allá en São Paulo, la morrocotuda ciudad bañada por el igarapé Tieté.

Dicho esto, el pajarito-yaacabó trazó una letra en el aire y desapareció. Cuando los manos llegaron de la pesca, Macunaíma se puso plática y plática:

—Iba por un camino haciendo repelar a un venado guazubirá, y ¡zas! presencié un escalofrío en el costado. Puse la mano y salió un manso ciempiés que me dijo toda la verdá^[22].

Entonces Macunaíma les contó el paradero de la muiraquitán y dijo a los manos que estaba dispuesto a irse a São Paulo a buscar ese tal de Venceslao Pietro Pietra y recuperar el fetiche robado.

—¡Y que la lengua se me haga chicharrón, si no me topo con la muiraquitán! Ahora que si ustedes se vienen conmigo más que bien, que si no, hombre, mejor solo que mal acompañado. Soy terco como una mula y cuando le encasqueto una cosa a alguien, me atengo a las aveniencias. He de ir, sólo pa que caiga en la mentira el pajarito güirapurú, digo, el ciempiés.

Después del dinguilin-dinguilin, el chamullero de Macunaíma se echó una carcajadota imaginando el cuento que le enjaretaba al pajarito. Maanape y Yigüé resolvieron ir con él, y sólo porque el héroe menestaba de protección.

V. Piaíma

Al otro día Macunaíma saltó temprano en el cayuco de palo-de-ubá y se dio una llegada hasta la desembocadura del río Negro para dejar su conciencia en la isla de Marapatá. La dejó en la mera punta de un organillo-yacamarú de diez metros, para que no fuera comida por las tambochas. Volvió al lugar en que las manos lo esperaban y en el pináculo del día los tres singlaron hacia la margen izquierda de la Sol.

Muchos casos sucedieron en ese viaje por caatingas ríos revueltos chorrerones campos-generales arroyaderos aluviones pampas-vírgenes y milagros del interior. Macunaíma venía con los dos manos para São Paulo. Y fue el Araguaya lo que les facilitó el viaje. Por tantas conquistas y tantos hechos pasados el héroe no había ahorrado un solo tostón, pero los tesoros heredados de la icamiaba-estrella estaban escondidos allá en las grutas del Roroima. De esas guacas Macunaíma apartó para el viaje nada menos que cuarenta veces cuarenta millones de granos de cacao, la moneda tradicional. Calculó con ellos un diluvio de embarcaciones. Y se veía linda trepando por el Araguaya aquella retahíla de chalanas, de una en una doscientas en fila india, como flecha sobre la piel del río. Tal cual. Al frente, Macunaíma venía en pie, jetón como mascarón de proa, procurando en la lejanía la ciudad. Cabiuzbajaba y meditabundaba royéndose los dedos ahora cubiertos de verrugas de tanto señalar a Ci-estrella. Los manos remaban espantando a los mosquitos y cada impulso de los remos que repercutía en las doscientas igaras ligadas, arrojaba una cubetada de granos sobre la piel del río, dejando un petate de chocolate donde los curitos pámpanos de barriga roja, doradas-saltadoras bocones uarús-uarás y armados-hociones se regocijaban.

Una vuelta, la Sol había cubierto a los manos con una escamita de sudor y Macunaíma se acordó de tomar baño. Pero el río estaba imposible por culpa de pirañas tan voraces que de cuando en cuando en la lucha por ganarse un trozo de

hermana despedazada saltaban en racimos fuera del agua un metro y pico. Entonces Macunaíma divisó en un peñasco bien enmedio de un río una cueva llena de agua. Y el jagüey era como la marca de un pie gigante. Tal cual. Metieron las narices, y el héroe después de muchos gritos por culpa de lo frío del agua entró en la cueva y se lavó enterito. Pero el agua estaba encantada porque aquel hoyo en el peñasco era la marca del piesote de Zomé^[23], de los tiempos en que andaba pregonando el evangelio de Jesús pa la indiada brasileña. Cuando el héroe salió del baño estaba blanco, rubio y con ojos zarquitos; el agua había lavado la prietura suya. Y nadie podría ser capaz de señalarlo como hijo de la tribu retinta de los Tapañumas.

Yigüé no bien presenció el milagro, se abalanzó sobre la marca del piesote de Zomé. Pero el agua ya estaba tan sucia de la negritumbre del héroe y por más que se refregó como loco salpicando agua por todos lados, sólo consiguió quedar del color del bronce pardo. Macunaíma tuvo lástima y lo consoló:

—Mira, mano Yigüé, blanco no quedaste, pero de que la prietura se fue, se fue, y mejor gangoso que desnarigado.

Maanape se fue entonces a lavar, pero Yigüé había desparramado toda el agua encantada fuera del jagüey. Había una ideíta nomás, allá en el fondo y Maanape consiguió mojar sólo la palma de los pies y manos. Por eso quedó negro hijo puro de la tribu de los Tapañumas. Sólo que las palmas de las manos y de los pies suyos son rojizas por haberse limpiado en agua santa^[24]. Macunaíma tuvo lástima y lo consoló:

—No se apene, mano Maanape, no se apene, que más negras se las vio nuestro tío Judas.

Estaba de veras hermoso en la Sol de la laja con los tres manos: uno güeño, otro pelirrojo y el otro niche. Todos los seres del nato espiaban asombrados. El yacaré-negro el caimán de anteojos el gran caimán el yacaré-ururalo de papada amarilla, toda esa cocodrilada sacó sus ojos de pedrejón pa fuera del agua.

Y en las ramas de los pacayes de las aningas de los palos-de-boya-tetones de los ambayes, de los cataures de la orilla del río, el mono-machín, el mono-ardilla el araguato el peludo-aullador el coatá el caparro el obiubi el mico-blanco, todos los cuarenta macacos del Brasil, todos, baboseando de envidia. Y los zorzales-criollos, la paraulata-cotorrita la paraulata-llanera la paraulata-negra la paraulata-acanelada la paraulata-ajicera que tose (y que cuando come no conoce) la

paraulata-picurera la paraulata-sin-sonte la paraulata-calandria la paraulata-musical. Todas ellas se quedaron pasmadas y se olvidaron de acabar el gorjeo, voceando y volviendo a vocear con elocuencia. Macunaíma tuvo odio. Botó las manos en las ancas y le gritó a la naturaleza:

—¡Y bueno, che, habráse visto!

Entonces los seres naturales se desbandaron en sus vidas y los tres manos tomaron camino otra vez.

Pero entrando en tierras del igarapé Tieté donde el café el bourbon estaba en boga y la moneda tradicional ya no era más el cacao, sino lo que llamaban fierros contos y contecos lucas pasajes-de-Belén toven tostones doscientos-pesares media-luca ojos-de-gringa noventa-milagros y lana cobres platas y calderillas guita claco y ventolina feria brea sopes moralla mosca y mangos y así por el estilo, porque hasta las ligas de las medias nadie las compraba por menos de veinte mil cacaos, Macunaíma quedó muy contrariado. Tener que laburar, él, héroe... y murmuró desolado:

—¡Ay, qué flojera...!

Resolvió abandonar la empresa volviendo pa los pagos donde era Emperador. Pero Maanape habló de este modo:

—¡Déjese de ser baboso, mano! ¡Por un cangrejo muerto el manglar no guarda luto! ¡Qué diablos! No se desanime que yo me las arreglo con eso cosos.

Cuando llegaron a São Paulo, embutió un poco del tesoro para poder comer e negoceando el resto en la Bolsa liquidó cerca de ochenta contos. Maanape era hechicero. Ochenta contos no valían mucho pero el héroe reflexionó bien y le dijo a los manos:

—Paciencia. Uno se las arregla con eso mero, pues quien quiere caballo con colmillo dado anda a pie...

Con esos cobres Macunaíma la fue pasando.

Y fue en el frío de una boca-de-la-noche que los manos se toparon con la morrocotuda ciudad de São Paulo desparramada a la vera del igarapé Tieté. Lo primero fue la guazábara de la papagayada imperial despidiéndose del héroe. Y por allá se fue yendo el bando pintarrajeado de vuelta a los matos del norte.

Los manos entraron en cerrado lleno de manacas macanillas guaguasús moriches-cananguches miraguanos bocayubas coyoles que traían en los involucrados corimbos un penacho de humo en vez de palmichas y cocos. Todas

las estrellas habían bajado de un cielo blanco de tan humedecido de garúa y paseaban su nostalgia mortal por la ciudad. Macunaíma se acordó de buscar a Ci. ¡Sí! De ésa nunca se podría olvidar, es cierto, porque la hamaca hechicera que había tendido para los juguetes, la tejió con los propios cabellos suyos y eso hace a la tejedora inapreciable. Macunaíma campeó y campeó, pero los caminos y terrenos estaban atascados de cuñás tan blancas y tan albitas, ¡tanto!... que Macunaíma gemía. Se rozaba en las cuñás murmurándoles con dulzura: «¡Maní! ¡Maní! Hijitas de la mandioca...», perdido de gusto y de tanta hermosura. Por fin escogió a tres. Jugueteeó con ellas en esa extraña hamaca plantada en el piso y en una cabaña más alta que la sierra Paranaguara. Después, por culpa de ser tan dura aquella hamaca, durmió atravesado sobre los cuerpos de las cuñás. Y la noche costó, sólo por tratarse de él, cuatrocientos ojos-de-la-cara.

La inteligencia del héroe estaba muy perturbada. Se despertó con los berridos del bicherío de allá abajo en la calle, ruidazal que salía disparado entre el cabañal temible. Y aquel diablo de tití-guazú que lo había trepado pa lo alto del tamaño camuatí en que había dormido... ¡Qué mundo de bichos! qué exageración de cosa-mala-chiquita roncando cocos-matocos marimantas-mariguangas pernimochos-sacís y fuegos-fatuos por los atajos en los socavones en la hondonada de unos cerros agujerados por unas grutotas donde la muchitanga salía muy blanca, blanquísima, de seguro todos hijos de la yuca... La inteligencia del héroe estaba muy perturbada. La risita de cada cuñá le había enseñado que no, que el tití-guazú no era tití, sino era una máquina y la llamaban elevador.

De mañanita le enseñaron que todos aquellos píos berridos cuqueadas soplidos ronquidos rugidos no eran nada de eso, sino que eran cláxones campanitas pitos bocinas y que todo era máquina. Los pumas no eran onzas pardas, se llamaban fordcingos hupmobiles chevrolés dodches hispano-suizas y eran máquinas. Los osos-hormigueros, los fuegos-fatuos los moriches-cananguches de palmas capembas llenas de humos eran a su vez, camiones, tren de tranvía de bondes, trolebuses anuncios-luminosos relojes faroles radios motocicletas teléfonos propinas postes chimeneas... ¡Eran máquinas y todo en la ciudad era sólo máquina! El héroe aprendía callado. De vez en cuando se estremecía. Volvía a quedar inmóvil escuchando indagando con asombrado recelo. Lo tomó un respeto lleno de envidia por esa diosa de veras forzada, sumo

Tupana que los hijos la yuca llamaban máquina, más cantarina que la Madre-de-Agua^[25] en pleno bululú de requeteasustar.

Entonces resolvió ir a jugar con la máquina para ser también emperador de los hijos de la mandioca. Pero las tres cuñás dieron muchas risadotas y dijeron que eso de los dioses era una gorda mentira antigua, y que no, que no había dioses y que con la máquina nadie juega porque ésa sí mata. No, la máquina no era diosa ni poesía los distintivos femeninos de los que el héroe gustaba tanto. Estaba hecha para los hombres. Se movía con electricidad con fuego con agua con viento con humo, los hombres aprovechaban las fuerzas de la naturaleza. ¿Pero ustedes piensan que el héroe se las creyó? ¡Lagarto! Se levantó de la cama y con un gesto, eso sí, bien grande, de desdén, ¡tomen!, puso su antebrazo izquierdo ante el otro ya doblado, movió con energía la muñeca derecha hacia las tres cuñás y partió. En ese instante, según dicen, inventó el mentado ademán de ofensa: La mentada.

Y se fue a vivir a una pensión con los manos. Estaba con la boca llena de sapillo por culpa de aquella primera noche de amor paulistano. Gemía de los dolores y no había medios de sanar hasta que Maanape se robó una llave del sagrario y se la dio a Macunaíma para que la chupara. El héroe chupó, volvió a chupar y sanó requetebién. Maanape era hechicero.

Macunaíma se pasó entonces una semana sin comer ni jugar y maquinando solo en esas luchas sin victoria de los hijos de la yuca con la máquina. La máquina mataba a los hombres, sin embargo eran los hombres quienes mandaban en la máquina... Constató con pasmo que los hijos-de-la-mandioca eran dueños sin misterio y sin fuerza de la máquina sin misterio sin así quererlo sin hastío. Incapaz de explicarse por sí solo tantas infelicidades, se la pasaba zurrumbático. Hasta que una noche, encaramado en la terraza de un rascacielos con los manos, Macunaíma concluyó:

—Los hijos de la yuca no le ganan a la máquina ni ella les gana en esa lucha. Hay empate.

No concluyó nada más porque todavía no estaba acostumbrado a los discursos pero ya le daban corazonadas, aunque mucho muy revoltijadamente, eso sí, de que la máquina debía de ser una diosa de la que los hombres no eran verdaderamente dueños porque no habían hecho de ella una Uiara explicable, sino apenas una simple realidad del mundo. De todo ese embrollo, el

pensamiento suyo sacó bien clarita una luz: los hombres eran las máquinas y las máquinas eran a su vez los hombres. Macunaíma dio una carcajadota. Se dio cuenta que estaba libre otra vez y tuvo una satisfacción soberana. Transformó a Yigüé en la máquina teléfono y discó pa los cabaretes encomendando langostas y francesas.

Al otro día estaba tan fatigado de la farra que la morriña lo zangoloteó duro. Se acordó de la muiraquitán. Resolvió actuar luego porque el primer golpe es lo que mata a la culebra.

Venceslao Pietro Pietra vivía en un barracón maravilloso rodeado de matagales en el final de la calle Marañón y dando hacia el vallejo del Pacaembú. Macunaíma platicó con Maanape que se iba a dar una llegadita hasta allá sólo por el amor de conocer a Venceslao Pietro Pietra. Maanape hizo un discurso hablando de los inconvenientes de ir hasta allá porque el regatón andaba con el talón por el frente y si Dios lo endilgó es que alguna cosa le encontró. La verdad es que era un marimanta de malevaje mayor. Quien sabe si a lo mejor era el gigante Piaíma, comedor de gente... Macunaíma no se dio por enterado.

—Pues así mero voy. Donde me conocen honras me dan, donde no me conocen quien quite y me las darán.

Maanape entonces acompañó al mano.

Por detrás del barracón del regatón vivía el árbol Dzalaúra-Yeg que da todas las frutas, cajuioles jobos-mangos mangos ananás aguacates arrayanes guanábanas chicozapotes pupuñas ivaponús hicacos oliendo como el sexo de las negras y era retealto. Los dos manos estaban con hambre. Escudados con un zaiacuti tramado con el hojerío cortado por las tambochas hicieron un escondrijo en la rama más baja del árbol para así poder flechar la caza y devorar las frutas. Maanape le dijo a Macunaíma:

—Mira, me tinca que si algún pájaro canta mejor chitón-chiticalladito, que si no, ¡adiós atracón!

El héroe movió la cabeza que sí. Maanape tiraba con la cerbatana y Macunaíma recogía detrás del escudo las cazas que caían. La caza caía con estruendo y Macunaíma atrapaba los macucos los macacos micos paujies pípilas perdices tucanas toda esa cacería. Pero el estruendo sacó a Venceslao Pietro Pietra del dulce farniente y vino a saber todo lo que era aquello. Y Venceslao Pietro Pietra era el gigante Piaíma, comedor de gente. Llegó al portón de la casa

y cantó tal y como si fuera pájaro:

—¡Ogoró! ¡Ogoró! ¡Ogoró!

... Pareciendo de muy lejos. Macunaíma luego luego lo secundó:

—¡Ogoró! ¡Ogoró! ¡Ogoró!

Maanape sabía del peligro y murmuró:

—¡Escondidíllate, mano!

El héroe aguaitó por detrás del zaiacuti entre la caza muerta y las hormigas. Entonces vino el gigante a fisgonear.

—¿Quién hizo segunda?

Y Maanape, respondió:

—¡Quién sabe!

—¿Quién hizo segunda?

—¡Quién sabe!

Y así tres veces. Hasta que el gigante dijo:

—Fue gente. Muéstreme quién era.

Maanape arrojó un macuco muerto. Piaíma se tragó el macuco y siguió con la misma cantaleta:

—Fue gente. Muéstreme quién era.

Maanape tiró un macaco muerto. Piaíma se lo atragantó y vuelta con lo mismo:

—Fue gente. Muéstreme quién era.

Entonces divisó el dedo meñique del héroe escondido y lanzó una banini en esa dirección. Se oyó un grito gemido medio tendido y ¡guaaac! Macunaíma se dobló con la flecha enterrada en el corazón. Y el gigante le dijo a Maanape:

—¡Aviente esa gente que cacé!

Maanape arrojó mono-aullador perdiz mutún paují-culo-colorado paují-de-copete paují-nocturno urú urumutún, toda esa cacería pero Piaíma tragaba y volvía a pedir esa personita que había flechado. Maanape no quería dar al héroe y tiraba cazas. Llevaron mucho tiempo así y Macunaíma ya estaba muerto. En final de cuentas Piaíma dio un berrido horrendo:

—¡Nieto Maanape, déjese de cuentos! ¡Tire a la gente que cacé que si no lo mato, chocho-chingüengüenchón!

Maanape de veras no quería arrojarle al mano, y tomó desesperado seis cazas de una vez un macuco y un macaco, una perdiz y un perdigón, un gallito-de-agua

y una agua-peazó y los tiró al suelo gritando:

—¡Tome seis!

Piaíma se puso furioso. Agarró cuatro palos del mato una acapurana un teca un soyate y un mezquite y se vino de ellos encima de Maanape:

—¡Sal de mi camino, porquería!, que el yacaré no tiene pescuezo ni la hormiga tiene cuesco, a otro perro con ese hueso, lanzador de falsas cazas.

Entonces a Maanape le dio mucho miedo y barajándose-las arrojó, ¡truco-truco-cuco! al héroe en el suelo. Y fue así como Maanape y Piaíma inventaron el juego sublime del truco^[26].

Piaíma se sosegó.

—De mero antojo.

Agarró al muertito por una pierna y se fue jalando. Entró en la casa. Maanape bajó del árbol desesperado. Cuando ya estaba por seguir detrás del difunto mano se topó con la hormiguita-sarará llamada Kanzique. La albinita preguntó:

—¡Qué anda usted haciendo por aquí, amistá!

—Voy tras el gigante que mató a mi mano.

—Voy también.

Entonces Kanzique chupó toda la sangre del héroe, desparramada por suelo y ramas y sorbiendo siempre las gotas del camino fue mostrándole el rastro a Maanape.

Entraron en la casa, atravesaron el jol y el comedor, pasaron por el desayunador saliendo de la azotehuela de al lado y se detuvieron frente al sótano. Maanape encendió una tea de yataíba y así pudieron bajar la escalerilla negra. Mero en la puerta de la cava se rastreaba la última gota de sangre. La puerta estaba cerrada. Maanape se rascó la nariz y le preguntó a Kanzique:

—¡Y ora!

Entonces vino por debajo de la puerta la garrapata Zlezleg y le preguntó a Maanape:

—¿Cómo qué y ora qué, compañía?

—Voy tras el gigante que mató a mi mano.

Zlezleg respondió:

—Está bien. Entonces cierre el ojo, compañía.

Maanape lo cerró.

—Abre el ojo, compañía.

Maanape lo abrió y la garrapata Zlezleg se había convertido en una llave yale. Maanape levantó la llave del suelo y abrió la puerta. Zlezleg se transformó en garrapata otra vez y le enseñó:

—Con las botellas de hasta arriba usted se convence a Piaíma.

Y desapareció. Maanape bajó diez botellas, las destapó y se dejó venir un aroma perfecto. Era la famosa agua de cahuín llamada chianti. Entonces Maanape entró en otro cuarto de la cava. El gigante estaba ahí con su compañera, una caapora vieja^[27] fumando de cachimbo siempre, a quien llamaban Ceiucí y que era muy golosa. Maanape ofreció las botellas a Venceslao Pietro Pietra, un poco de tabaco de Acará pa la Caapora y la pareja se olvidó de que había mundo.

El héroe desmenuzado en veinte veces treinta chicharroncitos flotaba sobre la polenta que hervía. Maanape agarró los pedacitos y los huesos y extendió todo en el cemento pa que se refrescara. Cuando todo se enfrió la sarará Kanzique esparció por encimita, sana sana colita de rana, la sangre chupada. Entonces Maanape envolvió en hojas de plátano todos los pedacitos sangrantes, puso el paquete en un morral y se las tomó pa la pensión.

Llegando allí puso el cesto en pie soplándole humo^[28] y Macunaíma fue saliendo medio entamalado aún y muy dado al cuás de entre las hojas. Maanape dio guaraná pal mano que quedó de nuevo tronconudo. Se espantó los mosquitos y preguntó:

—¿Qué fue lo que me pasó encima?

—¡Pero, mis cuidados, no le dije a usted que no metiera la pata secundando cantigas de pajarito! ¡Claro que le advertí!, así que...

Al otro día Macunaíma se despertó con escarlatina y se pasó todo el tiempo de la fiebre imaginando que carecía de máquina-cachorrillo pa matar a Venceslao Pietro Pietra. No había terminado de sanar y ya andaba hasta casa de los ingleses pidiendo una Smith-Wesson. Los ingleses le dijeron:

—Los cachorrillos aún están medio verdes pero vamos a ver si hay alguno maduro.

Se fueron entonces debajo del árbol-cachorrillero. Los ingleses le explicaron:

—Usted queda esperando aquí. Si se desprende algún cachorrillo entonces cáchelo. Pero no le deje caer al suelo, ¿estamos?

—¡Hecho!

Los ingleses sacudieron y zangolotearon el árbol cayendo un cachorrillo madurón. Los ingleses dijeron:

—Ése está bueno.

Macunaíma les quedó agradecido y se fue. Quería que los demás le creyeran que hablaba inglés, pero no, no sabía decir ni sweetheart. Los manos sí que hablaban. Maanape también tenía ganas de pistolete balas y güisqui. Macunaíma le aconsejó:

—Usted no habla ni pío de inglés, mano Maanape, va a ir allá y la vuelta va a ser cruel. Es capaz de pedir cachorrillo y que le den conservas. Deje que yo voy.

Y se fue a hablar de nuevo con los ingleses. Debajo de árbol-cachorrillero lo sacudieron, zangolotearon las ramas, pero no, no cayó ningún pistolete. Entonces se fueron bajo el árbol-balero, los ingleses sacudieron y se desprendió una morondanga de balas que Macunaíma dejó caer al suelo y después recogió.

—Ahora el güisqui —dijo.

Se fueron abajo del árbol-güisquero, los ingleses zangolotearon y se descolgaron dos cajas que Macunaíma atrapó en el aire. Les agradeció a los ingleses y se regresó pa la pensión. Llegando allá escondió las cajas debajo de la cama y le fue a contar al mano:

—Hablé inglés con ellos, mano, pero no había ni cachorrillo ni güisqui por culpa de una marabunta de hormigones bachacos que se comió todo. Las balas aquí las traigo. Ahora que le dejo mi cachorrilla pa que cuando alguien me hinche las pelotas usted le descerraje un tiro.

Entonces transformó a Yigué en la máquina teléfono, discó pal gigante y rechucha y concha de la vieja, huón, rajó a putearle a su madrecita.

VI. La francesa y el gigante

A Maanape le gustaba mucho el café y a Yigué mucho el dormir. Macunaíma quería levantar un camuatí para que los tres vivieran, pero nunca de los nuncas que el zaquizamí se acababa. El dar una manita entre todos fracasaba siempre y porque Yigué se pasaba el día en la conducerma y Maanape tomando café. El héroe se puso rabioso. Cogió una cuchara, la transformó en un bichito y le dijo:

—Ora usté se me oculta en los chingaditos del café. Cuando mano Maanape venga a beber, ¡zás!, muérdale la lengua.

Luego al agarrar una cabecera de algodón, la transformó en un blanco azotador y le dijo:

—Ahora usté se me queda convertido en hamaca de cabuya-maquira. Cuando mano Yigué venga a dormir chúpele la sangre.

Maanape se venía adentrando pa la pensión, a tomarse otro café. El bichito le picó la lengua.

—¡Ay! —gritó Maanape.

Macunaíma, el muy moscamuerta, le dijo:

—¿Te está doliendo, mano? Cuando un bichito me pica no me duele nadita.

A Maanape le dio mucha rabia. Lanzó al bichito muy lejos rezongando:

—¡Sal del ahí, plaga!

Entonces Yigué entró en la pensión pensando mandarse un apolille. La largata blanquita chupó tanta sangre suya que hasta se puso rosada.

—¡Ay! —fue lo que Yigué gritó.

Y Macunaíma:

—¿Te está doliendo, mano? Mirá vos. Cuando un azotador me quema hasta me gusta.

Yigué tuvo tanta rabia que arrojó al azotador muy lejos refunfuñando:

—¡Sal de ahí, plaga!

Y así los tres manos se fueron a continuar la construcción del barracón. Maanape y Yigué se quedaron de un lado mientras Macunaíma del otro atrapaba los ladrillos que los manos tiraban. Maanape y Yigué estaban furibundos y deseando vengarse del mano. El héroe no maliciaba nada. Y ¡zas! Yigué tomó un ladrillo, pero pa no lastimar mucho lo convirtió en una bola durísima de cuero. Pasó la bola para Maanape que estaba más adelantado y Maanape con un punterazo la mandó hasta golpear a Macunaíma. Descuajeringó toda la nariz del héroe.

—¡Uy! —fue lo que el héroe exclamó.

Los manos, los muy avivados, le gritaron:

—¡Uay! ¿te está doliendo, mano? Porque cuando la bola golpea en uno ni duele nada.

Macunaíma quedó con bronca y pateando la bola pa muy lejos dijo:

—¡Sal de ahí, peste!

Vino donde estaban los manos:

—¡Ya no hago más camuatí y sanseacabó!

Y convirtió ladrillos piedras tejas herrajes en una nube de tambochas hembras que asoló São Paulo por tres días.

El bichito cayó en Campinas. El azotador cayó por ahí. La bola cayó en la cancha. Y fue así que Maanape inventó el taladro-del-café, Yigué el gusano-rosado del algodón y Macunaíma el balompié, tres plagas.

Al otro día con el pensamiento siempre en la marvada, el héroe se dio cuenta que todo había sido en balde y de una vez por todas, pues ya nunca más podría aparecerse por la calle Marañón porque ahora Venceslao Prieto Prieta ya lo conocía rebién. Cabuleo y allá por las quince horas tuvo una ideota. Resolvió engañar al gigante. Se introdujo de chirimías una quena de guádua en el garguero y convirtió a Yigué en la máquina teléfono y telefoneó para Venceslao Prieto Prieta que una francesa prostituta quería hablar con él al respecto de la máquina negocios. El otro secundó que estaba bueno, pero que se viniera ahoritita mismo porque la vieja Ceiucí había salido con las dos hijas y podían negociar más regio.

Entonces Macunaíma tomó prestado de la encargada de la pensión unos pares de bonituras, la máquina rouge, la máquina media-de-seda, la máquina

combinación con olor de cascacasaca la máquina cinturón aromado con capín oloroso la máquina decoleté húmeda de pachulí la máquina maniquete, todas esas bonitezas, se colgó dos corimbos de plátano en los pechos, y así se vistió. Para rematar todavía se sombreó con azul de palo-de-campeche sus ojitos de piá que se pusieron lánguidos. Era tanto ringorrango que hasta pesaba, pero quedó hecho una francesa tan linda que se sahumó con yuruma y se prendió con alfiler un ramito de piñón-teyucaá paraguayano en las pechugas del patriotismo pa evitar el quebranto. Y fue al palacio de Venceslao Pietro Pietra. Y Venceslao Pietro Pietra era la gigante Piaíma, comedor de gente.

Saliendo de la pensión, Macunaíma se topó con un chupamirto con rabo de tijera^[29]. No le gustó el presagio y pensó abandonar el rendezvous pero como lo prometido es deuda en un santiamén se santiguó y siguió.

Llegando allá se encontró al gigante en el portón, esperando. Después de muchas alharacas, Piaíma descarmenó las garrapatas de la francesa y la llevó para una alcoba lindísima con puntales de retama y entramado de quiebracajete. El piso era un ajedrezado de palo-del-Brasil y quebracho-blanco. La alcoba estaba amueblada con las famosas hamacas blancas del Marañón. En el puro centro había una mesa de jacarandá esculpida, con un arreglo de loza blanca-rosa de Bréves y cerámica de Belén, dispuesta sobre un mantel de encajes tejidos con fibra de patán. En unas bateas enormes originarias de las cavernas del río Cunaní fumarolaba mañoco en caldo de manioca^[30], sopa de jute hecha con un paulista venido de los frigoríficos de la Continental, caimanada y polenta. Los vinos eran un Puro de Ica subidor venido de Iquitos, un oporto de imitación traído de Minas, una chica de jora con ochenta años, champaña de São Paulo bien helada y un extracto de genipa famoso y malo como tres días de lluvia. Y además había dispuestos con mucho arte adornador y muy recortados papeles, los espléndidos confites Falchi y biscuits del Río Grande apilados en totumas de un negro brillante de cumaté con dibujos realzados a navaja, provenientes de Monte Alegre.

La francesa se sentó en una hamaca y haciendo gestos graciosos empezó a jamar. Andaba de mucho antojo y comió bien. Después se tomó un vaso de Puro para asentar y resolvió entrar de lleno en el asunto. Luego luego preguntó si el gigante en verdad poseía una muiraquitán en forma de yacaré. El gigante fue allá adentro y volvió con un caracol en la mano. Y sacó de él una piedra verde. Era la

muiraquitán. Macunaíma sintió que le potranqueaban sus adentros y se dio cuenta que iba a llorar. Pero disimuló muy bien preguntando si el gigante no quería vender la piedra. Venceslao Pietro Pietra guiñó con garbo diciendo que no vendía la piedra pero que tampoco la daba. Entonces la francesa pidió suplicando para llevar la piedra como préstamo para casa. Pero Venceslao Pietro Pietra guiñó garboso una vez más, diciendo que prestada podía ser que tampoco diera la piedra:

—¿Usted se imagina entonces que uno cede así nomás con dos risitas, francesa? ¡Cuál!

—¡Pero es que estoy queriendo tanto la piedra!...

—¡Siga queriendo!

—¡Pos me va y me viene, regatón!

—¡Regatón un cuerno, francesa! ¿Sabe con quién está hablando? ¡No más que con un Coleccionista!

Fue allá adentro y volvió cargado con tamaño escriño hecho con cáñamo y llenecito de piedras. Había turquesas esmeraldas chalchihuites-berilos cantos rodados, herrajes en forma de agujas, crisólita, ágata-cornalina pa los apuros esmeril lajitas cuarzo pulido sílex ónix hachas machetes flechas de piedra lascada, grisgris pedernales elefantes petrificados, columnas griegas, dioses egipcios, budas javaneses, obeliscos mesas mexicanas, oro guyano, piedras ornitomorfos del Iguape, ópalos del igarapé Alegre, rubíes y granates del río Gurupí, itamotingas del río de las Garzas, itacolomitos, turmalinas del Vupabuzú, bloques de titanio del río Piriá, bauxitas del riachuelo del Macaco fósiles calcáreos de Pirabas, perlas de Cametá el tamaño farallón que Oaque, el Padre Piapoco del Tucán, arrojó con cerbatana de allá de lo alto de aquella montaña, un litoglifo de Caramare, había de todas esas piedras dentro del bolsón.

Entonces Piaíma le cuenteó a la francesa que era un célebre coleccionista y colectaba piedras. Y la francesa era Macunaíma, el héroe. Piaíma confesó que la joya de la colección era la mera mera muiraquitán con forma de yacaré comprada por mil contos a la emperatriz de las icamiabas allá por las playas de la laguna Yaciuruá. Y eran puras mentiras del gigante. Entonces, se sentó en la hamaca muy junto de la francesa, harto y habló murmulando, pues con él lo demás era lo de menos, ya que no vendía ni prestaba la piedra pero sin embargo sería capaz de darla... «Depende de los asegunes...». El gigante lo que estaba de

veras queriendo era jugar con la francesa. Cuando por el modito de Piaíma, el héroe entendió lo que significaba el tal «depende...», se puso muy inquieto. Se calentó la cabeza: «Será que el gigante imagina que soy de veras francesa... Corta ésa, peruano botarate...». Y salió corriendo por el jardín. El gigante corría atrás. La francesa saltó un arbusto para parapetarse pero ahí estaba una negrita. Macunaíma le cuchicheó:

—Catarina, sal de ahí, ¿sí?

—Catarina ni noticias. Macunaíma ya medio entigrecido con ella, le musitó:

—¡Catarina, sal de ahí que si no te pego!

La mulatita ahí. Entonces Macunaíma dio una bruta cachetada en la pelma que se le quedó la mano engrudada en ella.

—¡Catarina, suélteme mi mano y retírese que le doy más galletazos, Catarina!

Lo que Catarina era, era una muñeca de cera de caranday puesta allí por el gigante. Quedó bien quietita. Macunaíma dio otro soplamocos con la mano libre y quedó más preso.

—¡Catarina, Catarina, largue mis manos y váyase retirando pelo-cuscú, que si no, le doy una patada!

Dio un puntapié y quedó más preso aún. Por fin el héroe quedó todito pegado en la Catita. Llegó Piaíma con un cesto. Retiró a la francesa de la trampa y berreó hacia la macona.

—¡Abra la boca, cesto, abra su boca bien grande!

El capacho abrió la boca y el gigante depositó al héroe en él. El cesto cerró la boca otra vez, Piaíma lo cargó y regresó. La francesa en vez de bolsa andaba armada con un menie que sirve pa guardar las flechitas de la cerbatana. El gigante dejó el cesto recargado en la puerta de entrada y se refundió casa adentro pa guardar el estuchito entre las piedras de la colección. Pero dicho carcaj era de un tejido que recalcitaba husmo de caza. El gigante desconfió de aquello y preguntó:

—¿Vuestra madre es tan fuerte de olores y gordita como usted, criatura?

Y reviró los ojos del gustazo. Se las estaba maliciando que el menie era hijito de la francesa. Y la francesa era Macunaíma el héroe. De allá del cesto, éste la pescó al vuelo y principió a quedarse excesivamente inquieto. «¿A poco será de veras que ese tal de Venceslao se imagina que pasé por debajo de algún arco-de-

los-íris^[31] para haber mudado así de naturaleza? ¡Hualí, hualí, credo en cruz! ¡Y arredro vaya!». Entonces sopló raíz de cumacaá en polvo que a las cuerdas afloja, desató el mecate del cesto y saltó pa fuera. Iba saliendo cuando se topó con el solo-vino del gigante, que se llamaba Jurel, nombre de pez para no volverse hidrófobo.

El héroe tuvo mieditis y rajó con una soberana chispada parque adentro. El perro salió atrás. Corrían. Pasaron por allá junto a la Punta del Calabozo, tomaron el rumbo de Guajará-Mirim y volvieron por el oeste. En Itamaracá el héroe pasó con cierto huelgo y tuvo tiempo para comerse una docena de mangos-jazmín, que se dieron del cuerpo de doña Sancha Sancha si no bebes vino, ¿de qué es esa mancha?, según dicen. Tomaron rumbos suroeste y en las alturas de Barbacena el cimarrón avistó una vaca en lo alto de una ladera calzada con piedras picudas. Se acordó de beber leche. Subió con destreza por el adoquinado para no cansarse, pero la vaca era de la muy brava raza Guzerá. La muy poquitera escondió su lechita. Pero Macunaíma oró así:

*Válgame Nuestra Señora
San Antonio de Nazaré
la vaca mansa da leche,
la braba sólo es querer.*

A la vaca le hizo gracia, dio leche, y salió como chispa al sur. Atravesando el Paraná, ya de vuelta de la pampa, bien que quería treparse en uno de aquellos árboles pero los ladridos ya le andaban cerca de la cola porque el héroe en eso venía que venía acosado por el gozque. Según eso, venía gritando:

—¡Quítate, palo!

Y se desviaba de cada castaño, de cada araguaney, de cada cumarú bueno pa treparse. Adelante de la ciudad de Serra en espíritu Santo casi se estrella la cabeza en una piedra con muchas pinturas grabadas que ni se entendía bien. De seguro era dinero enterrado... Pero Macunaíma andaba con prisa y salió como flecha para las barrancas de la Isla del Banal. Por fin divisó un hormiguero de treinta metros abriendo un ojo al ras del suelo y mero enfrente. Se desbarajustó subiendo por el agujero y se agazapó en lo alto. El solo-vino se quedó ahí

acorralándolo.

Entonces el gigante vino y se topó con el gozque emperrado en el hormiguero. En la mera entrada la francesa había perdido una cadenita de plata. «Mi tesoro está aquí», murmuró el gigante.

Entonces el solo-vino se fue. Piaíma arrancó de la tierra con raíz y todo un moriche-cananguche que ni rastro dejó en el suelo. Cortó el retoño de la palmicha y lo ensartó en el hoyo por el amor de hacer salir a la francesa. ¿Pero a poco piensan que ella salió? ¡Lagarto! Abrió las piernas y el héroe quedó así como si dijéramos empalmado en la mata inayá. Viendo que la francesa de veras no salía, Piaíma fue a buscar ají. Trajo una marabunta de hormigas-anaquilanas que es el chile del gigante, las puso en el agujero y éstas picaron al héroe. Pero ni así la francesa salía. Piaíma juro venganza. Puso fuera a las anaquilanas y le gritó a Macunaíma:

—Ahora sí que te agarro porque voy a buscar a la víbora yará Elité.

Cuando oyó eso el héroe se heló. Con la yará nadie puede. No. Y le gritó al gigante:

—Espera un cachito, gigante, que ya salgo.

Pero para ganar tiempo se quitó las puntas de plátano de la pechuga y las puso en la boca del agujero diciendo:

—Primero bota esto pa fuera, por-fa.

Piaíma estaba tan furibundo que lanzó los postizos de banano lejos.

Macunaíma presintió la rabia del gigante.

Se sacó la máquina decoleté, la puso en la boca del agujero, diciendo otra vez:

—Bota eso pa fuera, por-fa.

Piaíma tiró el vestido aún más lejos. Entonces Macunaíma se quitó la máquina cinturón, después la máquina zapatos y así fue haciendo con todas las ropas. El gigante ya estaba humeando de tanta bronca. Tiraba todo lejos sin mirar lo que era. Entonces bien despacito, el héroe puso el ano suyo en la boca del hoyo y dijo:

—Ora bote fuera sólo esta calabaza apestosa.

Piaíma ciego de rabia le agarró el mapamundi sin ver lo que era y arrojó el potito con héroe y todo legua y media adelante. Y se quedó esperando para siempre mientras el héroe allá lejos se enmataba en los mororós.

Llegó a la pensión tan sumiso que tomaba la bendición del perro y llamaba al gato tío, ¡tenían que verlo! Sudaba despellejándose con ojos de fuego, echando los bofes por la boca. Descansó un ratito y como andaba muerto de hambre preparó unas fritangas con mejillón de Maceió, un pato seco de Marajó sopeando la comida con moco de mororó. Descansó.

Macunaíma estaba recontratracado. Venceslao Prieto Prietra era él un célebre coleccionista y él no. Sudaba de envidia y por fin resolvió imitar al gigante. Pero no le encontraba la gracia a coleccionar piedras. No. Ya tenía una morondanga de ellas en la tierra suya por aquellos espigones en los manantiales por los chorrerones en viricuetos y cuevas arriba. Y todas esas piedras ya habían sido avispa hormiga mosquito garrapata animal pajarito gente y cuñás y hasta las gracias de cuñás y cuñataís... ¡Pa qué más piedra si es tan pesado cargarlas!... Extendió los brazos con pereza y murmuró:

—¡Ay, qué flojera!...

Cabizbajo meditabundó y resolvió. Era una colección de garabatos lo que más le gustaría.

Se aplicó. En un tris reunió millares de ellas en todo cuanto eran hablas vivas y hasta en las lenguas griega y latina que estaba estudiando tanto. La colección italiana estaba completa, con palabras para todas horas del día, todos los días del año, todas las circunstancias de la vida y sentimientos humanos. ¡Cada palabron!... Pero la joya de la colección era una frase hindú de la que mejor ni se habla.

VII. Bembé-Macumba

Macunaíma estaba recontracotrariado. No conseguía recuperar la muiiraquitán y eso le daba mohína. Lo mejor era matar a Piaíma... Entonces dejó la ciudad y se fue al mato Fulano a probar fuerzas. Campeó legua y media hasta que por fin divisó un palo-de-aguairó sin fin. Enjaretó el brazo de los contrafueres y dio un empujón a ver si lo arrancaba de cuajo, pero el perro fue que sólo el viento sacudió al follaje en las alturas. «No, aún no tengo bastantes fuerzas», reflexionó Macunaíma. Agregó un diente de ratita llamada cró, y se hizo una bruta incisión en la pierna como precepto para quien es aguado y volvió sangrando a la pensión. Estaba desconsolado por no tener las fuerzas aún y venía en tan tamaña distracción que se dio un topetazo.

Entonces de tanto dolor se puso a ver estrellas el héroe y en lo alto, entre ellas, divisó a Capei menguadita y cercada de neblina. «Cuando mengua la Luna no comiences cosa alguna» suspiró. Y prosiguió más consolado.

Al otro día el tiempo estaba completamente frío y el héroe resolvió vengarse de Venceslao Prieto Prieta dándole una soba para calentarse. Por culpa de no tener fuerzas lo único que sí tenía era mucho miedo del gigante. Así pues, resolvió tomar un tren e ir a Río de Janeiro para ampararse con Echú^[32], diablo en cuyo honor se realizaba una macumba^[33] al otro día.

Era junio y el tiempo estaba enteramente frío. La macumba se realizaba allá por el Mangue en el conventillo de la Tía Ciata, hacedora de brujencias como no había otra, santera-iyalocha afamada, y canta-leteadora en la guitarra. A las veinte horas Macunaíma llegó al tugurio llevando bajo el brazo el garrafón de aguardiente obligatorio. Ya andaba mucha gente por allá, gente hecha y derecha, gente pobre, leguleyos garçons albañiles medias-cucharas diputados gatunos, toda esa gente y la función ya iba dando principio. Macunaíma se quitó los zapatos y los calcetines como los demás y se ensartó en el pescuezo el fetiche

hecho con cera de avispa-tatucaba y raíz seca de sacú-sacú. Entró en la sala repleta y espantándose el mosquerío fue en cuatro a saludar a la inmóvil mandinguera-caravalí sentada en un tripié y sin chistar ni un «esta boca es mía». Tía Ciata era una vieja negra con un siglo en el sufrimiento, fodonga y espiritifláutica con la cabellera ya blanca desparramada como si fuera luz en torno de la cabeza chiquitica. Ya nadie divisaba ojos en ella, era sólo huesos de una largura soñolienta cuelgacolgando hacia el piso de tierra.

De repente ¡zás! un rapaz hijo de Ochún^[34], según eso, hijo de la mulata Virgen de la Caridad del Cobre, sandunguera cuyo bembé era en diciembre, distribuyó una vela encendida para cada uno de los marineros ebanistas periodistas ricachones prostitutas hembras burócratas, muchos empleados públicos y apagó el infiernillo que alumbraba la salita.

Entonces la macumba empezó de veras haciéndose fiestas de zainé^[35] para saludar a los santos. Y así era: a la cabeza venía el ogán^[36] tocador de atabal^[37], un negrazo hijo de Ogún^[38], cacarañado y fadista de profesión, llamándose Olelé Rui Barbosa. El batuque tocatocaba ajustado ya en un ritmo que condujo toda la procesión. Y las velas revelaron en las paredes de papel tapiz con florecitas, sombras temblando vagarosas como apariciones. Atrás de famballín venía Tía Ciata, inmutable y sólo bombas jalando ese rezo retemonótono. Después la seguían abogados mozos de navío curanderos poetas el héroe punguistas portugues senadores, toda esa gente, danzando y cantando la respuesta del rezo. Y era más o menos así:

—¡Va-mo sa-ra-vá!...

Tía Ciata cantaba el nombre del santo que tenía que saludar:

—¡Oh, Olorún!^[39]

Y la gente haciendo segunda:

—¡Va-mo sa-ra-vá!...

Tía Ciata seguía:

—¡Oh Delfín Jigüe-Bufeo!

Y la gente secundando:

—¡Va-mo sa-ra-vá!...

Muy dulcecito pero en un rezo retemonótono.

—¡Oh Yemanyá! ¡Naná Burukú^[40] y Ochún tres Señoras-del-Agua!

—¡Va-mo sa-ra-vá!...

Era así. Y cuando Tía Ciata paraba para gritar con un gesto inmenso:

—¡Sal Echú!

Porque Echú era el diablo-cojo, un catete retemalévolo, que sólo era bueno para hacer marrullerías y era un tormento en aquella sala aullando:

—¡Uuum!... ¡Uuum!... ¡Echú! ¡Nuestro padre Echú!

Y el nombre del chorá-cojo resonaba con un estruendo que disminuía el tamaño de la noche afuera. El zainé proseguía:

—¡Oh, Rey Nagó!

—¡Va-mo sa-ra-vá!...

Dulcecito rezo monótono.

—¡Oh, Babalú-ayé!

—¡Va-mo sa-ra-vá!...

De cuando en cuando Tía Ciata se paraba gritando con su gesto jorguino:

—¡Sal Echú!

Porque Echú era el pata-de-pato, un yananaíra malévolo. Y de nuevo era el tormento en la sala aullando:

—¡Uuum!... ¡Echú! ¡Nuestro padre Echú!...

Y el nombre del chamuco resonaba con estruendo y achicaba el tamaño de la noche.

—¡Oh, Ochalá!^[41]

—¡Va-mo sa-ra-vá!...

Y así era. Saludaron a cuanto santo usan en las brujerías de payés, al Bufeo-Blanco que da los amores Changó^[42], Omolú^[43] Iroco-la ceiba santa, Ochosi^[44], la Boa-Prieta Madre feroz. Obatalá^[45] quien da fuerzas para jugar mucho, a todos esos santos y el zaine se acabó. Tía Ciata se sentó sobre el tripié en un rincón y toda aquella gente sudando, médicos panaderos ingenieros tinterillos policías criadas currinches asesinos, Macunaíma, todos vinieron a poner las velas en el suelo rodeando el tripié. Los pabilos lanzaban bajo el techo la sombra inmóvil de la madre-de-palo-monte. Casi todos ya se habían quitado algunas ropas y la respiración hasta rechinaba por culpa del olor a jediendo «coty» catinga y del sudor de todos. Llegó el turno de beber. Y fue ahí donde Macunaíma probó por primera vez la chicha temible cuyo nombre es guaro. Lo probó tronando la lengua feliz y dio una carcajadota.

Después de la bebida, entre la guarapeta, seguían los rezos invocatorios.

Todos estaban inquietos ardientes deseando que el santo bajara a la macumba de aquella noche. Ya hacía tiempo que ninguno se dignaba a bajar por más que los demás lo pidieran. Porque el bembé de Tía Ciata no era como esas macumbas falsas, en las que siempre el mandadero-de-los-ebbó^[46] se fingía venir como un Changó u Ochosi cualquiera, sólo para contentar a los macumberos. Era un bembé serio y cuanto santo aparecía, aparecía de veras sin ninguna falsedad. Tía Ciata no permitía desmoralizaciones en el cortijo suyo y ya hacía más de doce meses que ni Ogún ni Echú se designaban por el Mangué. Todos deseaban que Ogún viniera. Macunaíma quería a Echú sólo para vengarse de Venceslao Prieto Prieta.

Entre traguitos de apertura, unos de rodillas y otros en cuatro, todo ese genterío semidesnudo rezaba en torno de la hechicera pidiendo por la aparición de un santo. Allá por vueltas de la medianoche fueron allá adentro a comerse el chivo-aucó cuya cabeza y patas ya estaban en el altar, frente a la imagen del Echú que era una duna de hormigas con tres conchitas haciéndola de ojos y boca. El chivo había sido muerto en honra del diablo y salado en polvo de cornamenta y espolón de gallo-de-palenque. La madre-de-santo principió el atracón con respeto y tres porlaseñales garabateados. Y todo el mundo vendedores bibliófilos pata-rajadas académicos banqueros, toda esa gente danzando en torno de la mesa-altar cantaban:

*Bembé queré
sol de ahí Arué
monyí gongó
sal de ahí Orobó.
¡Eh!...
¡Oh, munguzá
buen acazá
vancé Yemanyá
de padre guengué!
¡Eh...!*

Y plática y plática devoraron el chivo consagrado y cada cual se puso en

busca de la damajuana de aguardiente suya, porque nadie podía beber en la del otro, y todos tomaron muchos chinguiritos, hartos. Macunaíma daba sus carcajadotas y de repente derramó vino en la mesa. Era una señal de alegre zarambecón pa él y todos imaginaron que el héroe era el predestinado de aquella noche santa. Y no, no era.

No bien recomenzó la rezada se vio saltar en medio de la salita a una hembra orillando a todos a chiticallarse con un gemido medio lloriqueo y el sacar canto nuevo. Fue una tembladera de todos los diablos en todos y las velas arrojaron la sombra de la cuñá como monstruo retorciéndose por un rincón del techo. Era Echú, el famballín luchaba golpeando el bongó para percibir los ritmos dementes del canto nuevo, canto libre, de notas apresuradas y lleno de saltos difíciles, éxtasis loco, atenuado vibrando de furia. Y la polaca prostituta muy pintada de la cara, con los tirantes del fondo reventados estremecía al centro de la salita sus adiposidades ya casi completamente desnudas. Los pechos suyos colgujeaban chocando en los hombros en la cara y después en la panza y ¡guác! con estruendo. Y la pelirroja cante y cante. Finalmente una espumita le escurrió de los bezos despintados, dio un grito que disminuyó el tamañazo de la noche más aún, le entró el santo y se puso dura.

Pasó un tiempo de silencio sagrado. Después Tía Ciata se levantó del tripié que una mameluquita^[47] substituyó al instante por un banco nuevo nunca antes sentado por nadie y ahora perteneciendo a otra. La santera-mamalocha se fue viniendo se fue viniendo y el bongocero venía con ella. Todos los demás estaban en pie achatándose contra las paredes. Sólo la Tía Ciata se fue viniendo hasta llegar al cuerpo duro de la polaca allá en el mero centro de la salita. La hechicera se quitó la ropa hasta quedar desnuda, vestida sólo por los collares los brazaletes y las arracadas de cuentas de plata goteándole en los huesos. Fue con ayuda de una jícara como el ogán recogió la sangre cuajada del chivo comido y refregó la pasta en la cabeza de la sacerdotisa balalaó^[48]. Pero cuando derramó el efión verdusco por encima, la dura se retorció gimiendo y un olor yodado embriagó el ambiente. Entonces la mandinguera-caravalí entonó el rezo sagrado de Echú, monótona melopea. Cuando acabó, la hembraza abrió los ojos, empezó por moverse muy diferente y al rato ya no era ninguna guaricha sino el caballo del santo que era Echú el matoco que había venido ahí con todos para macumbear.

El par de encueradas ejecutaba un samba-yongo improvisado y festivo que

ritmaban el crujir de los huesos de la tía, los ¡guács! de los pechos de la gorda y los golpecitos sin relieve del famballín. Todos estaban piluchos también y se esperaba la selección del escogido hijo de Echú por el gran Diambo presente. Temible samba-yongo... Macunaíma se escalofriaba de ganas en la esperanza de pedirle al Tentador una tunda para Venceslao Prieto Prieta. No se supo lo que dio en el de sopetón. Entró bamboleándose en medio de la sala, derribó a Echú y le cayó encima jugueteando victoriosamente. Y la consagración del nuevo hijo de Echú fue celebrada con el permiso de todos y todos se curarizaron en honor del hijo nuevo del Icó, demonio Cachinauá.

Terminada la ceremonia, el diablo fue conducido al tripié para comenzar la adoración. Los chorros los senadores los agrarios los negros las señoras los futboleros, todos venían arrastrándose debajo del polvo anaranjado por toda la salita, y después de golpear la cabeza en el suelo con el lado izquierdo, besaban las rodillas, besaban todo el cuerpo de la medium-uamotí. La polaca rubicunda al temblar su rigidez, chorreaba espumilla por la boca en la que todos mojaban el dedo pulgar mata-piajos para bendecirse la correndillas, mientras ella gemía con unos ronquidos de zorra rezongando, medio llanto gozo y ya no era más la polaca. Sino Echú, el mariguanga padre madre padrino madrina compadre comadre más grande que tiene el hombre en la vida de aquella religión.

Después de que todos se besaron adoraron y bendijeron mucho, fue la hora de los pedidos y promesas. Un carnicero pidió que todos compraran la carne podrigoria suya y Echú consintió. Un hacendado pidió para que ya no existieran más hormigas tambochas, ni malaria por el sitio suyo y Echú se rió diciendo que eso sí no lo consentía. Un metejón pidió pa que su peor-es-nada consiguiera la vacante de profesora municipal y así poder casarse y Echú consintió. Un médico hizo un discurso para escribir con mucha elegancia el habla portuguesa y Echú no consintió. Así fue. Por fin vino el turno de Macunaíma el hijo nuevo del Tentador. Y Macunaíma dijo:

Vengo a pedirle a mi padre por causa de estar muy contrariado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Echú.

—Macunaíma, el héroe.

—Uhum... —rezongó el Mayor—, nombre que empieza por Ma, es de mala señal.

Pero lo recibió con cariño y le prometió al héroe todo lo que le pidiera porque Macunaíma era hijo. Y el héroe pidió que Echú hiciera sufrir a Venceslao Pietro Pietra, que era el gigante Piaíma comedor de gente.

Entonces fue horrendo lo que pasó. Echú tomó tres ramitas de toronjil, bendecido por padre apóstata, las arrojó a lo alto e hizo encrucijada mandando al ego de Venceslao Prieto Prieta venir para dentro suyo para que apañara. Esperó un momento, el yo del gigante vino, se adentró dentro de la hembra y Echú mandó al hijo dar una soba en el yo que estaba encarnado en el cuerpo polaco. El héroe pegó una cachiporra y la dejó ir en Echú con ganas. Dio y volvió a dar. Echú gritaba:

*¡Apaléeme despacito
que esto duele duele duele!
¡También tengo familia
y eso duele duele duele!*

Hasta que amoratado de golpes sangrando por la nariz por la boca por los oídos cayó desmayado al suelo. Y era horroroso... Macunaíma ordenó que el yo del gigante fuera a tomar baño salado hirviendo y el cuerpo de Echú humeó mojando el palenque. Y Macunaíma ordenó que el yo del gigante fuera pisando vidrio a través de un ortigal con abrojos hasta los sumideros de la sierra de los Andes en pleno invierno. Echú sangró con verdugones del vidrio arañoses de las espinas y quemaduras de la ortiga y jadeando de fatiga temblando de tanto frío. Era horrible.

Y Macunaíma ordenó que el yo de Venceslao Pietro Pietra recibiera una empitonada de novillo, la coza de un potro, la tarascada de un caimán barbudo y los aguijonazos de cuarenta veces mil hormigas-de-fuego y el cuerpo de Echú se retorció sangrando y lleno de ampollas en el suelo, con una caravana de dientes en una pierna, con cuarenta veces cuarenta mil picaduras de hormiga en la piel ya invisible, con la frente quebrada por el casco de un bagual y un agujero de aspa aguda en la barriga. La salita se llenó de un olor insoportable. Y Echú jeremiaba:

*¡Cornéeme despacito
que eso duele duele duele!
¡También tengo familia
y eso duele duele duele!*

Macunaíma ordenó por mucho tiempo muchas cosas así y todo el yo de Venceslao Prieto Prieta aguantó en el cuerpo de Echú. Por fin la venganza del héroe ya no pudo inventar nada más, y paró. La hembra sólo respiraba quedito, largada en el piso de tierra. Hubo un silencio fatigado. Y todo era horrendo.

Allá en el palacio de la calle Marañón en São Paulo había un corre-corre sin parada. Iban médicos venía la ambulancia, todos estaban desesperados. Venceslao Prieto Prieta todo ensangrentado berreaba. Mostraba una cornada en la barriga, la frente quebrada como si fuera por coz de cuaco quemado congelado mordido y todo lleno de manchas y chichones de una tremendísima soba de palos.

En la macumba continuaba el silencio de horror. Tía Ciata vino con lisura y empezó rezando el mayor rezo del diablo. Era el más sacrílego rezo de todos, en el que errando una palabra daba muerte. La oración del Padre Nuestro Echú, era así^[49]:

—Padre Echú hallago nuetro, vó que etá en el treceno infielno de la quielda de abajo, nojotro te queremos mucho, nojotro todo.

—¡Querremo! ¡Querremo!

—... El padre nuetro Echú de cada día dánolo hoy, y hágase vuetra voluntá, así también en el bembé del batey o zenzala^[50], que le pertenece a nuetro padre Echú, por siempre de lo siempre y que así sea, amén...

—¡Gloria pa la patria yeyé de Echú!

—¡Gloria pal hijo de Echú!

Macunaíma agradeció. La Tía acabó:

—Chico-t-era^[51] un príncipe yeyé y se convirtió en nuetro padre Echú por todo lo século seculoro, por siempre y que así sea, amén.

—Por siempre y que así sea, amén.

Echú iba sanando y volviendo a sanar. Todo iba desapareciendo en un santiamén cuando la cañita recirculó y el cuerpo de la polaca quedó sin daño otra vez. Se escuchó tamaña rebambaramba y el espacio tomó un olor a brea

quemada, mientras la palera echaba por la boca un anillo de azabache. Entonces volvió del desmayo roja gorda y muy fatigada. Ahora sólo la polaca estaba ahí. Echú ya había sido echado.

Y para acabar todos hicieron el bochinche juntos, comiendo buen jamón y bailando uno de esos sambas de espanto y todo ese genterío se alegró con mucha cumbancha irreprimible. Entonces todo acabó volviéndose a la vida real. Y los macumberos, Macunaíma, Jaime Ovalle, Dodó, manú Bandeira, Blaise Cendrars, Ascenso Ferreira, Raúl Bopp, Antonio Bento, Pierre Verger, Peque Lanusa, Nicolás Guillén, todos esos bemberos^[52] salieron hacia la madrugada.

VIII. Vei, la Sol

Macunaíma proseguía y se topó con el árbol Volomán bien alto. En una rama estaba un pájaro chicharrero que no bien divisó al héroe se desgañitó gorgoritando «¡Mira nomás quien viene en el camino! ¡Mira nomás quien viene en el camino!». Macunaíma miró arriba con intención de agradecer pero Volomán estaba cayéndose de frutas. El héroe ya traía tantas horas de hambres en la barriga suya, que ésta hasta se le empinaba para espiar todos aquellos zapotes zapotillos chicozapotes albaricoques pacurís macagüitas miritís guabiyúes sandías araticúnes, toda esa fruta.

—Volomán, deme una fruta —pidió Macunaíma.

El palo no quiso dar. Entonces el héroe gritó dos veces:

—¡Boioió, boioió! ¡Quizama quizú!

Cayeron todas las frutas y comió bien comido. Volomán quedó con odio. Tomó al héroe de los pies y lo arrojó más allá de la bahía de Guanabara en un islote desierto, habitaba antiguamente por la ninfeta Alamoá que vino con los holandeses. Macunaíma estaba tan cansado que lo agarró el sueño durante el salto. Cayó dormido bajo una palmerita guairó muy aromada donde un zopilote estaba trepado.

Ahora que como al pajarraco ya le andaba por hacer sus necesidades, descomió y el héroe quedó chorreado de suciedad de gallinazo. Ya era de madrugada y el tiempo estaba enteramente frío. Macunaíma se despertó temblando y todo embadurnado. De cualquier modo examinó bien la piedritachumí del islote para ver si no había alguna cueva con dinero enterrado. Ni la cadenita encantada de plata que le indica al suertudo, tesoro de Holandés. Había sólo las rubitas hormigas yaquitaguas.

Entonces pasó Cayuanog la estrella-del-alba. Macunaíma ya medio enojado de tanto vivir le pidió que se lo llevara pal cielo. Cayuanog se fue allegando pero

el héroe apestaba mucho.

—¡Que qué, vete a bañar! —le replicó. Y se retiró.

Así nació la expresión «¡Vete a bañar!» que los brasileños emplean refiriéndose a ciertos inmigrantes europeos.

En ésas pasaba Capei, la Luna, y Macunaíma le gritó:

—¡Su bendición, tataíta Luna!

—Uhm... —fue lo que contestó.

Entonces le pidió a la Luna que lo cargara hasta la isla de Marajó. Capei se fue dejando venir pero Macunaíma estaba mucho muy fuerte de olores.

—¡Vete a bañar! —le dijo. Se fue.

Y el dicho pegó definitivamente.

Macunaíma le gritó a Capei que por lo menos le diera un fueguito pa que se calentara.

—¡Ahora le toca al vecino! —dijo apuntando a la Sol que ya venía a lo lejos remando por el océano paraná-guazú. Y por allá se las tomó.

Macunaíma tiemble y tiemble y el jotecito sin dejar de hacer sus necesidades encima suyo. Era por culpa de la piedra tan chiquirritica. Vei venía llegando roja y empapada de sudor. Veia era la Sol. Fue muy bueno pa Macunaíma porque allá en casa éste siempre le hizo regalitos de bollo-de-yuca pa que la Sol lamiendo los secara.

Vei puso a Macunaíma en la balsa que tenía la vela color-de-herrumbre pintada con nanches^[53], y les pidió a sus tres hijas que limpiaran al héroe, le espulgaran las garrapatas y examinaran si las uñas suyas no estaban sucias. Macunaíma quedó aliñado otra vez. Pero por culpa de estar, ora si que, vieja bermeja y tan sudada, el héroe no maliciaba que la chocha era la mera Sol, la buena Sol jorongo de los pobres. Por eso le pidió a ella que llamase a Vei con su calor porque ya estaba bien lavadito pero temblando de tanto frío. Vei era la mera Sol y andaba queriendo madrugar a Macunaíma para hacerlo yerno suyo. Sólo que todavía no podía recalentar a nadie, porque era muy temprano, y no tenía fuerzas. La espera la desesperaba y chifló de un modito tal que las tres hijas suyas hicieron mucho piojito-piojito y dingolondango por todo el cuerpo del héroe.

Soltaba unas risas chatas, retorciéndose del cosquilleo y disfrutando mucho. Cuando ellas paraban pedía más, desternillándose ya de antegozo. Vei se dio

cuenta de la sinvergüenzada del héroe. Hizo rabieta. Se fue quedando sin ganas de despedir fuego del cuerpo ni calentar a nadie. Entonces las cuñataís agarraron a la madre, la amarraron muy bien mientras Macunaíma daba de muñecazos en la barriga del vejestorio hasta que fue saliendo y salió una fogata detrás y todos se recalentaron.

Principió un calurón que alcanzó la balsa, se arrastró en las aguas y doró la faz limpia del aire. Macunaíma echado en la jangada lagartijeaba sol con todo y su quebranto azul. Y el silencio que alargaba todo...

—¡Ay, qué flojera!...

El héroe suspiró. Sólo se oía el oleaje. Se vino un hastío feliz subiendo su cuerpo, y qué bueno era... La cuñataí más joven tocaba el urucungo^[54] que su madre le trajo de África. Era de una vastedad guazú el mar-paraná y no había ni una nube por la cuesta-arriba del cielo. Macunaíma cruzó las muñecas en lo alto por detrás haciéndose una cabecera con las manos y mientras la hija-de-la-luz menos joven le espantaba los mosquitos cagachines a montones, la tercera de las chinucas con la punta de las trenzas hacía estremecer de gusto la barriga del héroe. Y estaba riendo con tan plena felicidad, que sólo paraba para gozar de estrofa en estrofa lo que se cantaba así:

*Cuando me muera no me llore,
dejo la vida sin pesar.
—Arará cuévano,
tuve por padre al destierro,
por madre la infelicidá.
—Arará sabalú,
papá llegó y me dijo:
—¡No vayas a tener amor!
—Arará cuévano,
mamá vino y me puso un collar hecho dolor.
—Arará sabalú,
que el tatú prepare fosa
con sus dientes desdentados.
—Arará cuévano,
pal más desinfeliz*

de todos los desgraciados.
—Arará sabalú...

Qué bueno era... El cuerpo suyo relumbraba oro pardeando en los cristalitos de sal por el olor del mar y por causa del remo calma-chicha de Vei y con la barriga así muevemoviéndose con cosquillas de mujer, ¡ah!... Macunaíma gozó de nuestro goce, ¡ah!... «¡Piconá! ¡qué jija-de... de la sabrosura, coño!» exclamó.

Y cerrando los ojos zumbones, con la boca riéndose con una risa niña ciniquita de tan buena vida, el héroe fue gustando y siguió gustando hasta que se durmió.

Cuando el timón de la balsa de Vei ya no pudo embalar más sueño Macunaíma despertó. Allá a lo lejos se percibía más que nada un rascacielos color de rosa. La barca se dirigía al noray de cabañal sublime de Río de Janeiro.

Ahí mero en la orilla del agua había un largo caapuerón tupido de árboles-abrasilados y con los palacios de colores a ambos lados. Y el cerradón era la Avenida Río Branco. Ahí vive Vei la Sol con sus tres hijas de luz. Vei quería que Macunaíma se hiciera yerno suyo porque en final de cuentas era un héroe y le había dado tanto bollo-de-yuca pa que chupando los secara.

—Mi yerno: usted carece de casamiento con alguna de mis hijas. La dote que te doy es Uropa y Bahía. Pero el pero es que usted tiene que ser fiel y no andar jugueteando con cuanta cuñá hay por ahí.

Macunaíma agradeció y prometió que sí juramentando por la memoria de la madre suya. Entonces Vei salió con las tres hijas para hacer de día por el cerradón, ordenando una vez más que Macunaíma no saliera de la jangada para que no se pusiera a jugar con algotras cuñás de por ahí. Macunaíma volvió a prometer jurando otra vez por su madre.

Vei y las tres hijas no habían terminado de entrar al cerradón cuando a Macunaíma le dieron muchas ganas de irse a jugar con una cuñá. Encendió un cigarro y el deseo le fue subiendo. Allá por debajo de los árboles culipandeaban muchas cuñás cuñé agitagitándose con talento y jacarandosura.

—¡Pos quel fuego lo devore todo! —exclamó Macunaíma—. No soy tan aguado como pa que una mujer me empache.

Y una vasta luz brilló en el cerebro suyo. Se enderezó en la jangada y con los

brazos oscilando encima de la patria decretó muy solemne:

—¡Mucha tambocha y poco bizcocho, luchas son que al Brasil dejan mocho!

Al instante saltó de la jangada, se fue a hacer continencia frente a la imagen de San Antonio que era capitán de regimiento y después les cayó encima a todas las cuñás de por ahí. Luego se topó una que había sido pescadera allá por las tierras del compadre dinguillin-dinguillin, y que aún olía a rayos, era una peste a pura marisma. Macunaíma le guiñó el ojo y los dos vinieron a la jangada a jugar. Y bien que jugaron. Bastante. Y ahora se están riendo el uno y el otro.

Cuando Vei y sus tres hijas llegaron de hacer el día y entraba la boca-de-la-noche las mozas que venían al frente pillaron a Macunaíma y a la Portuguesa en pleno juguete. A las tres hijas de luz les dio un patatús.

—Entonces es eso lo que se hace, hérue. ¿Qué no le dijo nuestra madre Vei que no saliera de la jangada para irse a jugar con algotras cuñás por ahí?

—¡Estaba tan tristecito! —dijo el héroe.

—¡Qué tristecito ni qué ocho cuartos, hérue! Ora es usted quien va a cobrar con nuestra madre Vei.

Y se voltearon muy enojadas hacia la vieja:

—Mire nomás, madre nuestra Vei, lo que su yerno hizo. No había llegado uno al cerradón cuando éste se escabulló, le cayó a una buena, la trajo a vuestra jangada y jugaron hasta más no poder. Y ahora están riéndose el uno y el otro.

Entonces la Sol se quemó y rayó así:

—¡Ara, ara, ara, mis cuidados! ¿No le advertí que no llegara a ninguna de esas cuñás?... ¡Claro que sí! Y pa acabarla de amolar el juguete lo hace en mi jangada y ora todavía se están riendo el uno con el otro.

—¡Estaba tan tristecito! —repitió Macunaíma.

—Pues si me hubiera obedecido se casaba con una de mis hijas y sería siempre joven y bonitón. Ahora será mozo sólo por poco tiempo talcualmente a los demás hombres y después se va a poner acabadón y singraciado.

Macunaíma sintió ganas de llorar. Suspiró:

—De haber sabido...

—El «de haber sabido» no es santo de mi devoción ni de la de nadie, mis cuidados. Lo que pasa es que usted es medio descaradito, eso sí. Ya no le ofrezco

a ninguna de mis hijas. Nanay.

Entonces Macunaíma perdió la figura también.

—Pos al fin que ni quería, ¿entiende? ¡Tres, ni al revés!

Entonces Vei y las tres hijas se fueron a pedir posada en un hotel y dejaron a Macunaíma durmiendo con la Portuguesa en la jangada.

Cuando era ahí por las horas antes de la madrugada, vino la Sol con las jóvenes para darse una paseadita por la bahía y encontraron a Macunaíma y a la Portuguesa engrudados en el sueño. Vei despertó a los dos y le dio de regalo a Macunaíma la piedra Vató. Y la piedra Vató da fuego cuando uno quiere. Y por ahí se fue la Sol con las tres hijas de luz.

Macunaíma todavía se pasó el resto del día jugueteando con la Portuguesa por la ciudad. Cuando fue de noche andaban durmiendo en una banca de Flamengo y de repente llegó un espantoso espanto. Era Mianiqué-Teibé^[55] que venía para tragarse al héroe. Respiraba por los dedos, escuchaba por el ombligo y tenía los ojos en el lugar de las mamilas. La boca era dos bocas y estaba escondida entre los artejos de los pies. Macunaíma se despertó con el olor de la aparición y rajó como venado pa las afueras de Flamengo.

Mianiqué-Teibé se comió a la pescadera y se fue.

Al otro día, Macunaíma no le encontró más la gracia a la capital de la República. Cambalacheó la piedra Vató por un retrato en el periódico y volvió hacia el cabañal del río Tieté.

IX. Carta a las Icamiabas^[56]

A las muy queridas súbditas nuestras, señoras Amazonas.

Señoras:

No poco os sorprenderá, por cierto, el enderezo y la literatura de esta misiva. Cúmplenos, entretanto, iniciar estas líneas de nostalgias y mucho amor, con desagradable nueva. Bien es verdad que en la buena ciudad de São Paulo —la mayor del universo al decir de sus prolijos habitantes— no sois conocidas por «icamiabas», voz espuria, sino por el apelativo de Amazonas; y de vos se afirma, cabalgasteis jinetes belígeros y vinisteis de la Hélade clásica; y así sois llamadas. Mucho nos pesó a nosotros, Imperator vuestro, tales dislates de erudición pero habréis de convenir con nosotros que así quedáis más heroicas y más conspicuas tocadas por esa pátina respetable de la tradición y de la pureza antiguas.

Mas no habremos de desperdiciar vuestro indómito tiempo, y mucho menos conturbar vuestro entendimiento con noticias de escasa envergadura; pasamos pues, de inmediato, al relato de nuestros hechos por acá.

No habían pasado cinco soles de que vosotras habíamos partido, cuando la más terrible desdicha pesó sobre Nosotros. Una de las bellas noches de los idus de mayo del año próximo pasado, perdíamos la mui raquitán, que alguien ya escribiera muraquitán, y, que algunos doctos, a sabiendas de las etimologías esdrújulas, ortografan muyráquitán y hasta muraquéitan, no sonriáis. Sabed que dicho vocablo, tan familiar a vuestras trompas de Eustaquio, es casi desconodido por aquí, por estos asaz civiles parajes, los guerreros llámanse policías, pacos, guardia-civiles, boxeadores, legalistas, sediciosos, etc.; siendo que algunos de estos términos son neologismos absurdos —nefasta escoria con la que los negligentes y peralvillos vilipendian al buen hablar lusitano. Empero ya nos sobrará lugar para discretear, *sub tegmine fagi*, sobre la lengua portuguesa, también llamada lusitana. Lo que os interesará más, sin sombra de duda, es saber

que los guerreros de aquende no buscan mavórticas damas para el enlace epitalámico; sino antes las prefieren dóciles y fácilmente cambiables por pequeñas y volátiles hojas de papel a las que el vulgo dio en llamar dinero —*curriculum vitae* de la Civilización, a la que hoy hacemos el honor de pertenecer. Así la palabra muiraquitán, que ya hiere los oídos latinos de vuestro Emperador, es desconocida de los guerreros, y de todos los que, en general, por estas partes respiran. Apenas algunos «sujetos de importancia en virtud y letras» como ya decía el buen viejito y clásico fray Luis de Souza^[57], citado por el doctor Rui Barbosa, que aún sobre las muiraquitanas proyectan sus luces, para aquilatarlas de mediocre valía, diciéndolas originarias del Asia y no de vuestros dedos, violentos en el pulir.

Aún abatidos estábamos por haber perdido nuestra muiraquitán, en forma de saurio, cuando tal vez por algún influjo metapsíquico, o, *chi lo sa*^[58], provocado por alguna libido nostálgica, como explica el sabio tudesco, doctor Segismundo Freud (léase Frói), deparósenos en sueños un arcángel maravilloso. Por él supimos que el talismán perdido estaba en las dilectas manos del doctor Venceslao Pietro Pietra, súbdito del Virreinato del Perú, y de origen francamente florentino, como los Cavalcanti de Pernambuco. Y como el doctor morara en la ilustre ciudad anchietana, sin tardanza partimos para acá, en búsqueda del vellocino robado.

Las relaciones actuales con el doctor Venceslao son lo más lisonjero posible; y sin duda muy en breve recibiréis la grata nueva de que hemos recuperado el talismán; y por medio de ella os pediremos albricias.

Porque, súbditas dilectas, es impugnable que Nosotros, Imperator vuestro, encontráramosnos en precarias condiciones. El tesoro que de allá trajimos, fuenos menester convertirlo en la moneda corriente del país; y tal trueque mucho nos ha dificultado la manutención, debido a las oscilaciones del Cambio y a la baja del cacao.

Más aún, sabréis que las doñas de acá no se derriban a estacazos, ni juegueteen por jugar, así gratuitamente, si no es por lluvias del vil metal, fontones blasonados de champagne, y unos monstruos comestibles, a los que, vulgarmente, se les da el nombre de langostas. ¡Y qué monstruos encantados, señoras Amazonas! De una caparazón pulida y embarazosa, a modo del casco de una nave, salen brazos, tentáculos y colas remígeros, de muchas hechuras; de

modo que el pesado ingenio, dispuesto en un plato de porcelana de Sévres, antójasenos un veleante trirreme bordejando las aguas del Nilo, trayendo en las entrañas del cuerpo inestimable de Cleópatra.

Poned tiento en la acentuación de este vocablo, señoras Amazonas, pues tanto ha de pasarnos el que no prefirierais como nosotros, ese pronunciar, condiciente con la lección de los clásicos, en vez de la forma Cleopatra, dicción más moderna; y que algunos lexicólogos livianamente subscriben, sin percibir que es una broza despreciable, que nos es traída, con las avalanchas de Francia, por los gobachos de mala muerte.

Así pues, es con ese tributable monstruo, vencedor de los más delicados velos palatinos, que las doñas de acá se arrojan a los lechos nupciales. De este modo habréis que comprender de qué albricias hablamos; pues las langostas son carísimas, carísimas súbditas, y algunas hémoslas adquirido por sesenta contos y más; lo que, convertido en nuestra moneda tradicional, alcanza la voluminosa suma de ochenta millones de granos de cacao... Bien podréis concebir, pues, cuán hemos gastado; y el que ya estamos en carencia del vil metal, para jugar con tan difíciles doñas. Bien quisiéramos imponer a nuestra ardorosa lama una abstinencia, penosa sin embargo, para ahorraros dispendios; mas cuál presencia de ánimo no ha cedido ante los encantos y galanteos de tan agradable pastoras.

Andan ellas vestidas de rutilantes joyas y tejidos finísimos, que les acentúan el donaire del porte, y mal encubren las gracias, que a ningunas otras ceden por lo hermoso del torneado y de la tonalidad. Son siempre albísimas las doñas de por acá; y tales y tantas habilidades demuestran en el jugar, que enumerarlas aquí sería por ventura impertinente; y, ciertamente, quebraría los mandamientos de la discreción, que una relación de Imperator a súbditas requiere. ¡Qué beldades! ¡Qué elegancia! ¡Qué caché! ¡Qué dejadez piropeada, ignívoma, devoradora! Sólo pensamos en ellas, maguer tengamos presente y con porfía, a nuestra muiraquitán.

A nosotros, parécenos, ilustres Amazonas, que asaz ganaríais en aprender de ellas, las condescendencias, los juegos y licencias del Amor. Dejaríais entonces vuestra orgullosa y solitaria Ley por más amables menesteres, en los que el Beso sublima, las Volupias encandecen, y se demuestra gloriosa, *urbi et orbi*^[59], la sutil fuerza del Odor di Femina, como escriben los italianos.

Y ya nos detuvimos en este delicado asunto, no lo abandonaremos sin algunas observaciones más, que os podrán ser útiles. Las doñas de São Paulo, además de ser muy hermosas y sabias, no se contentan con los dones y excelencias que la Naturaleza les concedió; demasiado se preocupan de sí mismas; y no hay nada que ambicionen consigo, que no lo hayan hecho venir de todas partes del globo, todo lo que de mas sublimado y gentil acrisoló la ciencia fescenina, perdón, femenina de las civilizaciones atávicas. Así es que llamaron maestras de la vieja Europa, y sobre todo de Francia, y con ellas aprendieron a pasar el tiempo de manera bien diversa a la vuestra. Ora se asean, y gastan horas en este delicado mester, ora encantan las convivencias teatrales de la sociedad, ora no hacen cosa alguna; y en estos trabajos se pasan el día tan entristecidas y afanosas, que, en llegando la noche, mal les sobra solaz para jugar y prestas se entregan a los brazos de Morfeo, como dicen. Empero habréis de saber, señoras mías, que por acá se diverge día y noche de vuestro belígero horario; el día comienza cuando para vosotras es el pináculo de él, y la noche, cuando estáis en el quinto sueño vuestro, que, por ser postrer, es el más reparador.

Todo eso las doñas paulistanas aprendieron con las matronas de Francia; además del pulimiento de las uñas y su crecimiento, bien como por otra parte, «horresco referens», de las demás partes córneas de sus compañeros legales. Dejad paso a esta flórida ironía.

Y mucho hay para deciros aún sobre el modo con que cortan las melenas, de tal manera gracioso y viril, que más se asemejan a efebos y Antinous, de perversa memoria, que a matronas de tan directa progeñe latina. Todavía convendréis con nosotros en la inoperancia de las largas trenzas por acá, si atendiereis a lo que más atrás quedó dicho; puesto que los doctores de São Paulo no derriban a sus requeridas por la fuerza, sino que a cambio de oro y de langostas, las dichas melenas son lo de menos, acrecentando aún que así amainancen los males, que tales melenas acarretan, al ser morada y pasto habitual de insectos harto dañinos, como entre vosotras es dado.

Pues no contentas con haber aprendido de Francia las sutilezas y licencias de la galantería a la Luis XV, las doñas paulistanas importan de las regiones más inhóspitas, los aditamentos del sabor, ya fueren piececillos nipones, rubíes de la India, desplantes norteamericanos y muchas otras sabidurías y tesoros internacionales.

Ya ahora os hablaremos, maguer someramente, de una nítida horra de señoras prostitutas originarias de Polonia que por acá moran e imperan generosamente. Son ellas harto alentosas en el porte y más numerosas que las arenas del mar océano. Como vosotras, señoras Amazonas, tales damas forman un gineceo; estando los hombres que en las casas de ellas habitan, reducidos a esclavos y condenados al vil oficio de servir. Y por ello no se les llama hombres, sino que responden a la voz bastarda de maniblajes; y son asaz corteses y silentes, y siempre el mismo indumento circunspecto trajean.

Viven estas damas encastilladas en un mismo local al que llaman por acá de cuadra, y aún de pensiones o «manzana de tolerancia»; haciendo hincapié que la postrera de estas expresiones no tendría cabida por indina en esta noticia sobre las cosas de São Paulo, si no fuera por nuestra vehemencia en ser exactos y conocedores. No obstante si, como vosotras, forman estas queridas señoras un clan de mujeres, mucho de vos se apartan en lo físico, en el género de vida y en los ideales. Así os diríamos pues, que viven de noche, y si no se dan a los quehaceres de Marte ni queman el diestro seno, cortejan a Mercurio solamente; y en cuanto a los senos, déjanlos envueltos, a manera de gigantescos y flácidos pomos, que si no les aumentan donaire, sírvenles para numerosos y arduos trabajos de excelente virtud y prodigiosa excitación.

Aún difiéreles el físico, un tanto cuanto monstruoso, empero de amable monstruosidad, por tener el cerebro en las partes pudiendas y, como tan bien es dicho en lenguaje madrigalesco, el corazón en las manos.

Hablan numerosas y harto rápidas lenguas; con viajadas y educadísimas; siempre todas obedientes por igual, maguer ricamente dispares entre sí, cuales rubias, cuales morenas, cuales flacas-con-todo, cuales rotundas; y de tal suerte abundantes en número y diversidad, que mucho nos preocupa la razón, del ser de todas y tantas, originarias de un país solamente. Añádase aún que a todas dáseles el excitante, y sin embargo injusto, epíteto de «francesas». Nuestra desconfianza estriba en que todas esas riberas, itálicas, germánicas, turcas, argentinas, peruanas, y de todas las partes fértiles de uno y otro hemisferio.

Mucho estimaríamos que participaseis de nuestra desconfianza, señoras Amazonas; y que invitaseis a algunas de esas damas a morar en vuestras tierras e Imperio nuestro, para que aprendierais con ellas un moderno y más rendoso género de vida; que mucho hará abultar los tesoros de vuestro Emperador. Y así

mismo, si no quisierais largar mano de vuestra solitaria Ley, siempre la existencia de algunas damas entre vosotras mucho nos facilitaría el *modus in rebus*^[60] cuando fuera nuestro retorno al Imperio de la Selva-Espesa, cuyo nombre éste, por otra parte, propondríamos se mudase para Imperio de la Mata Virgen, más conciente con la lección de los clásicos.

Todavía para concluir negocio tan principal, hemos por bien de advertiros de un peligro que esa importación acarretaría si no aceptaseis a algunos doctores pudientes en los límites del Estado, mientras de él estemos apartados. Con ser estas damas harto fogosas y libres, bien pudiera pesarles en demasía el secuestro inconsecuente en que vivís, y, por no perder ellas las ciencias y secretos que les dan el pan, bien podrían llegar al extremo de usufructuar a las fieras bestias; los saraguates, los elefantuscos-tapires y los sagaces candirús. Y mucho más aún nos pesaría en la conciencia y sentimiento noble del deber; que vosotras, súbditas nuestras, aprendiereis de ellas ciertos abusos, tal como sucedió con las compañeras de la gentil declamadora Safo en la rósea isla de Lesbos —vicios éstos que no soportan crítica a la luz de las posibilidades humanas, y mucho menos al escalpelo de la rígida y sana moral.

Como veis pues, asaz hemos aprovechado esta posada en ilustre tierra de pioneros^[61], y si no descuidamos el talismán nuestro, por cierto también, no ahorramos esfuerzos ni vil metal, en aprender las cosas más principales de esta eviterna civilización latina, para que iniciemos cuando sea nuestro retorno a la Mata-Virgen, una serie de mejoramientos, los que mucho nos facilitarán la existencia, y difundirán más nuestra prosapia de nación culta entre las más cultas del Universo^[62]. Y por ello ahora os diremos algo sobre esta noble ciudad, puesto que pretendemos erigir una igual en vuestros dominios e Imperio Nuestro.

Está São Paulo construida sobre siete colinas, a la manera tradicional de Roma, la ciudad cesárea, *cápita* de la Latinidad de la que provenimos; y bésale los pies la grácil e inquieta linfa de Tieté. Las aguas son magníficas, los aires tan amenos cuanto a los de Aquisgrán o Amberes, y el área arbórea tan le es igual en salubridad y abundancia, que bien se podría afirmar, al requintado modo de los cronistas, que de tres AAA se genera espontáneamente la fauna urbana.

Ciudad bellísima, y grata su convivencia. Toda entrecortada de calles hábilmente estrechas e invadidas de faroles graciosísimos y de rara escultura;

disminuyendo con astucia el espacio, de forma tal que en dichas arterias no cabe la población. Así se obtiene el efecto de un gran colmo de gentes, cuya estimativa puede ser aumentada a voluntad, lo cual es propicio a las elecciones^[63] que son invención de los inimitables mineiros, al mismo tiempo que los ediles disponen de largo asunto con lo cual ganan días honrosos y la admiración de todos, en surtos de elocuencia del más puro estilo y sublimada labor.

Las dichas arterias están recamadas de rebotantes papelillos y velévagas cáscaras de frutas; y en principal de un finísimo polvo, muy danzarín por cierto, en el que se esparcen diariamente mil y un especímenes de voraces microbios, que diezman a la población. De dicho modo resolvieron, nuestros mayores, el problema de la circulación; puesto que tales insectos devoran las mezquinas vidas de la ralea; e impiden el cúmulo de desocupados y obreros; y así se conserva el mismo número de gentes. Y no contentos con que dicho polvo sea levantado por el andar de los pedestres y por rugientes máquinas a las que llaman «automóviles», «trenes de tranvía» (algunos emplean la palabra tranvía de Bondes, voz espuria, venida ciertamente del inglés), contratan los diligentes ediles, unos antropoides, monstruos hipocentáuros índigos y monótonos, a los que engloba el título de Limpieza Pública; que *per amica silentia lunae*^[64], cuando cesa el movimiento e inocuo descansa, salen de sus mansiones, y, con los rabos giratorios a modo de escobas cilíndricas, haladas por mulares, desprenden del asfalto el polvo y sacan a los insectos del sueño, y concítanlos a la actividad con largos gestos y gritería asustadora. Estos quehaceres nocturnos son discretamente conducidos por pequeñas luces, dispuestas de tramo, de manera que permanece la casi total obscuridad, para no perturbar éstas los trabajos de malhechores y ladrones.

La copiosidad de éstos figúrasenos realmente excesiva; y tenemos que son la única usanza que no es coadunada a nuestro temperamento, de natural ordenado y pacífico. Empero, lejos de hacer cualquier reproche a los administradores de São Paulo, pues sabemos muy bien que para los valerosos Paulistas, son apacibles tales malhechores y sus artes. Son los Paulistas gente ardorosa y envalentonada, y muy afecta a las agruras de la guerra. Viven en combates singulares y colectivos, todos armados de la cabeza a los pies; así, asaz numerosos son los disturbios por acá, en los que, no es raro, caen tumbados en la

arena lidia centenas de millares de héroes-pioneros, llamados bandeirantes.

Por el mismo motivo, São Paulo está dotada de harto aguerrida y numerosa Policía que habita blancos palacios de costosa ingeniería. A esa Policía compete aún equilibrar los excesos de la riqueza pública, como si no desvalorizara el oro incontable de la Nación; y tal diligencia se emplea en este afán, que por todas partes devora los dineros nacionales, ya sea en paradas y lucidos ropajes, ya sea en gimnasias de la recomendable Eugenia, que todavía no tuvimos el placer de conocer; ya sea finalmente atacando a los incauto burgueses que regresan de su teatro, de su cine, o de dar su vuelta en automóvil por los amenos vergeles que circundan la capital. A esa Policía aún le compete divertir a la clase doméstica paulistana; para su lustre dígase que lo hace con el diariero solícito, en parques, contruidos *ad hoc*^[65], tales como el parque Don Pedro Segundo y el Jardín de la Luz. Y cuando las cifras de esa Policía abultan, son sus hombres enviados a las latitudes remotas y menos fértiles de la patria, para ser devorados por gavillas de gigantes antrópofagos, que infestan nuestra geografía, en la tarea sin gloria de echar por tierra Gobiernos honestos, y de pleno gusto y anuencia popular, como se deduce de las urnas y de los ágapes gubernamentales. Estos sediciosos atrapan policías, ásanlos y cómenlos al modo alemán, y las osamentas caídas en estéril tierra son excelente abono de futuros cafetales.

Así tan bien organizados viven y prosperan los Paulistas en el más perfecto «orden y progreso»^[66], y no les es escaso el tiempo para construir generosos hospitales, atrayendo para acá a todos los leprosos sudamericanos^[67], mineiros, paraibanos, peruanos, bolivianos, chilenos, paraguayos, quienes, antes de ir a morar en esos lindísimos leprosarios, y ser servidos por doñas de dudosa y decadente beldad —¡siempre doñas!— animan las carreteras del estado y las calles de la capital, en garridas comitivas ecuestres o en maratones soberbios que son el orgullo de nuestra raza deportiva, en cuya presencia pulsa la sangre de las heroicas bigas y cuadrigas latinas.

¡Empeñó, señoras mías! Mucho nos resta aún por este grandioso país de enfermedades e insectos por doquier... Todo pasa en un descalabro sin comedimiento, y estamos corroídos por el morbo y por los miriápodos. En breve seremos nuevamente una colonia de Inglaterra o de América del Norte... Por eso y para eterno recuerdo de estos paulistas, que son la única gente útil del país, y por ello llamados locomotoras^[68], nos dimos al trabajo de metrificar un dístico

en el que se encierran los secretos de tanta desgracia:

*mucha tambocha y poco bizcocho,
luchas son que al Brasil dejen mocho.*

Este dístico fue lo que tuvimos por bien escribir en el libro de Visitantes ilustres del Instituto Científico Butantán, cuando fue nuestra visitación a este famoso establecimiento en Europa.

Moran los paulistanos en altivos palacios de cincuenta, cien y más pisos, a los que, en épocas de gestación invaden unas nubes de mosquitos zancudos, de variada especie, muy al gusto de los nativos, picando hombres y señoras con tanta propiedad en sus distintivos, que no necesitan éstos de las cáusticas ortigas para los masajes excitativos, tal y como entre los selváticos es uso. Los zancudos se encargan de esta faena; y obran tales milagros que, en los barrios miserables, surge anualmente una inenarrable multitud de bachiches y tanitas bulliciosos, a los que llamamos «italianitos»; destinados a engrosar las fábricas de los áureos potentados y a servir como ilotas el descanso aromático de los Cresos.

Estos y otros multimillonarios son los que irguieron en torno a la urbe las doce mil fábricas de seda, y en los retiros de ella los famosos cafés mayores del mundo, todos con tallas de jacarandá chapeada en oro, con dejás de falsas tortugas.

Y el Palacio de Gobierno es todo de oro, a hechura de los de la Reina del Adriático; y en carruajes de plata, forrados de pieles finísimas, el Presidente, que mantiene muchas esposas, pasea, al caer la tarde, sonriendo vagaroso.

De otras y muchas grandezas os podríamos ilustrar, señoras Amazonas, si no fuera el prolongar demasiado esta epístola; todavía, con afirmaros que ésta es, sin sombra de duda, la más bella ciudad terráquea, mucho habremos hecho en favor de estos hombres de buena pro. Empero se nos caerían las fases si ocultáramos en el silencio una curiosidad original de este pueblo. Ora sabréis que su riqueza de expresión intelectual es tan prodigiosa, que hablan en una lengua y escriben en otra^[69]. Así que en llegando a estas regiones hospitalarias dímosnos al trabajo de enterarnos de la etnología de la tierra, y entre tanta sorpresa y asombro que se nos deparó, no fue de las menores, por cierto, tal

originalidad lingüística. En las conversaciones utilízanse los paulistanos de una jerigonza bárbara y multifacética, crasa de factura, e impura en lo vernáculo, mas que no deja de tener su saber y fuerza en las apóstrofes, y también en las voces del jugar. De éstas y aquéllas nos enteramos, con solicitud; y nos será grata empresa enseñárnoslas ahí llegando. Mas si de tan despreciable lengua se utilizan en la conversación los naturales de esta tierra, tan luego toman la pluma se despojan de tantas asperezas, y surge el Hombre Latino, de Linneo, expresándose en otro lenguaje, muy próximo del virgiliano, y al decir de un panegirista, idioma de meguez, que, imperecedera gallardía, intitúlase: lengua de Camoes. De tal originalidad y riqueza os ha de ser grato tener ciencia cierta, y más aún os espantaréis con saber que a la gran y casi total mayoría ni esas dos lenguas bastan, sino que se enriquecen del más legítimo italiano, por más musical y gracioso, y que en todos los rincones de las urbes es versado. De todo nos enteramos satisfactoriamente, gracias a los dioses; y muchas horas hemos ganado conjeturando sobre la «z» del término Brazil y la cuestión del pronombre «se». Otrosí, hemos adquirido muchos libros bilingües, llamados «tumbaburros», y el diccionario Pequeño Larousse; y ya estamos en condiciones de citar en el original latino muchas frases célebres de los filósofos e de los textículos de la Biblia.

En fin, señoras Amazonas, habréis de saber aún que a estos progresos y lúcida civilización han elevado esta gran ciudad sus mayores, también llamados políticos. Con dicho apelativo designase una raza refinadísima de doctores, tan desconocidos de vosotras, que los diríais monstruos. Monstruos son en verdad, empero en la grandiosidad incomparable de la audacia, de la sapiencia, de la honestidad y de la moral; y sin embargo aunque con los hombres se parezcan, originanse ellos de las reales Harpías-Güirá-Guazú y muy poco tienen de humanos. Obedecen todos a un emperador, llamado Papá Grande en la jerga familiar, y que habita en la oceánica ciudad de Río de Janeiro —la más bella del mundo, en opinión de todos los extranjeros, y que por mis propios ojos verifiqué.

Finalmente, señoras Amazonas, y muy amadas súbditas, asaz hemos sufrido y soportado arduos y constantes pesares, después de que los deberes de nuestra posición nos apartaron del Imperio de la Mata-Virgen. Por acá todo son delicias y venturas, maguer ningún gozo tengamos ni ningún descanso en cuanto no recuperemos el perdido talismán. Hemos de repetir mientras tanto que nuestras

relaciones con el doctor Venceslao son las mejores posibles; que las negociaciones están entabladas y perfectamente encaminadas; y bien podríais enviar de antemano las albricias que anunciamos con anterioridad. Con poco vuestro abstemio Emperador se contenta; si no pudiereis enviar doscientas trajineras llenas de granos de cacao, mandad cien, o al menos cincuenta.

Recibid la bendición de vuestro Emperador y más salud y fraternidad. Acatad con respeto y obediencia estas mal trazadas líneas y, principalmente, no os olvidéis de las albricias y de las polonesas, que de tanto menester habremos.

Ci guarde a Vuestras Excelencias,

Macunaíma,
Imperator.

X. Pauí-Pódole

Venceslao Pietro Pietra quedó muy enfermo con la soba y estaba todo enguatado en ramas de algodón. Pasó meses en la hamaca. Macunaíma no podía ni dar paso para recuperar la muiquitán ahora guardada dentro del caracol y bajo el cuerpo del gigante. Imaginó botar unos comejenes en las chinelas del otro, porque, según eso, trae muerte, pero Piaíma tenía el pie hacia atrás y no usaba babuchas. Macunaíma estaba molesto con aquel ata y desata y se pasaba el día en la hamaca masticando cazabe-blando entre largas libaciones de aguardiente-caña. Por ese tiempo vino a pedir posada a la pensión el indio Antonio, santo famoso con la compañera suya, doña Madre de Dios. Visitó a Macunaíma, hizo un discurso y bautizó al héroe ante el dios que habría de venir y que tenía forma ni bien de pez aunque tampoco de tapir. Fue así que Macunaíma entró en la religión Caraimoñaga que andaba haciendo furor por la Tierradentro de Bahía.

Macunaíma aprovechaba la espera perfeccionándose en las dos lenguas de la tierra, el brasileño hablado y el portugués escrito. Ya le sabía el nombre a todo. Una vuelta fue día de la Flor^[70], fiesta inventada pa que los brasileños fueran caritativos y había tantos mosquitos carapanás que rajó del estudio y se fue a la ciudad a refrescar las ideas. Fue y vio una exageración de cosas. Paraba en cada escaparate y examinaba dentro de él aquella porción de monstruos, tantos que hasta parecía la sierra del Ereret donde todo se refugió cuando la gran crecida inundó el mundo. Macunaíma paseaba y volvía a pasear y se encontró a un cuñataí con un jacubo de junco cargadito de rosas. La mocica hizo que parara y le puso una flor en la solapa suya, diciendo:

—Cuesta un milagro.

Macunaíma se puso recontra-contrariado porque no sabía cómo se llamaba ese agujero de la máquina ropa donde la cuñataí le enjaretó la flor. El agujero se

llamaba ojal. Imaginó averiguando bien en la memoria, pero nunca de los nunca había oído en verdad el nombre de aquel agujero. Quiso llamar aquello agujero pero luego vio que se confundía con los otros agujeros de este mundo y quedó con vergüenza ante la cuñataí. «Orificio» era palabra que las gentes escribían pero nunca a nadie se le oía decir «orificio». Después de mucho piense y piense supo que no había medios para descubrir el nombre de aquello y se dio cuenta que de la Rua Direita donde se topó con la cuñataí ya había ido a parar adelante de Sao Bernardo, pasandito nomás de la morada del Maese cosme. Entonces se volvió, pagó a la joven y le dijo jetón jetón:

—¡Usté me anda preparando un día como la piel de Judas! ¡No me vuelva a poner flor en este... en este ano, doña!

Macunaíma era desbocado de una vez por todas. Había dicho un palabron muy puerco, hartito. La cuñataí no sabía que puito era una leperada y mientras el héroe volvía de luna con lo sucedido pa la pensión, se quedó riendo, encontrándole la gracia a la palabra. «Puito...» decía ella. Y repetía rechistoso: «Puito... Puito...». Pensó que era moda. Entonces se puso a decirle a toda esa gente que si querían que les botara una rosa en el puito. Unos querían y otros no quisieron, las otras cuñataís escucharon la palabrita, la repitieron y «puito» pegó. Nadie más decía ojal o bouttonniére por ejemplo; sólo puito y puito se escuchaba.

Macunaíma anduvo hecho un vinagre una semana sin comer sin jugar y sin dormir sólo porque deseaba saber las lenguas de la tierra. Se acordaba de preguntar a los demás cómo era el nombre de aquel agujero pero tenía vergüenza de que fueran a pensar que era ignorante, y mejor chitón.

Por fin llegó el domingo-chingolingo pie-de-cachimbolimbo que era día de la Cruz del Sur, nuevo día de fiesta inventado por los brasileños para descansar un poco más. De mañana hubo desfile en el barrio de la Mooca, al mediodía una misa al aire libre en el Corazón de Jesús, allá tipo cinco un desfile de carros alegóricos y batalla de confetis en la avenida Rangel Pestana y de noche, después de la manifestación de los diputados y desempleados por la calle Quince, se iba a estallar fuegos artificiales en el Ipiranga. Entonces para solaz y esparcimiento Macunaíma se fue al parque a ver castillos y toritos de fuegos artificiales.

No había terminado de salir de la pensión y ya se había topado con una cuñá clarísima, rubita, pura hijita-de-la-mandioca, toda de blanco y sombrero de

jipijapa rojo cubierto de margarititas. Se llama Fraulein^[71] y siempre carecía de protección. Se amancornaron y se allegaron allá. El parque era una bonitura. Había tantas máquinas fuentes-brotantes mezcladas con la máquina luz eléctrica que el uno se recagaba en el otro para aguantar la admiración. Eso hizo la doña y Macunaíma le chapurreó dulcemente:

—¡Maní... hijita de la yuca!...

Pues entonces la alemancita llorando conmovida se viró y le preguntó a él si la dejaba clavar aquella margarita en el puito suyo. Primero el héroe quedó muy aturdido, harto y quiso enojarse pero despuésató cabos y se dio cuenta que había sido muy inteligente. Macunaíma dio una carcajadota.

Pero el caso es que «puito» ya había entrado hasta en revistas que estudiaban a conciencia los idiomas escritos y hablados y ya estaba más aceptado que por las leyes de la catalepsia elipsis síncope mentonimia metafonía metátesis prócilis prótesis aféresis apócope haplología etimología popular y todas esas leyes; la palabra «ojal» vino a dar un «puito» por medio de una palabra intermediaria, la voz latina «raboenitius» (ojal-raboenitius-puito) de forma tal que rabonito, aunque no encontrada en los documentos medievales, afirman los doctos que en verdad existió, siendo de uso corriente en el sermo vulgaris.

En ese momento un mulato de la mayor mulatería se trepó a una estatua y principió un discurso entusiasmado explicando a Macunaíma lo que era el día de la Cruz del Sur. En el cielo descampado de la noche no había ni una nube ni Capei. Uno podía divisar a los conocidos, los padres-de-los-árboles los padres-de-las-aves los padres-de-las cazas y parientes manos padres madres tías cuñás cuñataís y cuñadas, todas esas estrellas guiñaguiñando felizotas en esa tierra sin mal, donde había mucho bizcocho y poca tambocha, allá en el firmamento. Macunaíma pelaba la oreja muy agradecido, concordando con la larga perorata que el discursante hacía para él. Sólo después de mucho apuntar el hombre y mucho describir fue que Macunaíma percibió lo que del tal Crucero era, ya que esas cuatro estrellas sabían muy bien que se trataban del Padre de Paují, alojadas en el camperío de los cielos. Le dio rabia la mentira del mulato-imitamicos y berreó:

—¡No es así!

—... Señores míos —discursaba el otro—, aquellas cuatro estrellas rutilantes como lágrimas ardientes, en el decir del sublime poeta, son el sacrosanto y

tradicional Crucero que...

—¡Así no es!

—¡Psiu!

—... el símbolo más...

—¡No es así!

—Apoyados.

—¡Fuera!

—¡Psiu!... ¡Psiu!

—... más su-sublime y maravilloso de nuestra ama-mada patria es aquel misterioso Crucero lucífero que...

—¡No es así!

—... ve véis con...

—¡Non tin burles!

—... sus... cua... tro claras lentejuelas de plat...

—¡No es así!

—¡No es así! —gritaban también los demás.

Con tanta algarabía el mulato se desnordeó y todos los presentes animados por el «No es así» del héroe andaban con muchas ganas de armar trifulca. Pero Macunaíma vibraba de tan alebrestado que ni cuenta se dio. Saltó arriba de la estatua y principió por contar la historia del Padre del Paují. Que era más o menos así:

—¡Está mal contado! ¡Muy señores y señoras mías! Aquellas cuatro estrellas de ahí son el Padre de Paují. Juro que es el Padre de Paují, mis amigos, que posa por el vasto campal de los cielos... Eso fue en tiempos en que los animales ya no eran hombres y sucedió en el gran mato Fulano. Había una vez dos cuñados que vivían muy lejos uno del otro. Uno se llamaba Camán-Pabinque y era un yerbaterajo. Una vuelta el cuñado de Camán-Pabinque se adentró en el mato por el amor de cazar un poquito. Los andaba haciendo y se topó con Pauí-Pódole y su compadre cocuyo Camaiguá. Y Pauí-Pódole era el Padre de Paují. Estaba trepado en el gajo alto de un vucapúa, descansando. Entonces, el cuñado del chamán regresó al cabañal y le platicó a la compañera suya que se había topado con Pauí-Pódole y su compadre Camaiguá.

Y el Padre del Paují en tiempos muy endenantes ya había sido gente como nosotros. Más a mi favor, dijo el hombre, había querido matar a Paují-Pódole

con la cerbatana pero no alcanzó el gajo alto del padre del Paují en la vucapúa. Entonces agarró la flecha hecha de paracuúba con punta de guadua y se fue a pescar zamurito. Luego Camán-Pabinque llegó a la cabaña del cuñado y le dijo:

»—Mana, ¿qué fue lo que su compañera le contó a usted?

»Entonces la mana le contó todo al curandero y que Pauí-Pódole estaba trepado en la enramada de la vucapúa, con su compadre el cocuyo Camaiguá. Al otro día de la mañanita Camán-Pabinque salió de camuatí suyo y halló a Pauí-Pódole graznando en la vacapúa. Entonces el yerbaterajo se convirtió en la tocandira Ilag y fue subiendo por el tronco, pero el Padre del Paují divisó a la hormigona y sopló un fuerte pío. Batió tamaño ventarrón que el hechicero se desbarajustó del palo, cayendo en las chamizas del soto-bosque. Entonces se transformó en la tacurí Opalá menorcita y se fue subiendo otra vez, pero Pauí-Pódole volvió a mirujear a la hormiguita, sopló y se vino un vientecito haciendo brisa que sacudió a Opalá hasta las andacaás de la soto-selva. Entonces Camán-Pambinque se convirtió en la lavapies llamada Meg, pequeñita, subió en la vacapúa, picó al Padre del Paují en el mero hoyito de la nariz, enrolló el cuerpico y trayendo la cuestión entre las tenazas, ¡zás! le chorreó ácido-fórmico. ¡Qué vaina ésa! ¡Raza! En eso Pauí-Pódole tendió un vuelo medio desperdigado por el dolor y estornudó lejos a Meg. El hechicerajo ni aunque queriendo pudo salir más del cuerpo de Meg, del puro susto que tomó. Y se quedó esa plaga más de la hormiguita-lavapies con nosotros... ¡Raza!

*Mucha tambocha y poco bizcocho,
luchas son que al Brasil dejan mocho.*

He dicho... Al otro día Pauí-Pódole se quiso ir a residir al cielo para no padecer más con las hormigas de nuestra tierra, y así lo hizo. Le pidió a su compadre luciérnaga lucir por el camino de enfrente con sus linternitas verdes iluminadas. El cocuyo Cunavá sobrino del otro se fue al frente alumbrando camino para Camigúa y le pidió a su mano Alúa que se fuera al frente alumbrando a él también. El mano le pidió al papá, papá le pidió a mamá, mamá pidió pa toda la ascendencia la descendencia, al jefe-de-policía y al inspector de tolerancias y tantos cuantos, una nube de luciérnagas se fueron reluciendo por el

camino unas a otras. Así lo hicieron, gustaron de allá y siempre unas tras otras ya nunca más volvieron del vasto campal de los cielos. Es aquel camino de luz atravesando el espacio que de aquí se divisa. Pauí-Pódole arreboló pal cielo y allá se quedó. ¡Raza! Aquellas cuatro estrellas no es el Crucero. ¡Qué Crucero ni que ocho cuartos! ¡Es el Padre de Paují! ¡Es el Padre del Paují, gentes! ¡Es el Padre del Paují, Pauí-Pódole que posa por el vasto campal de los Cielos!...

«Hay más nada».

Macunaíma paró fatigado. En ese momento se irguió de la muchitanga un largo runrún de felicidad haciendo relumbrar más aún a las personas, los padres-de-los-pájaros los padres-de-los-peces los padres-de-los-insectos los padres-de-los-árboles todos esos conocidos que paran por el camperío del cielo. Y era inmenso el contento de aquella paulistanada mandando ojos de asombro pa las gentes, pa todos esos padres de los vivos brillando su morar en el cielo. Y todas esas apariciones de antes fueron gentes, después fueron las visiones misteriosas que hicieron nacer a todos los seres vivos. Y ahora son las estrellitas del cielo.

El pueblo se retiró conmovido, feliz, con el corazón lleno de explicaciones y repleto de estrellas vivas. Nadie se mortificaba ya, ni con el día de la Cruz del Sur ni con las máquinas fuentes-brotantes mezcladas con la máquina luz eléctrica. Fueron todos a casa a poner vellón debajo de la sábana porque por haber jugado con fuego aquella noche de seguro iban a orinar la cama. Se fueron todos a dormir. Y la oscuridad se hizo.

Macunaíma parado arriba de la estatua se quedó ahí solitario. También conmovido. Miró a las alturas. ¡Qué Crucero ni qué macanas! Era Pauí-Pódole y se percibía retebién de aquí...

Y Pauí-Pódole se estaba riendo con él, agradecido. De repente pió tan largo y tendido que parecía trenecito. Pero no era tren, era pío y el soplido apagó todas las luces del parque. Entonces el Padre del Paují movió un ala mansamente despidiéndose del héroe. Macunaíma iba a agradecer, pero el pavo salvaje levantando polvo de neblina largó en una carrera desparramándose por el vasto campal de los cielos.

XI. La vieja Ceiucí

Al otro día el héroe se despertó muy constipado. Era porque a pesar del calorón de la noche había dormido con ropa por miedo a la ventolera que agarra a los individuos que duermen desnudos. Pero estaba muy campante por el éxito del discurso de la víspera. Esperó de come-ansias los quince días de la enfermedad resuelto a contar más casos al populacho. Pero cuando se puso bueno era de mañanita y quien cuenta cuentos de día, rabo de jutía cría. Por eso convidó a los manos a cazar, y así lo hicieron.

Cuando llegaron al bosque de la Salud el héroe murmuró:

—Aquí sirve.

Puso a los manos en acecho, le prendió fuego al bosque y se quedó también emboscado en espera de que saliera algún venado guataparo para cazar. Pero no había ningún venado por allá cuando la quema acabó, ¿y ustedes creen que algún guataparo o algún guazubirá apareció? ¡Lagarto! Sólo salieron dos tristes ratas achicharradas. Entonces el héroe venadeó a las ratas chamuscadas, se las comió y sin llamar a los manos volvió por la pensión.

Allegándose allacito arrejuntó a los vecinos, criados la encargada cuñás dactilógrafos estudiantes burócratas, muchos empleados-públicos, todo ese vecinderío y les contó que había ido a cazar en el mercado del Arouche y mató dos...

—... Guataparos no, no eran venados guataparos, eran dos venados guazubirás que comí con los manos. Hasta venía trayendo un trocito pa ustedes pero el pero es que entré en tenguerengue en la esquina, me caí con todo y paquete y como que se los comió el comején^[72].

Toda la gente se requetespantó con lo sucedido y desconfiaron del héroe. Cuando Maanape y Yigué llegaron, los vecinos corrieron a preguntarles si de veritas Macunaíma había cazado dos guazubirás en el mercado del Arouche. Los

manos se pusieron fuera de sus casillas porque no sabían mentir y exclamaron irritadísimos.

—¡Qué guazubirás ni qué ojo de hacha! ¡El héroe nunca mató venado! ¡No había ningún venado en la cacería! ¡Cae más pronto un hablador que un cojo! En cambio fueron dos ratas tatemadas lo que Macunaíma agarró y comió.

Entonces la vecindad cayó en que todo era chanchullo del héroe, y con mucha rabia entraron al cuarto suyo para recibir explicaciones. Macunaíma estaba tocando flautita hecha con canutillo de papayo. Paró el soplido, apartó la boquilla de popotitos y se admiró muy tranquilo:

—¡Y ora, pa qué toda esta chusma y en mi cuarto!... ¡Es malo pa la salud, gente!

Todos juntos le preguntaron:

—¿Qué fue en verdad lo que usted cazó, héroe?

—Dos guataparos.

Entonces los criados las cuñás estudiantes empleados-públicos, todos esos vecinos principiaron por reírse de él. Macunaíma no dejaba de apartar la boquilla de la flautita. La encargada cruzada de brazos sermoneó así:

—Pero, mis cuidados, ¿pa qué anda diciendo usted que fueron dos venados en vez de dos ratas chamuscadas?

Macunaíma le fijó los ojos y respondió:

—Mentí.

Todos los vecinos quedaron con cara de bobo y cada uno fue saliendo despaciotte. Y André era un vecino que andaba siempre con la cara de palo. Maanape y Yigüé miraron con envidia por la inteligencia del mano. Maanape aún le dijo:

—¡Pero pa qué mintió usted, héroe!

—No fue queriendo... quise contarles lo que le había pasado a uno cuando me di cuenta, ¡zás!, ya estaba macaneando.

Hizo a un lado la flautita, agarró el güiro^[73] expectoró y descantó. Descantó la tarde enterita una moda tan melancólica pero tan melancólica que los ojos suyos lloraban a cada estrofa. Paró porque los sollozos no lo dejaban continuar. Largó el güiro. Allá afuera, la vista bajo la cerrazón era tristumbre al alicaer de la tarde. Macunaíma se sintió desinfeliz y lo agarró la macacoa por Ci, la inapreciable. Llamó a los manos pa consolarse juntos. Maanape y Yigüé llegaron

a sentarse a su lado en la cama suya y los tres hablaron largo y tendido de la Madre de las Matas. Y desperdigando morriña hablaron de morros matos sabanas cielos encapotados dioses y barrancas traicioneras del Uraricoera. Fue allá donde había nacido y reído por primera vez en los chinchorros. Recargados en las hamacas-maquiras allá por el desyerbado del mocambo, el güiri-güiri de los pájaros gorjeaba que no les alcanzaba el día y eso que eran más de quinientas familias de güirás... Cerca de quince veces mil especies de animales ensombrecían el mato de tantos millones de árboles que no había cuenta posible... Una vuelta un hombre blanco y barbado trajo de la tierra de los ingleses, dentro de un morral gótico, la gripe que hacía que Macunaíma llorara y los acatarrara tanto con su morriña. Y la gripe se había ido a vivir al antro de las hormigas mumbucas reteprietas. En el oscurerío, el calor se amansaba como saliendo del agua; para trabajar se cantaba; nuestra madre quedó convertida en un terso teso en el lugar llamado Padre de la Tocandeira... ¡Ay, qué flojera!... Y los tres manos sintieron cerquita el cuchicheo del Uraricoera. ¡Uy! ¡Qué bueno era por allá!... El héroe se tiró atrás llorando echadote en la cama.

Cuando las ganas de llorar se fueron, Macunaíma espantó a los mosquitos y quiso distraerse. Se acordó de ofender a la madre del gigante con una leperada nuevecita venida de Australia. Transformó a Yigüé en la máquina teléfono pero el mano aún andaba muy confundido con el caso de la mentira del héroe así que no hubo medios para comunicar. El aparato andaba descompuesto. Entonces Macunaíma fumó habas de paricá para pipiscar sueños sabrosos y se adormeció rebién.

Al otro día se acordó que necesitaba vengarse de los manos y resolvió tenderles una. Se levantó de madrugada y fue a esconderse al cuarto de la encargada. Jugueteeó para hacer tiempo. Después volvió hablando jadeado pa los manos:

—Oigan manos, hallé rastro fresco de tapir mero en frente de la Bolsa de Valores.

—¡Que qué decís, perdiz!

—¡Pos que sí, quién lo iba a decir!

Nadie aún había matado tapir por la ciudad. Los manos salieron despavoridos y fueron con Macunaíma a matar al bicho. Llegaron allá, principiaron por procurar el rastro entre aquel mundón de gentes comerciantes

revendedores bajistas matarazzos-italorricachones que viendo a los tres manos curvados por el asfalto procurando comenzó campeando también, todo aquel mundón de gente. Buscaban rebuscaban, ¿y usted encontró? así ellos. Entonces preguntaron a Macunaíma:

—¿Adónde es que usted encontró rastro de tapir? Aquí no hay rastro ninguno. Macunaíma no dejaba de campear diciendo siempre:

—Tatapé, dzónanei pemonéite héhé zeténe netaíte.

Y los manos regatones zánganos merchachifles magdalenas y magyares recomenzaban la procura del rastro. Cuando se cansaban paraban para preguntar, y Macunaíma campeando siempre repetía:

—Tatapé, dzónanei pemonéite héhé zténe netaíte.

Y todo aquel mundón de gente procurando. Era cerca de la noche cuando pararon descorazonados. Entonces Macunaíma se disculpó:

—Tatapé, dzónanei pemo...

Ni lo dejaron que acabara preguntándole todos los que significaba aquella frase. Macunaíma respondió:

—Sepa. Aprendí esas palabras desde tiernito allá en casa.

Y todos se calentaron mucho. Macunaíma se apartó con disimulo y diciendo:

—¡Calma gentes! ¡Tatapé héhé! No dije que hay rastro de tapir. No. ¡Dije que había! Ahora ya no hay nada.

Fue peor. Uno de los comerciantes se enojó de veras y el reportero que estaba al lado suyo viendo al otro con bronca se enojó también por demás.

—¡Eso no es justo! Pues uno entonces se la pasa trabajoseando para ganarse el pan-nuestro y ¡zás! un individuo lo sonsaca a uno el día entero del trabajo sólo pa campear rastro de tapir.

—Discúlpeme, joven, pero yo no le pedí a nadie que buscara rastro. Mis manos Maanape y Yigué fueron quienes anduvieron pidiendo, yo no. ¡Es culpa de ellos!

Entonces la chusma que ya estaba muy cabrera se volteó contra Maanape y contra Yigué. Y todos, y eran muchos, andaban con ganas de armar una trifulca. Entonces un estudiante se subió en la capota de un auto y discursó contra Maanape y contra Yigué. La chamuchina ya se estaba haciendo mala sangre.

—Señores míos, la vida de un gran centro urbano como São Paulo ya obliga a una intensidad tal de trabajo que ya no es permitido dentro del magnífico

engranaje de su progreso el paso, aun siquiera momentáneo, de seres inocuos. Yergámonos todos en una sola voz contra los miasmas deletéreos que maculan nuestro organismo social y ya que el Gobierno cierra los ojos y malversa los cofres de la Nación, seamos nosotros mismos los justiciadores...

—¡Lincha! ¡Lincha! —la turba empezó a gritar.

—¡Qué lincha ni qué nada! —exclamó Macunaíma doliéndose al castigo por los manos.

Y todos se voltearon contra él otra vez. Y ahora ya estaban enojadísimos. El estudiante continuaba para sí:

—... y cuando el trabajo honesto del pueblo es perturbado por un desconocido...

—¡Que qué! ¡A mí ninguno me ningunea! —berreó Macunaíma desesperado por la patochada.

—¡Usted!

—¡No lo soy, jijos!

—¡Es!

—¡Largo, váyase a ver si los pericos maman, joven! Desconocida es la señora madre suya, ¿oyó? —y volteando hacia la mengambrea—: ¿Qué es lo que están pensando, eh? ¡No, no tengo miedo! ¡Ni de uno de dos ni de diez mil y en un ratito arraso aquí con todo esto!

Una magdalena que estaba frente al héroe, viró hacía un comerciante que estaba atrás de ella y se enojó.

—¡Deja de franelear, atorrante!

El héroe estaba ciego de rabia, y pensó que era con él:

—¿Qué «dejá de franelear» es ése?, si no estoy cachondeando a nadie, doña metete.

—¡Lincha al franela!

—¡Pos vengan, flor de cabrones!

Y avanzó hacia la multitud. El abogado quiso huir pero Macunaíma le dio un puntapié en sus espaldas y entró el vulgo repartiendo zancadillas y cabezazos. De repente vio enfrente a un hombre alto rubio y muy lindo y el hombre era un paco. A Macunaíma le dio odio tanta bonitura y asentó una bruta galleta en la ñata del paco. El carabinero berreó y mientras hablaba una frase en lengua extranjera agarró al héroe del cogote.

—¡Prrreso!

El héroe se quedó helado.

—Preso, ¿por qué?

El policía le hizo segunda con una porción de cosas en la lengua extranjera y lo detuvo firme.

—¡No estoy haciendo nada! —fue lo que el héroe murmuró con miedo.

Pero el paco no quiso conversa y fue bajando la laderita con todo el gentío por atrás. Otro paco llegó y los dos hablaron muchas frases, hartas en lengua extranjera y por allá se fueron empujando al héroe ladera abajo. Un testigo de todo contó lo sucedido para un señor que estaba en el portal de una frutería y el señor apenado atravesó la multitud haciendo que los pacos pararan. Ya era la calle Líbero. Entonces el señor hizo un discurso pa los pacos que no debían llevar preso a Macunaíma porque el héroe no hizo nada. Se habían reunido montón de pacos pero nadie entendió la perorata porque ninguno pescaba nada de brasileño. Las mujeres lloraban con lástima del héroe. Los pacos hablaban por demás en una lengua extranjera y una voz gritó:

—¡No pueden!

Entonces a la muchitanga le dio la gana de pelear otra vez y de todos lados se oían gritos: «¡Larga!». «¡No se lo lleven!». «¡No pueden!». «¡No pueden!», un despelote. «¡Suelta!». Un dueño de fundo estaba dispuesto a hacer discurso insultando a la Policía. Los pacos no entendían nada y gesticulaban, muy enmarañados, hablando en lengua extranjera. Se formó un desbarajuste terrible. Entonces Macunaíma se aprovecho de la balumba y ¡piernas pa que las quiero! Venía un tranvía desbadajándose en la carrera. Macunaíma se subió de palomita al tranvía y fue a ver cómo la pasaba el gigante.

Venceslao Pietro Pietra ya comenzaba a convalecer de la soba que apañó en la macumba. Hacía un calurón dentro de casa porque era hora de cocinar polenta y afuera el fresco estaba bueno por causa del viento pampero. Por eso el gigante con la vieja Ceiucí las dos hijas y los criados tomaron unas sillas y se vinieron a sentar en la puerta de la calle para disfrutar del fresquecito. El gigante aún no salía del algodón y estaba como fardo caminando. Tal cual. Se sentaron.

El mi-chumí Chipi-chipi andaba añublando por el barrio y se encontró a Macunaíma haciendo añagazas en la esquina. Paró y se quedó viendo al héroe. Macunaíma se volteó:

—¡Qué nunca diablos vio!

—¡Qué es lo que usted anda haciendo por ahí, conocido!

—Estoy asustando al gigante Piaíma con su familia.

Chipi-chipi desembuchó:

—¿Cuál?, ¿no ve que el gigante ni le tiene miedo?

Macunaíma encaró al paliducho mi-chumí y le dio rabia. Quiso pegarle pero recordó de memoria: «Cuando ande usted embraverdecido cuente hasta tres antes de ponerse maduro», contó y se amansó de nuevo. Entonces secundó:

—¿Quieres apostar? Hago rehago y garantizo que Piaíma se mete con miedo de mí. Escóndase allá cerca pa escuchar sólo lo que hablan.

Chipi-chipi le avisó:

—¡Oiga, conocido, tome tiento con el gigante! Usted ya sabe de lo que es capaz. Piaíma anda debilón debilón pero pajilla que tuvo ají guarda el ardor... Si usted de veras no tiene miedo, apuesto.

Se convirtió en una gota y chispeó cerca de Venceslao Prieto Prieta con la compañera las hijas y los criados. Entonces Macunaíma agarró la primera palabrota de la colección y la arrojó en la cara de Piaíma. El palabron llegó de lleno pero Venceslao Pietro Pietra ni se incomodó, como buen chanco. Macunaíma asentó otro garabato más feo en la caapora. La ofensa llegó de lleno como para molestar pero nadie se dio por enterado. Entonces Macunaíma lanzó toda la colección de leperadas y eran diez mil veces diez mil ordinarieses. Venceslao Prieto Prieta dijo a la vieja Ceiucí, bien bajito:

—Hay algunas que uno no conoce aún, guárdalas para nuestras hijas. Entonces Chipi-chipi volvió a la esquina. El héroe se desgañitó:

—¿Tuvieron o no tuvieron miedo?

—¡Qué miedo ni qué nada, conocido! Hasta el gigante mandó guardar las groserías nuevas pa que las hijas jugaran. De mí sí que tienen miedo, ¿usted apuesta? Vaya allá cerca y oiga nomás.

Macunaíma se transformó en un zompopo que es el macho de la hormiga tambocha y se fue a enroscar en la rama de algodón que enguataba al gigante. Chipi-chipi se montó en una neblina y cuando iba pasando arriba de la familia soltó una orinadita al aire. Comenzó cribando una tapayagua finita-finita. Cuando las gotas se vinieron cayendo el gigante miró para una atrapada en la mano suya y tuvo pavor de tanta agua.

—¡Mirá, che, andá!

Y todos con mucho miedo se fueron corriendo hacia adentro. Entonces Chipi-chipi se desapeó y le dijo a Macunaíma:

—¿Está viendo?

Y así hasta hoy. La familia del gigante tiene miedo de pis de Chipi-chipi pero de malas-palabras, ¡nanay!

Macunaíma entonces quedó muy despechado y le preguntó a su rival:

—Dígame una cosa mariposa: ¿Usté conoce la lengua del len-pén-gua-pá?
[74]

—¡Nunca oí esa vaina!

—Pos entonces, rival: ¡An-pan-dá-pá a la-pá mier-per-dá-pá!

Pero estaba tan contrariado por haber perdido la apuesta que se acordó de ir a dar una pescada. Pero no podía pescar ni de flecha ni con barbasco ni con conapí ni con jebe o ayaré ni con embudo de tronco hueco ni con empalizadas de angostura ni con carrizo ni con arpón o nasa-mimbrená ni con fisga tortuguera ni con falsas frutas pal pacú ni con plomada ni de serón de bejuco ni tridente ni con confín ni palangre ni de medio-mundo cebo atarraya manga buitrón arco espinel jábega tilbe jamo en penca de anzuelos en varas de cañaliega, todos esos utensilios cera de abeja mandanguarí y los bagres mordían y se llevaban anzuelo y todo. Pero había ahí cerca un inglés pescando aimarás con anzuelo de verdad. Macunaíma regresó a casa y le dijo a Maanape:

—¡Qué se va a hacer! Carecemos de tomar el anzuelo del Inglés. Voy a virar aimará de mentiras pa engañar a don Bife^[75]. Cuando me pesque y dé un golpe en mi cabeza entonces hago ¡guác! fingiendo que morí. Cuando me arroje en la serija usté le pide el pez más grande pa comer y soy yo.

Así lo hizo. Se convirtió en el dicho pez tararira y saltó a la laguna, el Inglés la pescó y le golpeó la cabeza. El héroe gritó ¡guác! Pero el pero es que el Inglés quitó el anzuelo del gaznate del pez. Maanape se fue viniendo y muy disimulado le pidió al Inglés:

—¿No da un poco de pez pa mí, don Yes?

—*All right*. —Y le dio una sardina-rabo-de-candela.

—¡Ando padeciendo de hambre, don Inglés! ¡déme un grandulón, ándele!, aquel gordito de la serija.

Macunaíma estaba con el ojo izquierdo durmiendo pero Maanape lo

reconoció rebién. Maanape era hechicero. El Inglés dio el aimará a Maanape quien agradeció y se fue yendo. Cuando estaba legua y media lejos de la tararira se volvió Macunaíma otra vez. Y así tres veces. El Inglés siempre quitando el anzuelo del gaznate del héroe-pezu. Macunaíma le secreteó al mano:

—¡Qué se va a hacer! Carecemos de tomar el anzuelo del Inglés. Voy a convertirme en piraña de mentiras y arranco el anzuelo de la caña.

Se convirtió en una feroz piraña saltó a la laguna arrancó el anzuelo y desvolteándose legua y media abajo otra vez en el lugar llamado Pozo del Ombú donde había unas piedras repletas de letreros encarnados de la gente fenicia, se sacó el anzuelo del gañote bien contento porque ahora podía pescar pejerrey valentón aruaná cajaro cabeza-de-manteco, todos esos peces. Los dos manos se iban yendo cuando escucharon al Inglés hablándole al Uruguayo:

—¡Qué puedo hacer ahora! Ya no poseo más anzuelo pues la piraña se lo tragó. Me voy pa vuestra tierra, conocido.

Entonces Macunaíma hizo un gran gesto con los dos brazos y gritó:

—¡Espera un cachito, carapálida!

El Inglés se devolvió y Macunaíma sólo para embromarlo lo convirtió en la máquina London Bank.

Al otro día dijo a los manos que se iba a pescar pecesotes al igarapé Tieté. Maanape le advirtió:

—No vaya, hérue, que si no, se topa con la vieja Ceiucí mujer del gigante. ¡Se lo come, eh!

—¡Siempre han sido más bravos los tenajales que la cal! —fue lo que Macunaíma explicó. Y partió.

No bien lanzó la línea desde encima de una paranza cuando se fue viniendo la vieja Ceiucí pescando con esparavel. La caapora vio la sombra de Macunaíma reflejada en el agua y lanzó de prisa la atarraya pescando sólo sombra. El héroe ni le halló la gracia porque estaba temblando de miedo; entonces, para agradecer, dijo así:

—¡Buenos días, mi agüe!

La vieja viró la cara pa lo alto y descubrió a Macunaíma arriba del entarimado.

—Venga acá, mi nieto.

—No, allá no voy.

—Entonces mandó avispones.

Y así lo hizo. Macunaíma arrancó un manojo de gordolobo y mató a los avispones.

—¡Baje mi nieto, que si no, mando novatas!

Y así lo hizo. Las hormigas novatas se atenazaron en Macunaíma y éste cayó al agua. La vieja lo atarrayó, envolviendo al héroe en las mallas y se fue a casa. Llegando allá puso el embrollo en la sala-de-visitas que tenía una lámpara de mesa encarnada y fue a llamar a su hija mayor que era rehabilidosa, pa que las dos se comieran el pato que había cazado. Y el pato era Macunaíma el héroe. Pero la hijorrana estaba muy ocupada porque era retehabilidosa y la vieja para adelantar los quehaceres se fue a hacer fuego. La Caapora poseía dos hijas y la más nueva, que no era nada habilidosa y sólo solía suspirar, viendo a la vieja hacer fuego, desconfió: «Má, cuando viene de pesca cuenta luego lo que pescó, y hoy no. Voy a ver». Desembrolló el esparavel y salió de él un mozo retesabroso. El héroe dijo:

—¡Escóndame!

Entonces la moza que estaba muy bondadosa porque vivía desocupada desde hacia tiempo, llevó a Macunaíma pal cuarto y jugaron. Ahora se están riendo el uno para el otro.

Cuando el fuego quedó bien caliente la vieja Ceiucí vino con la hijorrana de los tiquis miquis pa desplumar el pato pero encontraron puro esparavel. La Caapora se puso brava:

—Esto debe ser de mijita menor que es muy bondadosa...

Tocó en el cuarto de la moza gritando:

—¡Mijita menor, entregue ya mi pato que si no, arrojo a usted de la casa mía por siempre de los siempres!

La joven quedó con miedo y mandó a Macunaíma tirar veinte mil lucas por debajo de la puerta para ver si contentaba a la golosa. Macunaíma de puro miedo ya tiró cien que se convirtieron en muchas perdices langostas róbalos frascos de perfume y caviar. La vieja golosa se atragantó todo y pidió más. Entonces Macunaíma tiró un conto por debajo de la puerta. El conto contó como más langostas conejos pacas champaña encajes champiñones ranas y la vieja siempre comiendo y pidiendo con más ganas. Entonces la moza bondadosa abrió la ventana que daba al Pacaembú embutido en la soledad y dijo:

—Voy a decir tres adivinanzas, si usted atina lo dejo huir. ¿Qué es eso de que: Es largo, acañonado y tiene agujero, entra duro y sale blando, satisface el gusto de la gente y no es palabra indecente?

—¡Ah! ¡Eso sí es indecencia!

—¡Tuturuto es macarrón!

—¡Ahh... de veras!... qué chistoso, ¿no?

—Ahora, qué es eso de qué: ¿Cuál es el lugar donde las mujeres tienen el pelo más crespito?

—¡Ummm, qué bueno! Eso sí sé, es ahí.

—¡Lépero! ¡Es en África, sabía!

—Muéstremelo, por favor.

Ahora es la última oportunidad. Diga, qué es eso lo que:

*Mano, vamos a hacer
aquello que Dios consiente:
arreguntar pelo con pelo,
y dejar al pelado adentro.*

Y Macunaíma:

—¡Ora! ¡También eso quién no lo sabe! Pero acá entre nos y sin que nadie nos oiga, usted es resinvergüenza, doña.

—Adivinó. ¿Qué no es dormir juntando los pelos de las pestañas y dejando el ojo pelado dentro lo que usted está imaginando? Pos si usted hubiera acertado por lo menos una de las adivinanzas lo entregaba pa la golosa de mi madre. Ande, huya sin hacer revuelo, seré expulsada, volaré pal cielo. En la esquina encontrará unos caballos. Tome el castaño-escuro que tanto pisa en lo blando como en lo duro. Ese es bueno. Si usted oye a un pajarito gritando «¡Bauá! ¡Bauá!» entonces es la vieja Ceiucí, no acuda. Ande, huya sin hacer revuelo, seré expulsada, volaré pal cielo.

Macunaíma agradeció y saltó por la ventana. En la esquina estaban dos caballos, un castaño-escuro y otro cárdeno-plomizo. «Caballo cárdeno-plomizo para carrera Dios lo hizo» murmuró Macunaíma. Saltó en ese y salió a galope. Camineó camineó camineó y ya cerca de Manaos iba corriendo cuando el

caballo se dio un hociazo que arrancó suelo. En el fondo del agujero Macunaíma divisó una cosa relumbrando. Cavó de prisa y descubrió el resto del dios Marte, escultura griega hallada en aquellos parajes de Araripe de Alencar aún en tiempos de la Monarquía, según una Inocente-Palomita de veintiocho de diciembre descrita en el diario Comercio do Amazonas. Estaba contemplando aquel busto macanudo cuando oyó «¡Bauá! ¡Bauá!». Era la vieja Ceiucí llegando. Macunaíma espoleó al cárdeno-plomizo y después ya cerca de Mendoza en la Argentina casi se da un tropezón con un galeote que venía huyendo de la Guayana Francesa^[76], llegó a un lugar donde unos padres estaban melcochando. Gritó:

—¡Escóndanme, padres!

Los padres no bien habían escondido a Macunaíma en un jarrón vacío cuando la caapora llegó montada en el tapir.

—¿No vio a mi nieto por aquí de pasaje en su caballito comiendo forraje?^[77]

—Ya pasó.

Entonces la vieja se apeó del tapir y se montó en un caballo garzo-albino que nunca fue ni vino y prosiguió. Cuando viró la sierra de Paranaguara los padres sacaron a Macunaíma del jarrón, dieron a él un caballo bayo-bajito que tan es bueno como bonito y lo mandaron rajar. Macunaíma agradeció y galopó. Luego adelante se encontró con una cerca de alambre pero era jinete: se dio una amarrada, embarró al penco y arrejuntando las manos del animal caído con un fuerte jalón hizo que el caballo girara y pasara debajo del alambre. Entonces el héroe saltó la cerca y se arremontó de nuevo. Galopó-galopó-galopó. Pasando por Ceará descifró los letreros rupestres de los indígenas del Arataña; en Río Grande do Norte costearo el cerrote del Cabello-ni-tiene descifró otro. En Paraíba, yendo de Manguape pa Bracamonte pasó en la Piedra-Labrada con tanta inscripción que alcanzaba pa una novela. No leyó por culpa de las prisas y ni la de la Barra del Potí en Piauí, ni la de la Pajeú en Pernambuco, ni la de los Apretados del Iñamún, pues ya era el cuarto día y se oía cerquita por el aire: ¡Bauá! ¡Bauá! Era la vieja Ceiucí llegando. Y Macunaíma piernas pa qué las quiero por los eucaliptos. Pero el pajarito más cerca y Macunaíma en eso que venía acosado por la vieja. Por fin se topó con el nido de una surucucú que tenía parte con el Tentador.

—¡Escóndame, surucucú!

La víbora de la equis no bien escondió al héroe en el hoyo de la latrinita, cuando ya la vieja Ceiucí llegaba.

—¿No vio a mi nieto por aquí de pasaje en su caballito comiendo forraje?

—Ya pasó.

La golosa se apeó del garzo-albino que nunca fue ni vino y montó un caballo-de-hocico-blanco que es el caballo manco y siguió.

Entonces Macunaíma escucho a la surucucú susurrando tratos con la compañera para hacer una encecinada de héroe. Saltó del hoyo de la casilla y arrojó en el terreno el anillo con brillantote que había dado pal dedo Meñique. El brillantazo se convirtió en cuatro-milagros de carretas de maíz, abono Polisú y un fordcingo de segunda mano. Mientras la surucucú miraba hacia aquello toda satisfecha, Macunaíma, pa que descansara el bayo-bajito, se arremontó en un bagual alazán-manchado, que no puede quedarse parado y galopó a través de aluviones y aluviones. Se atascó un tris en el mar de arena del llano de los Perecís y por vertientes y roquedales entró en la caatinga y asustó a las gallinas con pollitos de oro de Camutengo cerca de Natal. Legua y media adelante abandonando las márgenes del Sao Francisco empuercados con la riada-de-la-pascua, entró por una brecha abierta en el morro alto. Iba a seguirse cuando escuchó un «psiú» de cuñá. Paró muerto de miedo. Entonces salió entre caatingas-de-puerco una doña alta y feona con trenzas hasta los pies. Y la doña bisbiseando le preguntó al héroe:

—¿Ya se fueron?

—¿Se fueron? ¿Quiénes?

—¡Los holandeses!

—Usté anda media empolvada con eso de los holandeses. No hay más holandés por acá, doña.

Era María Pereira, cuñá portuga refundida en aquella brecha del cerro desde la guerra con los holandeses. Macunaíma ya no sabía ni por qué parte del Brasil andaba y se acordó de preguntar:

—Dígame un chascarrillo, hijo de zorra zorrillo, ¿cómo se llama este lugar?

La cuñá secundó señalando:

—Aquí es el Bújero de María Pereira.

Macunaíma soltó una carcajadota y se escabulló mientras la mujer mirujeaba otra vez. El héroe siguió de carrera y hasta pasó pa la otra banda del río Chuí. Y

fue allá que se topó con el tuyuyú pescando.

—Uy, uy, uy, primo tuyuyú, ¿usté me lleva pa casa?

—¡Cómo no!

Luego luego el tarotaro se transformó en la máquina aeroplano, Macunaíma se dio cancha en el buche vacío y levantaron vuelo. Volaron sobre el llano mineiro de Uricuia, hicieron el circuito de Itapecirica y se jalaron del Nordeste. Pasando por las dunas de Mosoró, Macunaíma miró abajo y divisó a Bartolomeo Lorenzo de Guzmán, de sotana arremangada, peleando pa dar paso en el arenal. Gritó hacia él:

—¡Véngase acá con uno, ilustre!

Pero el padre gritó con gesto inmenso:

—¡Basta!

Después de que saltando la sierra del Tumbador en Mato Grosso dejaron a su izquierda las cordilleras de Santana de Libramento, el Tarotaro-aeroplano y Macunaíma treparon hasta el Tejado del Mundo, mataron la sed en las aguas nuevas del Vilcanota y en la última etapa volando sobre Amargosa en Bahía, sobre el Gurupá y sobre el Gurupí con su ciudad encantada, por fin se toparon de nuevo con el mocambo ilustre del igarapé Tieté. En un ratito ya estaban en las puertas de la pensión. Macunaíma agradeció mucho y quiso pagar la manita pero se acordó que estaba careciendo de hacer economías. Se viró hacia el tuyuyú y concluyó:

—Mire, primo, pagar no puedo pagarle pero le daré un consejo que vale oro: En este mundo hay tres barras que son la perdición de los hombres: Barras de río, barras de oro y embarradas de falda, añañay, no caiga^[78].

Pero estaba tan acostumbrado a despilfarrar que adiós ahorros. Le dio diez contos al tarotaro, subió satisfecho pal cuarto y contó todo pa los manos ya muy mortificados con la demora.

Total, que el caso había costado sus buenos ojos-de-la-cara. Entonces Maanape convirtió a Yigué en teléfono y dio la queja a la Policía que deportó a la vieja golosa. Pero Piaíma tenía muchas influencias y la regresaron con una compañía de zarzuelas.

La hija expulsada corre por el cielo, causando revuelo de puerta en puerta. Es un cometa.

XII. Vende-Bute, Chopisón y la injusticia de los hombres

Al otro día Macunaíma se despertó afiebrado. Había delirado de veras la noche entera soñando con barco.

—Eso es viaje por mar —dijo la encargada de la pensión. Macunaíma agradeció y de tan satisfecho convirtió a Yigüé en la máquina teléfono pa insultar a la madre de Venceslao Pietro Pietra. Pero la sombra telefonista avisó que no secundaban. Macunaíma halló aquello extraño y quiso levantarse pa saber qué era. Pero sentía un calurón hormigueante en todo el cuerpo y una languidez de agua. Murmuró:

—¡Ay, qué flojera!...

Volteó la cara pal rincón y empezó a decir garabatos. Cuando los manos vinieron a saber lo que era, era sarampión. Maanape fue breve para buscar a bendito Benito hierveyerbas de Beberibe que curaba con alma de indio y agua de jarrón. Benito le dio un agüita e hizo rezo cantado. En una semana el héroe ya estaba descansando. Entonces se levantó y fue a ver lo que había pasado con el gigante.

No había nadie en el palacete y la mucama del vecino contó que Piaíma con toda la familia se había ido a Europa a reponerse de la soba. Macunaíma perdió la figura y se recontrácontrarió. Jugueteó en la cama-camera de la mucama con la cabeza en la luna y regresó a la pensión pesaroso. Maanape y Yigüé hallaron al héroe en la puerta de la calle y le preguntaron:

—¿Qué, lo machucó un tren, mis cuidados?

Entonces Macunaíma contó lo sucedido y llegó a llorar. Los manos se quedaron retristes de ver al héroe así y lo llevaron a visitar el Leprosario de Guapira, pero Macunaíma estaba recontrariado y el paseo no tuvo chiste

ninguno.

Cuando llegaron a la pensión era de nochecita y estaban desesperados todos. Sacaron una porción enorme de rapé de una cornucopia simulando cabeza de tucán y estornudaron rebién. Hasta entonces pudieron pensamentear.

—Pos sí, mis cuidados, usté anduvo por ahí demore y demore dando atole con el dedo, y el gigante sí que no se iba a quedar espere y espere y se fue. ¡Ora aguante el tren!

En eso Yigué se golpeó la cabeza y exclamó:

—¡Ya sé!

Los manos se llevaron un susto. Era que Yigué se acordó que podían ir a Europa también, tras la miuraquitán. Dinero, aún sobraban cuarenta contos del cacao vendido. Macunaíma aprobó al tiro pero Maanape que era hechicero imaginó volvió a imaginar y concluyó:

—Hay algo mejor.

—¡Pos entonces desembuche!

—Macunaíma se hace pasar por pianista, consigue una beca del Gobierno y va solito.

—Pero pa qué tanta complicación si uno posee demasiado dinero y los manos no pueden ayudar en Europa.

—¡A usté se le ocurre cada una de que hasta parecen dos! Sí, de que uno puede puede, pero mano, ¿si vas con fierros del Gobierno no sería mejor? Claro. ¡Entonces!

Macunaíma estaba reflexionando y de repente se golpeó la frente:

—¡Ya sé!

Los manos se llevaron un susto.

—¡Qué fue!

—Para ésa, mejor me finjo pintor que es más bonito.

Fue a buscar la máquina gafas de carey un fonografito medias de golf guantes y quedó hecho todo un pintor.

Al otro día para aguardar la nominación mató tiempo haciendo pinturas. Así: agarró una novela de E^a de Queiroz y se fue a pasear a la Cantareira. Entonces pasó cerca de él un buhonero andador y muy futuná porque poseía al amuleto uapycú de hojitas vengavenga^[79]. Macunaíma pechotierra se divertía aplastando los tacurús de las hormigas tapipitingas. El tilichero saludó:

—Buen día, conocido, cómo le va, bien, muchas gracias. ¿Laburando, no?

—En esta tierra caduca, quien no trabaja no manduca.

—Así es. Bueno, ta-lueguito.

Y pasó. Legua y media adelante se topó con una zarigüeya y se acordó de trabajosear también un poquito. Agarró al tlacuachito, hizo que se tragara diez platas de dos mil morlacos y regresó con el bicho bajo el brazo. Llegando cerca de Macunaíma quiso marchantearlo.

—Buen día, conocido, cómo le va, bien, muchas gracias. Si usted quiere le vendo mi tlacuacín.

—¡Y qué voy a hacer con un bicho tan apestoso! —secundó Macunaíma poniéndose la mano en la nariz.

—Está catigoso pero es cosa buena. Cuando hace sus necesidades sólo plata es lo que sale. Se lo vendo barato a usted.

—¡Déjese de conversa, turco! ¡Dónde ya se vio un tlacuache así!

Entonces el mercachifle le apretó la barriga a la zarigüeya y el bicho descomió las diez platitas.

—¡Está viendo! ¡Sus necesidades son pura plata! Arrejuntando gente se vuelve riquísimo. ¡Se lo dejo baratón!

—¿Cuánto cuesta?

—Cuatrocientos morlacos.

—No lo puedo comprar, si sólo tengo treinta.

—Pos entonces pa que se haga cliente y sólo por tratarse de usted se lo dejo en treinta.

Macunaíma se desabotonó los pantalones y por debajo de la camisa se quitó el cinto que cargaba el dinero. Pero sólo tenía la letra de cuarenta contos y seis fichas del Casino de Copacabana^[80].

Dio la letra pero tuvo vergüenza de recibir el vuelto. Hasta dio las fichas de pilón y agradeció la bondad del tilichero.

Del cachivachero no quedaron ni sus señas entre los avatítimbavís, quinos-blancos y paranáes del mato cuando la comadreja quiso hacer sus necesidades otra vuelta. El héroe abombachó el bolso con cuidado y toda la porquería cayó allí. Macunaíma se dio cuenta del timo y rajó camino a la pensión con un griterío lamentable. Dando vuelta a la esquina encontró a Zé Perequeté y le gritó:

—¡Zé Perequeté, sácate las niguas del pie para tomar con el café!

Perico de los Palotes quedó cabrero e insultó a la madre del héroe pero éste no hizo caso, dio una carcajadota y se fue siguiendo. Más adelante se acordó que iba yendo para casa como energúmeno y agarró la monserga otra vez.

Los manos aún no habían vuelto del zaquizamí del Gobierno y la encargada vino al cuarto para consolar a Macunaíma, jugaron. Después de jugar el héroe volvió a llorar. Cuando los manos llegaron todo el mundo se espantó porque ya medían cinco metros de altura. No ve que el Gobierno estaba cinco mil veces mil pintores ya encaminados para ser mandados con la boca a Europa y para que Macunaíma fuera nombrado sólo faltaba que llegase el día de San Nunca. Y para eso aún le colgaba. Del invierno puras habas y los manos se alargaron por culpa del desengaño. Cuando divisaron al mano llorando se asustaron mucho y quisieron saber la causa. Y como se olvidaron de la mala-pata volvieron pal tamaño de endenantes, Maanape ya viejito y Yigüé en plenas fuerzas de hombre. El héroe decía:

—¡Ihiih! ¡El vende-bute me embromó! ¡Ihiih! Compré la zarigüeya suya. ¡Cuarenta lucas me costó!

Entonces los manos se desesperaron. Ahora ya no era posible que fueran a Europa, pues sólo poseían a las noches y los días. Soportaron el lloriqueo mientras el héroe se refregaba aceite de jalapa en el cuerpo pa que los mosquitos no lo fregarán y se durmió de un hilo.

Al otro día amaneció haciendo un calurón temible y Macunaíma sudaba y volvía a sudar de un lado para otro haciendo rabieta por la injusticia del Gobierno cascarrabias. Quiso salir para distraerse pero tanta ropa le aumentaba el calor... Se puso más rabicundo. Fue por demás tanta rabia y malició que iba a quedar con beatacanina que es el mal de la rabia. Entonces exclamó:

—¡Ara! ¡Andeme yo caliente, ríase la gente!

Se quitó los pantalones para refrescar y los pisoteó por encimita. La rabia se calmó al instante y hasta como muy campante Macunaíma les comunicó a los manos:

—¡Paciencia, manos! ¡Naranjas! No, no, a Europa no voy. Soy americano, y mi lugar está en América. La civilización europea de veras desmoraliza la integridad de nuestro carácter.

Durante una semana los tres trillaron todo el Brasil por las restingas de arena marina, por las restingas del mato ralo, barrancas de brazos rotos de río

abiertones rápidos carrascos carrascales y cardonales buhedos boqueros boqueras y hondonadas que eran nidos de helada, en playones saltos pedregales gargantas bocas de ríos desfiladeros y raseros de laguna, todos esos lugares, campeando en las ruinas de los conventos y en los zócalos de las cruces a ver si no hallaban ollas de guacas con dinero enterrado. No hallaron nada.

—¡Paciencia, manos! —Macunaíma repitió jetón y dijo—: ¡Vamos a apostar a la quiniela!^[81].

Y se fue a la plaza Antonio Prado a meditar sobre la injusticia de los hombres. Se quedó por allá muy bien recargado en un plátano. Todos los comerciantes y aquella morondanga de máquinas pasaban frentito del héroe que se calentaba el mate de infelices ilusiones, y todo por la injusticia de los hombres. Macunaíma ya estaba dispuesto a cambiar el dístico a: «Poco bizcocho y muchas las brochas, luchas son que al Brasil dejan mocho», cuando escuchó un «¡hihih!» llorando atrás. Se viró y vio por el suelo a un corre-por-suelo y aun pájaro chopí.

El tico-tico era pequeñito y el chopí grandulón. El tico-tiquito iba de un lado a otro acompañado siempre del chopi-son llorón pues el otro es quien le da de comer. Daba rabia.

El tico-tiquito imaginaba que el tordote renegrido era hijorrón, pero no, no era. Entonces volaba, conseguía algo de-papear por ahí y lo ponía en el pico del chopisón. Chopisote tragaba y ése se agarraba en la mañita otra vez: «¡hihih! mamá...»^[82]. Lo dejaba aturdido porque andaba con hambre y aquel ñeñeñeñeñeñeñ empalagoso suyo, atrás, dizque «¡Lo de-papear!... ¡lo de papear!...», y ya no podía con el amor sufriendo. Salía de sí, volaba a buscar a un bichito un maicito, toda esa comidita la ponía en el pico del chopisote, chopisón tragaba y principiaba de nuevo atrás del corre-por-suelo. Macunaíma meditaba en la injusticia de los hombres y tuvo un inmenso amargor por la injusticia del chopisón. Era porque en un principio los pajaritos ya fueron gente como nosotros... Entonces el héroe agarró una cachiporra y mató al tico-tiquito.

Se fue yendo. Después de que anduvo legua y media sintió calor y se acordó de tomar aguardiente-caña para refrescar. Traía siempre en el bolsillo del saco una botellita de chinguere cogida al puito por una cadena de plata. La descorchó y tragueteó tranquilo. Cuando de repente oyó atrás un «¡hihih!» llorando. Se volteó asustado. Era el chopisón.

—¡Ihiih! ¡Papá... lo de papear!... ¡lo de papear!... —allá en la lengua suya. Pero qué bronca le dio a Macunaíma, abrió el bolso donde estaba guardado aquello de la zarigüeya y dijo:

—¡Come pues!

Chopisón saltó en el olán del bolso y se comió todo^[83] sin saber. Fue engordando, se convirtió en un pájaro negro bien grande y voló por los matos gritando «¡Pincha! ¡Pincha!»^[84]. Es el Padre del Chopi.

Macunaíma siguió camino. Legua y media adelante estaba un chango-macaco comiendo coquito de guaguasí. Agarraba coquito, lo ponía en el vano de las piernas junto con una piedra, apretaba y ¡guác! quebraba la fruta. Macunaíma vino y con una gazuza oscura que le hacía agua la boca, dijo:

—Buen-día, tío, ¿cómo le va?

—Así, así, sobrino.

—¿En casa todos bien?

—En las mismas.

Y continuó masticando. Macunaíma ahí, sólo junando. El otro se puso como energúmeno.

—¡No me mire de soslayo que no soy malayo, ni me vea de lado que no soy melado!

—¡Pero que anda usted haciendo ahí, titío!

El changuito escondió el coquito en la mano cerrada y secundó:

—Estoy cascando mis testículos pa papear.

—¡Váyase a mentir al cerro!

—¡Juay, sobrino, si tú no da crédito entons pa qué pregunta!

Macunaíma estaba con ganas de preguntar y hasta indagó:

—¿Qué, es sabroso?

El mono tronó la lengua:

—¡Uhhh! ¡Pos nomás pruebe!

Cascó a escondidas otro coquito, fingiendo que era uno de los toali-quizús y se lo dio a Macunaíma pa que se lo comiera. A Macunaíma le gustó mucho.

—¡Es muy bueno, tío! ¿Tiene más?

—Ahora se acabó pero si el mío era sabroso qué será de los suyos. ¡Cómaselos, sobrino!

El héroe tuvo miedo:

—No, yo no sirvo.

—Cómo, si hasta es agradable...

El héroe agarró un adoquín. El chango-macaco aún le dijo riéndose pa sus adentros:

—¿A poco usted tiene valor, sobrino?

—¡Boni-t-ó-tó yucamarga mocotó!^[85] —el héroe exclamó muy orondo. Aseguró bien el adoquín y ¡guác! en los tompiates. Cayó muerto. El chango-macaco todavía se burló así:

—¡Pos, mis cuidados, no le dije que tú moría! ¡Sí que le dije! ¡No me escucha! Mira nomás lo que pasa con los desobedientes. Ahora: ¡*sic transit*!^[86]

Entonces se calzó los guantes de balata y se fue. Al poco rato se vino un aguacero que refrescó la carne verde del héroe, impidiendo la putrefacción. Luego se formó una marabunta de hormigas guayuguayús y murupetecas por el cuerpo muerto. El abogado Fulano atraído por la marabunta se topó con el difunto. Se agachó, sacó la cartera del cadáver y sólo encontró tarjetas-de-visita. Entonces resolvió llevar al muertito pa la pensión y así lo hizo. Cargó a Macunaíma a cuestras y se fue andando. Pero el difunto pesaba por demás y el abogado vio que no podía con el paquete. Entonces arreó al cadáver y le dio una buena tunda. El difunto quedó livianito y el abogado Fulano pudo llevarlo pa la pensión.

Maanape lloró mucho tirándose sobre el cuerpo del mano. Después descubrió el amasije. Maanape era hechicero. Luego luego pidió prestado a la encargada dos cocos-locos-de-Bahía, que ató con nudo ciego en el lugar de los toaliquizús amasados y sopló humo de cachimbo en el difunto héroe. Macunaíma se fue irguiendo muy desmejorado. Le dieron guaraná y en un ratito ya estaba matando solo a las hormigas que aún lo mordían. Estaba tiritando mucho porque por culpa del aguacero el friaje lo agarró de repente. Macunaíma sacó la botellita del bolsillo y bebió el resto de chinguiritos pa calentarse. Después le pidió una centena a Maanape y fue hasta un chalet a apostarle a la quiniela. Cuando vieron de tarde la centena había caído. Y así la fueron pasando, sólo con las corazonadas del mano vetarro^[87]. Maanape era curandero.

XIII. La piojosa de Ygué

Al otro día por culpa de lo magullado Macunaíma amaneció con urticaria por todo el cuerpo. Fueron a ver y era erisipela^[88], larga enfermedad. Los manos lo cuidaron mucho y le traían diariamente a casa todos esos remedios pa la erisipela que los vecinos y conocidos, todos esos Brasileños aconsejaban. El héroe pasó una semana en cama. De noche soñaba siempre con embarcaciones y la encargada de la pensión cuando venía de mañanita por el amor de argüendear como seguía el héroe decía siempre que barco significaba a fuerzas viaje por mar. Después salía dejando sobre la cama del enfermo *O Estado de São Paulo*. Y el Estadote era un diario. Entonces Macunaíma se pasaba el día leyendo todos esos anuncios de medicamentos pa la erisipela. Y era tanto anuncio.

Al final de la semana el héroe ya andaba despellejándose y se fue a la ciudad, pero queriendo salir de guatemala entró en guatepeor. Anduvo a trochemoche y sin ton ni son, y así muy desmejorado por la debilidad se detuvo en el parque del Añangabaú. Llegó bien abajo del monumento a Carlos Gómez quien fue un músico muy célebre y ahora era una estrellita en el cielo^[89]. El ruido de la fuente rumoreando en la tardecita le daba al héroe la ilusión de las aguas del mar. Macunaíma se sentó en la balaustrada de la fuente y contempló los baguales marinos de bronce llorando agua. Y allá en la oscuridad de la gruta por detrás de la tropilla percibió una luz. Se quedó fije y fije y distinguió una embarcación muy linda que se bamboleaba como boya sobre las aguas. «Es una canoa», se dijo. Pero la chalupita venía llegando cada vez mayor. «Es una gayola», murmuró. Pero el vapor venía tan creciendo tanto, que el héroe dio un salto respantado y gritó en la boca-de-la-noche hecha eco «¡Es una caravela-vela!». La nao ya era bien visible atrás de los hipobronces. Tenía el corte de la velocidad en la quilla de plata y los mástiles inclinados hacia atrás estaban llenos de banderas que el viento de las correrías prensaba entre las láminas de aire. El

grito atrajo a los chóferes de la plaza y todos curioseaban el gesto inmutable del héroe y seguían la línea de la mirada suya yendo a parar hasta la fuente oscura:

—¿Qué fue, hérue?

—¡Miren allá!... ¡Miren el enorme trasatlántico que se viene viniendo sobre las aguas inmensas del mar!

—¿Adónde?

—¡Por detrás del caballo de estribor!

Entonces todos vieron detrás del caballo de estribor al navío llegando. Ya estaba bien cerca e iba a pasar entre el caballo y la pared de piedra, ya estaba en la boca de la gruta. Y era un navío guazú.

—No es paquebote. ¡No! ¡Es el trasatlántico haciendo viaje por mar! ¡Y ese era un trasatlántico haciendo viaje por mar! —gritó un chofer japonés que ya había hecho mucho viaje por mar. Y era un trasatlántico enorme. Venía iluminado, relampagueaba todo de oro y plata embanderado y fiestero. Las claraboyas de los camarotes eran collares en el casco y en las cinco cubiertas suntuosas corría música entre la chamuchina bailando el meneíto del cururú^[90]. La choferiza comentaba:

—¡Es el Lloyd!

—¡No, es de la Hamburgo!

—¡Va saliendo, ya lo presentía! ¡Será posible! No hombre, es el piróscafo Conte Verde.

—Sí. Era el piróscafo Conte Verde. Y era la Señora-de Agua^[91] que la muy piola se hacía pasar por piróscafo para tentar al héroe.

—¡Gente, adiós, gente! ¡Me voy pa Uropa que es mejor! Voy en busca de Venceslao Prieto Prieta que es el gigante Piaíma comedor de gentes —el héroe discursaba.

Y toda la choferiza abrazaba a Macunaíma despidiéndose. El vapor estaba ahí y Macunaíma ya había saltado en el muelle de la fuente a la planchada del piróscafo Conte Verde. Todos los tripulantes al frente de la música hacían señas llamando a Macunaíma y eran forzudos marítimos, eran argentinos finísimos y tantas doñas lindísimas pa que uno jugueteara hasta hastiarse del mareo con los columpios de las olas.

—¡Baje la escalerilla, capitán! —exclamó el héroe.

Entonces el capitán se quitó el quepis y ejecutó con él una letra en el aire. Y

todos los marítimos los argentinos finísimos y las cuñás lindísimas para los jugueteos de Macunaíma, todos esos tripulantes soltaron soberanas rechiflas chacoteando al héroe mientras el navío sin parar la maniobra daba popa a tierra y singlaba de nuevo hacia el fondo de la gruta. Y toda la tripulación se puso enferma de erisipela burlándose siempre del héroe. Cuando el piróscafo atravesó el estrecho entre la pared de la gruta y el bagual de babor la chimeneota escupió una nube-jabardillo de cénzalos de pinolillos hideputas tábanos pipiolas avispones típulas y cantáridas, todo ese mosquerío ahuyentando a los conductores.

El héroe sentado en el barandal de la fuente con la cola entre las patas y con más y más eripisela, todo eripiselado. Sintió frío y vino fiebre. Se espantó entonces con un gesto a los mosquitos y caminó hacia la pensión.

Al otro día Yigué llegó a casa con una cuñataí, la hizo tragarse tres granos de plomo para no tener hijos y los dos se hamaquearon durmiendo. Yigué ya se había acaramelado. Era un negro zumbón y medio valentón y medio. Se pasaba el día limpiando la escopeta y afilando y alumbrándose a farolazos. La compañera de Yigué iba todas las mañanas a comprar yucamarga pa que los cuatro comieran y se llamaba Suzi. Pero Macunaíma que era el meteión de la compañera de Yigué, todos los días le compraba una langosta, la ponía en el fondo de la macona para transportar mandioca y encima desparramaba la yucamarga para que nadie maliciara nada. Suzi era rete-hechicera. Cuando llegaba a casa dejaba la cesta en la salita y se iba a dormir para soñar. Y soñando le decía a Yigué:

—Yigué, compañero mío Yigué, estoy soñando que hay langosta por debajo de la yucamarga.

Yigué iba a ver y había. Todos los días era sí y Yigué, un día que amaneció con dolor-de-testuz, desconfió. Macunaíma se dio cuenta de los dolores del mano y le hizo una mandinga a ver si así pasaba. Agarró un totumo y de noche lo dejó en la azotehuela, rezando manso:

Agua del cielo, ven a esta jícara;

Paticl, ven a esta agua;

Mopeseru ven a esta agua;

Sivucímo, ven a esta agua;

*Omaispopo, ven a esta agua.
¡Dueños del agua, aruyenten este dolor-de-cuernos!
¡Aracú, Mecumecurí, Paí, vengan en esta agua,
y ahuyenten el dolor de cuernos si el enfermo
bebe esta agua
en la que están encantados los Dueños del Agua!*

Le dio pa que Yigué bebiera al otro día pero no surtió efecto y el mano ya andaba muy desconfiado.

Cuando Suzi se vestía para ir al mercado, silbaba el *foxtrot* de moda pa que el camelero fuera también. El enamorado era Macunaíma. Iba. La compañera de Yigué salía y Macunaíma atrás. Andaban jugueteando por ahí y a la hora de la vuelta ya no había más yucamarga en el mercado. Entonces Suzi pa disfrazarla un poco se iba atrás de casa, se sentaba en la macona y sacaba una porción de yucamarga de dentro del sevo. Todos comían muy bien y el único en rezongar era Maanape.

—¡De jibarito de Taubaté, caballo-bayo de hiel de mujer que mea de pie, líbranos Dominé! y se empujaba la jamancia.

Maanape era hechicero. No quería saber nada de aquella yucamarga. No. Y como andaba medio hambreado se pasaba el tiempo mascando coca para hacerse las ilusiones. De noche cuando Yigué quería saltar en la hamaca la compañera suya principiaba a pujar, diciendo que estaba empanzurrada de tanto tragar carozo de parapara. Pero era sólo que no quería jugar con Yigué. Yigué hizo rabieta.

Al otro día fue al mercado y chifló el *foxtrot* de moda. Macunaíma salió atrás. Yigué era muy valiente. Agarró un garrote enorme y se fue despacito por detrás de ellos. Buscó rebuscó y encontró a Suzi con Macunaíma de manos sudadas en el Jardín de la Luz. Ya estaban riéndose el uno para el otro. Yigué dejó ir la misaranga en los dos, se llevó a la compañera a la pensión y dejó al mano aporreado en la orilla de la laguna entre cisnes.

Del otro día en adelante era Yigué quien hacía las compras dejando a la compañera presa en el cuarto. Suzi sin quehaceres se pasaba el tiempo contrariando a la moralidad, pero una vuelta el santo Anchieta venido al mundo pasó por casa de ella y por pura piedad le enseñó a espulgarse los piojos. Suzi

era pelirroja con los cabellos a la *garçonne* y sustentaba muchos piojos, hartos. Ahora ya no soñaba más que había langostas debajo de la yucamarga ni hacía immoralidades. Cuando Yigué partía se arrancaba los cabellos y clavándolos en la cachiporra del compañero, espulgaba piojos. Pero había muchos piojos, hartos. Entonces con miedo de que el compañero la apañara en la labor, dijo así:

—Yigué, compañero mío Yigué, cuando usted vuelva del mercado toque primero en la puerta, toque todos los días una porción de tiempo pa que me potranquee el corazón y me vaya a cocinar la yucamarga.

Yigué dijo que sí. Todos los días iba a la plaza a comprar yucamarga y cuando volvía demoraba tocando la puerta. Entonces la cuñá recolocaba sus cabellos en la cabeza y se quedaba esperando a Yigué.

—Suzi, compañera mía Suzi, ya toqué un chorro de veces en la puerta, ¿será que usted se alegró?

—¡Mucho! —respondió. Y se fue a cocinar la yucamarga.

Todos los días era la misma cantaleta. Pero tenía muchos piojos, hartos. Es que contaba los espulgados y eso hace que el piojero aumente. Una vuelta Yigué meditó sobre lo que se quedaba haciendo la compañera cuando él se iba al mercado y le dieron ganas de asustarla y así lo hizo. Se puso patas arriba y se vino andando con las puntas de las manos. Abrió la puerta y asustó a Suzi. Con eso ella gritó y se enchufó apurada la cabellera en la cabeza. Y los cabellos de la frente le quedaron por el codo y los cabellos del codo le quedaron por la frente escurriendo. Yigué chinchó a Suzi por puerca y le dio una buena hasta que oyó a alguien subiendo la escalera. Tardaba que parecía que traía cola. Entonces Yigué paró y se fue a empujar el codo repasando sus filos.

Al otro día Macunaíma estaba con muchas ganas de jugar con la compañera de Yigué. Les dijo a los manos que se iba de cacería lejos pero no fue. No. Compró dos botellas de licor de yatay catarinense una docena de sándwiches de piñas de Pernambuco y se pertrechó en el cuartito. Pasado el tiempo salió de allá y le dijo a Yigué mostrando el envoltorio:

—Mano Yigué, al final de muchas calles, yendo allacito hay una hibuera haciendo trilla. Hay un montón de caza. ¡Vaya a ver!

El mano espió desconfiando de él pero Macunaíma disimuló rebién:

—Tate, hay paca tatú acutí... Me capa, acutí ninguno acudió. Paca tatú, acutí no.

Yigué daba oídos a cualquier tarabilla, y al tiro nomás agarró la espingarda y dijo:

—Entonces voy pero primero júreme mano que no está jugando con mis obligaciones.

Macunaíma cabuleó tanto por la memoria de su madre que ni miraba a Suzi. Entonces Yigué volvió a agarrar la escope-tá y el cuchillón de punta-tá tatatá y partió. Cuando Yigué viró en la esquina. Macunaíma ayudó a Suzi abriendo el envoltorio y tendiendo un matel de encaje famoso llamado «Nido de Abeja» cuya cartulina había sido robada en Mariú del Ceará-Mirim por la terrible Geracina de la Punta del Manglar. Cuanto todo quedó listo los dos saltaron a la hamaca y jugaron. Ahora ya están riendo el uno con el otro. Después de reír bastante. Macunaíma dijo:

—Destapa una botella pa que uno beba.

—Sí —fue lo que dijo. Y se tomaron la primera botella de licor de yatay que era tan sabroso. Los dos tronaron la lengua y saltaron de nuevo a la hamaca. Jugaron cuanto les dio la gana. Ahora ya están riendo el uno con el otro.

Yigué anduvo legua y media, fue hasta el final de las calles, campeó las higueras unos pares de veces, mucho tiempo, ¿y ustedes creen que halló? ¡Lagarto! No había ninguna higuera y Yigué regresó campeando siempre por todos los finales de las calles. Por fin llegó al cuarto y encontró a mano Macunaíma con la Suzi riendo. Yigué se puso furibundo y le dio una azotaína a la compañera. Ahora ella está llorando. Yigué agarró al héroe y le dejó ir la macana con ganas. Dio y volvió a dar hasta más no poder. Manuel era el criado de la pensión, un isleño de Madeira. Ahora el héroe está fatigado. Y Yigué que andaba con hambre se comió los sângüiches las piñas y se bebió el licor de yatay.

Con la soba los dos se pasaron la noche quejándose. Al otro día Yigué enfadado tormó la cerbatana y salió a ver si encontraba el tal pomar. Yigué era un zonzo. Suzi lo vio salir, se secó los ojos y le dijo a su enamorado.

—Ya no lloremos.

Entonces Macunaíma desfrunció la cara y se las arregló para ir a hablar con su mano Maanape. Yigué ya de vuelta en la pensión le preguntó a Suzi:

—¿Dónde anda el héroe?

Pero ella estaba enojadísima y se puso a silbar. Entonces Yigué cogió la

cachiporra y se allegó la compañera, despepitando muy triste:

—¡Vete yendo, perdición!

Entonces sonrió feliz. Espulgó sin contar todos los piojos que quedaban y eran hartos piojos, los amarró a una hamaca, se sentó en ella, los piojos saltaron y Suzi se fue pal cielo convertida en estrella fugaz. Es la lluvia de estrellas.

El héroe nomás vio a Maanape de lejos y se agarró a lamentarse. Se lanzó a los brazos del mano y contó una historia bien triste probando que Yigué no tenía razón alguna para haber cobrado tanto. Maanape se enojó y fue a hablar con Yigué. Pero Yigué ya venía en camino para hablar con Maanape. Se encontraron en el corredor. Maanape le contó a Yigué y Yigué le contó a Maanape. Verificaron que Macunaíma era muy faramallero y sin carácter. Volvieron al cuarto de Maanape y se toparon con el héroe quejita. Cautos y pa consolarlo lo llevaron a pasear en la máquina-auto.

XIV. Muiraquitán

Al otro día de mañana, Macunaíma no bien abrió la ventana y divisó un pajarito verde^[92]. El héroe quedó satisfechísimo y aún estaba quedando satisfecho cuando Maanape entró al cuarto contando que en las máquinas-periódicos anunciábase el regreso de Venceslao Pietro Pietra. Entonces Macunaíma resolvió no tener más miramientos con el gigante y matarlo. Salió de la ciudad y se fue al mato Fulano a probar fuerzas. Campeó legua y media y al final se topó con un aguairó de contrafuertes del tamaño de un tren. «Este sirve» se dijo. Enjaretó el brazo en el aguairó, lo arrancó de cuajo y el árbol salió de la tierra sin dejar señal. «¡Ahora sí que tengo fuerzas!», exclamó Macunaíma. Volvió a quedar satisfecho y regresó a la ciudad. Pero no podía ni andar porque estaba tapizado de garrapatas. Macunaíma con mucha pachorra les dijo:

—¡Ara, garrapatas, váyanse yendo, esperpentos! ¡Que a ustedes no les debo naranjas, ara, ara!

Entonces el garrapaterío cayó al suelo como por encanto y se fue yendo. La garrapata ya fue gente como nosotros. Una vuelta puso una pulpería a la orilla de la carretera y hacía muchos negocios porque no se incomodaba en vender fiado. Tanto fió tanto fió, tanto Brasileño no pagó que al final la garrapata quebró y fue puesta de patitas en la calle con todo y puesto. Ahora chupa tanto la sangre de la gente porque está cobrando cuentas^[93].

Cuando Macunaíma llegó a la ciudad ya había cerrado la noche y se fue luego a mirujear la casa del gigante. Había neblina sobre el mundo y la casa estaba sin nadie de tanta oscuridad que era. Macunaíma se acordó de buscar una criada pa jugar pero había una playa de estacionamiento para máquinas taxis en la esquina de las cuñás ya andaban jugueteando por ahí. Macunaíma se acordó de tender una trampa pa los arroceros-de-ventre-castaño pero faltaba carnada. No había nada que hacer y sintió sueño. Pero no quería dormir porque

estaba esperando a Venceslao Pietro Pietra. Se puso idee idee: «Ahora voy a vigilar y cuando don sueño venga lo ahorcó». No demoró mucho en ver llegar un bulto. Era Émoron-Pódole, el Padre del Sueño. Macunaíma se quedó muy parado entre los nidos de paja para no espantar al Padre del Sueño y poder matarlo. Émoron-Pódole se fue viniendo se fue viniendo y cuando ya estaba cerquita, el héroe cabeceó, golpeó la quijada en el pecho, se mordió la lengua y gritó:

—¡Qué susto!

El sueño huyó al tiro. Macunaíma siguió andando muy desanimado. «¡Mirá vos! No lo agarré pero por poco... Voy a esperar otra vez y que me pase un tren si ora no atrapo al Padre del Sueño y lo ahorco». Así reflexionó el héroe. Había un riachuelo cerca con un tronco atravesado que las hacía de puentecito. Más hacia lo lejos un lago lecheaba de luz de luna porque la niebla ya se había ido. La vista era quieta y muy suave por causa del agüita que cantaba el arrullo de los pobres. El Padre del Sueño debía de estar emboscado por ahí. Macunaíma se cruzó de brazos y con el ojo izquierdo durmiendo se quedó inmóvil entre los nidos de paja. No demoró mucho en divisar a Émoron-Pódole que llegaba. El Padre del Sueño se fue viniendo se fue viniendo y de repente paró. Macunaíma le oyó decir:

—¡No, che! Aquel sujeto no está muerto. ¡Muerto que no eructa, dónde se ha visto!

Entonces el héroe eructó «¡guác!».

—Ché, dónde se ha visto a un muerto eructar, el sueño lo tanteó lo choteó y huyó luego.

Por eso el Padre del Sueño aún existe y los hombres de puro castigo no pueden dormir en pie. Macunaíma iba a quedar con un sinsabor por lo sucedido cuando se oyó una bulla y divisó del otro lado del riachuelo a un chofer gesticulando como que llamándolo. Quedó retespantado y gritó furioso:

—¡Si eso es conmigo, colega, sépase que no soy francesa!

—¡Toco madera! —dijo el joven.

Entonces Macunaíma le puso atención a una criadita con vestido de lino amarillo pintado, con extracto de tataíba. Ella iba atravesando el riachuelo por el tronco. Después de que pasó el héroe le gritó al puentecito:

—¿Vio alguna cosa, tronco?

—¡Le vi las gracias suyas!

—¿Cuál? ¡Cuá cuá cuácuá!...

Macunaíma dio un carcajadota. Siguió atrás de la pareja. Ya habían jugueteado y descansaban a orilla de la laguna. La patoja estaba sentada en el borde de una chalupa varada en la playa. Toda pilucha aún por el baño comía peces querepes vivos riéndose hacia el guacho. Echado de bruces en el agua junto a los pies de la piba sacaba las sardinetas de la laguna para que ella comiera. El chiquellerío de las olas montaba en sus espaldas pero resbalándose por el cuerpo desnudo mojado caía de nuevo en la laguna con risitas de gotas. La muchacha guachapeaba con los pies en el agua y era como un chisguete robado a la Luna lo que brincaba chistoso cegando al rapaz. Entonces ensartaba la cabeza en la laguna y salía con la boca llena de agua. La muchacha apretaba con los pies los cachetes suyos y recibía el chorro de lleno en la barriga, así. La brisa hilaba la cabellera de la joven estirando de uno en uno los pelos lacios sobre la cara suya. El guacho se dio cuenta de eso. Y asegurando la barba en la rodilla de la compañera irguió el busto fuera del agua, estiró el brazo hacia lo alto y principió por retirar los cabellos de la cara de la patoja para que se pudiera comer tranquila los careperros. Entonces para agradecer le ensartó tres sardinetas en la boca y riéndose mucho retiró la rodilla de un jalón. El busto del guacho ya no tuvo más apoyo y al instante se hoció en el agua hasta el fondo, y la piba para acabarla hacía fuerza en el pescuezo suyo con los pies. Sin darse cuenta por tanta gracia que hallaba en la vida, se venía resbalando. Se venía resbalando hasta que la canoa se volteó. Y que se voltee de una buena vez. La muchacha se llevó un tumbo, tan gracioso que cayó encima del guacho quien se enredó en ella talcualmente un cariñoso copey del monte. Todos los querepes huyeron mientras los dos jugueteaban en el agua otra vez.

Macunaíma se allegó cerquita. Sentado en el fondo de la igarité volteada, aguardó. Cuando vio que ya habían acabado de jugar, le dijo al chofer:

*—Hace tres días y que no como,
una semana que no jalo moco,
a Adán lo hicieron de barro,
sobrino, me da un cigarro.*

El chofer hizo segunda:

*—Discúlpeme, mi hermano
si cigarro no se le dio;
la cácara el fóforo y el habano
cayó al agua, se empapó*

—No se moleste que tengo —respondió Macunaíma. Sacó un cigarrera de carey hecha por Antonio del Rosario en el Pará, ofreció cigarros de mortaja de curatarí pal guacho y pa la chinuca, encendió un cerillo pa los dos y otro pa él tres, para la buena suerte. Después se espantó los mosquitos y principió por contar un caso. Así la noche pasaba más de prisa y uno no se fregaba con el canto de la perdiz-ondulada marcando las horas de oscuridad. Y así era:

—En el tiempo de endenantes, jóvenes, el automóvil no era una máquina tal y como hoy día, no. Era la onza parda. Se llamaba Palaguá y andaba por el gran mato Fulano. Entonces, Palaguá le dijo a los ojos suyos:

—¡Vayan a la playa del mar, mis verdes ojos, de prisa vamos de prisa!

Los ojos fueron y el puma quedó ciego. Pero levantó el hocico, husmeó el viento y percibió que Aimalá-Pódole, el Padre de la Tararira estaba andando allá por la lejanía del mar y gritó:

—Vengan de la playa del mar, mis verdes ojos, de prisa vamos de prisa.

Los ojos vinieron y Palaguá volvió a divisar de nuevo. Pasaba por ahí la tigre-prieta que era mucho muy feroz y platicó para Palaguá:

—¿Qué anda haciendo usted, comadre?

—Estoy mandando a mis ojos ver el mar.

—¿Y eso es bueno?

—¡Bueno es poco!

—¡Entonces mande a los míos también, comadre!

—Mandarlos mandarlos, mejor no, porque Aimalá-Pódole está en la playa del mar.

—¡Mándelos, que si no, me la trago, comadre!

Entonces Palaguá dijo así:

—Vayan a la playa del mar, amarillos ojos de mi comadre tigre. ¡De prisa,

vamos de prisa!

Los ojos fueron y la pantera quedó ciega. Aimalá-Pódole estaba allá y ¡guác! devoró los ojos de la tigre. Palaguá se las olió porque el Padre de la Tararira andaba fuerte de olores. Ya estaba por chispase. Pero la tigre-prieta que era muy feroz presintió la huida y le dijo a la onza parda:

—¡Espere un poco comadre!

—No ve que carezco de buscar lo de papear para mis hijos, comadre. Hasta otro día mejor.

—Primero mande mis ojos de vuelta, comadre, que ya me agarró un montón de apagón.

Palaguá gritó:

—Vengan de la playa del mar, amarillos ojos de mi comadre tigre. ¡De prisa, vamos de prisa!

Pero los ojos no volvieron y la tigre-prieta quedó hecha una furia.

—¡Ahora sí que me la trago, comadre!

Y corrió atrás de la onza parda. Fue un correteadero tan soberano por esas matas que ¡chii! los pajaritos se volvían pequeñitos y la noche se llevó tamaño susto que quedó paralítica. Por eso cuando es de día arriba de los árboles, dentro del mato es siempre de noche. La pobre no pudo andar más.

Cuando Palaguá corrió legua y media hacia atrás cansada. La tigre-prieta venía cerca. Entonces, Palaguá llegó a un cerro llamado Ibira-zoyaba y según eso, se topó con un yunque gigante, aquel que perteneció a la fragua de Affonso Sardiña en los principios de la vida brasileña. Junto al yunque estaban cuatro ruedas olvidadas. Entonces Palaguá se las ató a los pies para deslizarse sin mucho esfuerzo, y como se dice: salió destapada otra vez, y sacando chispa. La onza se tragó en un tris legua y media de terreno pero según eso venía que venía acosada por la tigre. Hacían tamaña monserga que los pajaritos estaban pequeñitos pequeñitos miedo y la noche más pesada aún por culpa de no poder andar. La alharaca era ensombrecida todavía más por los gemidos del ave mochuelo. Mocho, es el Padre de la Noche, de noche chichirimoche y de madrugada chichirinada, amistades, y lloraba la miseria de la hija.

Le agarró el hambre a Palaguá. Y la tigre como cola. Pero Palaguá ya no podía correr más rechinándole las tripas como le rechinaban y ahí de más lejos cuando pasó por la barra del Boipeba donde el demonio Ayacuá vivió, vio un

motor cerca y se tragó el tal. No bien le había caído a la barriga el motor, la pobre se dio nuevas fuerzas y se zafó. Anduvo legua y media y volteó hacia atrás. En eso, la tigre-prieta venía como que encima suyo. Estaba una oscuridad tal que sólo viéndola por culpa de las atravesuras de la noche y mero enfrente de un haz la onza se dio un tropezón temible en el derrame de un cerrito, y por un tris, y era una vez Palaguá. ¡Que patatín patatán! se atragantó dos luciernagotas y siguió con ellas entre los dientes para alumbrar el camino. No bien hizo otra legua y media y miró atrás. La tigre junto. Era por culpa de que la onza parda apestaba mucho y la otra plaga ciega tenía un husmeo como de perdiguero. Entonces, Palaguá ingirió un purgante de aceite de tártago, agarró una lata de esencia llamada gasolina, jaló justo y por allá se fue ¡fuam! ¡fuam! ¡fuam! como burro pedorro por ahí. La balumba era tan tamaña que ni se oyó el retintinar embrujado de platos rotos del cerro del Silbido por ahí. La tigre-prieta quedó toda aturdida por culpa de que estaba ciega y ya no olía más la catinga de la comadre. Palaguá corrió mucho más y miró hacia atrás. No divisó a la tigre. También ya ni podía correr más con las fosas echando humo de tan calientes. Había por ahí cerca un platanar enorme con un paular en la fajilla y todo porque ya habían llegado al puerto de Santos. Entonces la bicha se derramó agua cansada en el hocico y se desalentó. Después cortó una hoja guazú de mafafa y se escondió poniéndosela encima como si fuera capota. Y así durmió. La tigre-prieta que era mucho muy feroz hasta pasó por ahí, y la onza ni pío. Así la otra pasó sin percibir a la comadre. Entonces la onza, de puro miedo que iba a largar todo lo que la había ayudado a huir, anda siempre con rueda en los pies, motor en la barriga, purgante de aceite en la garganta, agua en la ñata, nafta en la rabadilla, los dos cocuyos en la boca y la capota de hoja de mafafa cubriéndola, ¡ay, ay! y lista para chispear. Principalmente si pisa en alguna marabunta de la hormiga llamada taxi y si alguna se trepa en la pelambre reluciente y muerde la oreja suya, ¡qué, qué, se chispa como demonio! Y pa disimular todavía se agarró un nombre extraño de esos. Es la máquina automóvil.

Pero por culpa de haber bebido agua cansada Palaguá padeció de estupor. Poseer automóvil propio es llevar estupor a casa, jovenazos.

Dicen que más tarde la onza parió una camada enorme. Tuvo hijos e hijas. Unos machos y otras hembras. Por eso la gente dice «un forcito» y dice «una chevrolé»...

«Hay más nada».

Macunaíma paró. Lloraba conmoción por la boca de los guachos. Sobre las aguas, el fresco hacía el muertito de barriga al aire. El zagal zambulló la cabeza para disfrazar la lágrima y se trajo un careperro en los dientes coleando como desesperado. Repartió la comida con la nami. Entonces allá en la puerta de casa un ocelote Fiat abrió las fauces y le himpló a la Luna:

—¡Bauá! ¡Bauá!

Se escuchó un ruiderío formidable y tomó cuenta del aire un hedor a berrenchín sofocante. Era Venceslao Prieto Prieta quien llegaba. El motorista se levantó y la criada también. Le extendieron la mano a Macunaíma, invitándolo:

—Don gigante llegó de viaje, vamos a saber todos cómo está.

Y así lo hicieron. Encontraron a Venceslao Pietro Pietra en la puerta de la calle conversando con un reportero. El gigante sonrió pa los tres y le dijo al motorista:

—¿Vamos allá adentro?

—¡Cómo no!

Piaíma poseía orejas agujeradas por culpa de los aretes. Se ensartó una pierna del muchacho en la oreja derecha, la otra en la izquierda y se fue cargando al guacho a sus costas. Atravesaron el parque y entraron en la casa. Mero en medio del jol vocapúa^[94] amueblado con sofás de bejuco-güira hechos por un judío alemán de Manaos, se veía un hoyo enorme que tenía encima un bejuco de zarzapilla hecho columpio. Piaíma sentó al gaucho en el bejuco y le preguntó si quería balancearse mucho. El cabro dijo que sí. Piaíma columpió columpió, y de repente dio un empujón. Las zarzas son espinosas. Las espinas perforaron la carne del chofer y principió por escurrir sangre en el hoyo.

—¡Basta, ya estoy servido! —era lo que el chofer gritaba.

—¡Balanza os digo! —secundaba Piaíma.

Escurría sangre. La caapora compañera del gigante estaba allá abajo del agujero y la sangre goteaba en un tacho de macarrón que estaba preparando pal compañero. El muchacho chillaba en el columpio:

—¡Ah, de tin-marín de do-pingüé si tuviera padre y madre a mi lado, cúcara mácara-títere fue, no estaría padeciendo en manos de este malvado!...^[95]

Entonces Piaíma dio un aventón muy fuerte en la liana y va al hoyo el mozo y el gozo al pozo sobre el tuco de la macarronada.

Venceslao Prieto Prieta fue a buscar a Macunaíma. El héroe ya andaba riéndose con la chinuca. El gigante le pidió:

—¿Vamos allá adentro?

Macunaíma extendió los brazos bisbiseando:

—¡Ay, qué flojera!...

—¡Ora! ¿Vamos o no vamos?

—Pos ni modo.

Entonces Piaíma hizo con él como había hecho con el chofer, cargó al héroe a cuestras de cabeza pa abajo y prendidos los pies en los agujeros de las orejas. Macunaíma aplomó la cerbatana y así patas pa arriba era como ver un tirador malabarista de circo, acertando en los huevitos del blanco. El gigante se sintió muy incómodo, se agachó percibió todo.

—¡No me haga eso, paisano!

Tomó la cerbatana y la arrojó lejos. Macunaíma agarraba cuanta rama le caía en la mano.

—¿Qué anda usted haciendo? —preguntó al gigante desconfiado.

—¡No ve que las ramas me están golpeando en la cara!

Piaíma puso al héroe de cabeza pa arriba. Macunaíma hacía cosquillas con las ramas en las orejas del gigante. Piaíma daba unas carcajadotas y saltaba de regocijo.

—¡No me amuele más, paisano! —le dijo.

Llegaron al jol. Bajo la escalera había una jaula de oro con pajaritos cantadores. Y los pajaritos del gigante eran culebras y yacarés. Macunaíma saltó a la jaula y empezó muy disimulado a comer culebra^[96]. Piaíma lo invitaba a ir al columpio pero Macunaíma devoraba culebras contando:

—Faltan cinco.

Y tragaba otro bicho más. Por fin las culebras se acabaron y el héroe lleno de rabia bajó de la jaula con el pie derecho. Miró lleno de rabia pal ratero de la muiraquitán y refunfuñó:

—¡Hhhm... qué flojera!

Pero Piaíma insistía en que el héroe se encaramara.

—Con eso de que no sé ni columpiarme. Mejor usté va primero —fue lo que Macunaíma rezongó.

—¡Qué yo ni qué nada, hérue! Es fácil como beber agua. Tal cual.

Arremóntese en la zarza y ¡zás, rápido: yo columpio!

Piaíma insistió pero él siempre le pedía al gigante balancearse primero. Entonces Venceslao Pietro Pietra se subió al bejuco y Macunaíma fue columpiando cada vez más fuerte. Y cantaba:

*Bano-bano balán
señor capitán-tano
espalda en el cinto
jinete en la mano.*

Y dio un empujón. Las espinas picaron la carne al gigante y la sangre estornudó. La caupora allá abajo no sabía que aquel sangrerío era del gigante suyo y arrojaba la lluvia en la macarronada. El tucú tomaba cuerpo.

—¡Para! ¡Para! —gritaba Piaíma.

—¡Balanza os digo! —Secundaba Macunaíma.

Columpió hasta atarantar al gigante y entonces dio un jalón mucho muy fuerte en el bejuco-harnavallo. Era porque había devorado rayos y centellas y estaba de veras severo. Venceslao Pietro Pietra trastabilló sobre el agujero cantando y berreando:

«Acitrón de un fandango, sango sango sabará que si de ésta me escapo no comeré más cristianos, con su triqui-triqui-trán».

Divisando la macarronada humeante allá abajo alharaqueó hacia ella:

—¡A un lado lo que os trago! ¡matarilirilirón!

¿Pero ustedes creen que el tacho se apartó? ¡Lagarto! El gigante cayó en la macarronada hirviendo y subió en el aire un olor tan fuerte de cuero cocido que mató a todos los ticoticos de la ciudad y al héroe le dio un soponcio. Piaíma ya muy debatido estaba más allá que pa cá. En un esfuerzo gigantesco aún se irguió desde el fondo del tacho. Se quitó los macarrones que le escurrían por la cara, reviró los ojos pa lo alto, se lamió el mostacho:

—¡Falta queso! —exclamó.^[97]

Y feneció.

Ese fue el fin de Venceslao Pietro Pietra, que era el gigante Piaíma comedor de gente.

Macunaíma cuando volvió en sí del patatús fue a buscar la muiquitán y partió en la máquina de Bondes pa la pensión. Hacía la de jeremías, así:

—¡Muiquitán, muiquitán de mi bella, la veo a usted pero no la veo a ella!

XV. El mondongo de Oibé

Entonces los tres manos volvieron pa la querencia suya. Estaban satisfechos pero el héroe andaba aún más contento que los otros porque tenía los sentimientos que sólo un héroe puede tener: una satisfacción soberana. Partieron. Cuando atravesaron el Pico del Jaraguá Macunaíma se volteó hacia atrás contemplando la morrocotuda ciudad de São Paulo. Rumirrumió pesaroso mucho tiempo y al final sacudió la cabeza murmulando:

—Mucha tambocha y poco bizcocho, luchas son que al Brasil dejan mocho.

Se secó el lagrimón y se arregló la bembita que le temblaba. Entonces artificio uno de sus tejemanejes!, sacudió los brazos en el aire y convirtió al cabañal gigante en un perezoso-aoaó^[98] todito de piedra. Partieron.

Después de mucho reflexionar, Macunaíma se gastó los últimos fierros comprando lo que más le entusiasmara de la civilización paulista. Estaban ahí con él el revólver Smith-Wesson el reloj de bolsillo Panthek y una parejita de gallinas Leghorn. Revólver y mollejón pasaron a ser los zarcillos de las orejas de Macunaíma y traía en la mano una jaula con el gallo y la gallina. No le quedaba ni un tostón de lo que había ganado en la quiniela pero colguijeándole de la jeta agujerada aún le brincoteaba la muiraquitán.

Y por causa de ella todo quedaba más fácil. Iban pescando al tuntún Araguaya abajo y cuando Yigué remaba Maanape guiaba la espadilla de palo. Se sentían de las mil maravillas otra vez. Pues entonces, Macunaíma muy canchero en la proa, tomaba en cuenta los puentes que era preciso construir o arreglar para facilitar la vida del pueblo goiano. Llegada la noche, divisando las lucecitas de los ahogados^[99] vagando mansas y al garete por los zurales del aluvión, Macunaíma mire y mire se adormecía rebién. Despertaba avivándose al otro día y erguido en la proa de la igarité con la argolla de la jaula ensartada en el brazo izquierdo, rasgueaba la guitarrita poniendo el grito en el cielo al cantar sus cuitas

por la querencia, así:

*Gaviota baquiano,
—Pirá-guaguaú,
Martín pescador cocinera
—Pirá-guaguaú,
taperá, ¿dónde está tapera,
a la vera del Uraricoera?
—Piráguaguaú...*

Y la mirada suya empinada recorría la piel del río en busca de los pagos de la infancia. Bajaba y cada olor de pez cada arbusto de achupalla cada algo de algo dejaba entusiasmo en él y el héroe ponía su espíritu jacarero en el cielo hecho un botarete payando pa naa y garrapateando trazos sin ton ni son.

*Tapera taperujo
—Caburé,
sube sube macho machaca,
—Caburé,
manos, vamos ahora
pa la vera de Uraricoera
—Caburé.*

Las aguas araguayas runruneaban llamando rumbo de la igarité con quejidos y allá a los lejos se venía la catinga pecedormecida de las Uiaras^[100]. Vei, la Sol, daba de chaguarazos en el costado relumbrante de sudor de los remeros Maanape y Yigué, y en el velludo cuerpo en pie del héroe. Era un bochorro chorreado que hacía fuego sobre el delirio de los tres. Macunaíma se acordó que era Emperador de la Selva-Espesa. Trazó un gesto en la Sol, gritando:

—¡Eropita boiamorebo!^[101]

Luego, el cielo se oscureció de sopetón y una nube arrebol subió del

horizonte atardeciendo la calma del día. La rubor se fue viniendo, se fue viniendo y era la bandada de carapaicos y guacamayos-rojos, todos esos parlanchines, era el loro-hablador era el loro-gorro-colorado era la viudita era el lorito-real era el choro el guaro-barriga-roja el loro-burrón ararí ararica ara-azul aura ara-roja cuiú-cuiú perico-ojo-blanco papagayo-papayo maracaná maracano cotorra-cabeza-azul chacharaco choroy chiripepe guacamayamarillazul churiquitas periquitos, todos ellos, el cortejo pintarrajeado de Macunaíma Emperador. Y todos esos chocarreros formaron una tienda de alaridos y alas para proteger al héroe del despecho vengativo de la Sol. Era una chacarrachaca de aguas dioses y pajaritos que ya no se escuchaba nada más y la igarité medio se quedaba al garete. Pero Macunaíma asustando a los *legghorns* trazaba de vez en cuando un gesto delante de todo y gritaba:

—¡Había una vez un vacuno-amarillo, quien hable primero se come todo su chorrillo!^[102] ¡Tilín-tilín, bongo-cero que llegó!

El mundo enmudeció si decir ni pío y el silencio venía a magullar la tibieza de la sombra en la gran panga. Y se oía ahí a lo lejos ahí a lo lejos bajito bajito el bululú del Uraricoera. Entonces se entusiasmaba más el héroe. La guitarrita repiqueteaba temblona. Macunaíma expectoraba arrojando escupitinajos al río y mientras el esputo se hundía transformado en asquerosos tortugones morrocayos mata-matás^[103], el héroe ponía el grito en el cielo hecho un tarambana y sin siquiera saber lo que payaba ya:

*Panapaná pá-panapaná
panapaná pa-panpanema:
Papa de papada-popa,
—Manita,
en la vera del Uraricoera.*

Después, la boca-de-la-noche se atragantó todas las bullas y el mundo quedó dormido. Había sólo Capei, la Luna, enorme de gorda, rechoncha como sólo la cara de las polacas después de una noche de ésas, guapachosas, cuánta joda feliz cuánta cuñá bonita y cuánta chicha de cachirí. Entonces se quedó medio magullado por el recuerdo de lo sucedido en el gran cabañal paulistano. Vio a

todas aquellas doñas de piel albita con quienes jugueteara de marido y mujer, ¡qué bueno era!... Susurró dulcemente: «¡Maní! ¡Maní, hijitas de la mandioca!...». Le agarró una conmovida temblorina en la bamba suya que por poco la muiraquitán se cae al río. Macunaíma se volvió a ensartar la tembetá en la jeta. Entonces pensó en serio en la dueña de la muiraquitán, en la camorrera, con un demonio de sabrosa y que lo maltrataba tanto, Ci, Ah, Ci, Madre de las Matas, marvada que se hizo apreciable porque lo llevó a dormir en la hamaca trenzada con cabellos suyos... «Amor así de lejos sólo los catalejos...» remachó. ¡Qué sortilegio de marvada!... Y estaba allá en el camperío del cielo trajinando empilchada paseándose toda acicalada jugueteando quién sabe con quién. Tuvo celos. Levantó los brazos asustando a los *legghorns* y le rezó al Padre de Amor:

¡Rudá! ¡Rudá!
Tú que estás en el cielo
y mandas en las lluvias
¡Rudá, haz que mi amada
por más que consiga compañeros
encuentre que todos son aguados!
¡Arresóplale a esa marvada
soledades de su marvado!
¡Haz que se acuerde de mí mañana
cuando la Sol se haya ido en el poniente!...

Ojeó bien pal aire. No había Ci. No, sólo Capei, gordinflona, abarcando todo. El héroe se echó largo y tendido en la chalupa, se hizo una cabecera con la jaula y se adormeció entre cagachines jejenes y cénzalos.

La noche se estaba amarillando cuando Macunaíma se despertó con los gritos de los tordos en un bambudal. Indagó con la vista y dio un salto hasta la playa, diciendo a Yigué:

—Espera un ratitito.

Se adentró bien en el mato, legua y media. Fue a buscar a la linda Iriquí, compañera suya que ya había sido la mitacuna-mí de Yigué y que esperaba emperejilándose y rascándose los ácaros asentada en las raíces de una Ceiba. Los

dos se festejaron, jugaron mucho y vinieron pa la igarité.

Cuando fue allá por el mediodía del papagayerío se extendió de nuevo resguardando a Macunaíma. Y así por muchos días. Una tarde el héroe estaba muy enfadado, se acordó de dormir en tierra firme, y así lo hizo. No bien pisó la playa cuando se irguió enfrente suyo un monstruo. Era el bicho Pondé un mochuelo de Marañón-Amazonas^[104] que se volvía gente de noche y se engullía a los caminantes. Pero Macunaíma agarró la flecha que tenía en la punta la cabeza chata de la santa hormiga llamada curupé, y ni siquiera apuntó, acertando muy pero muy chévere. El bicho Pondé tronó volviéndose búho. Más adelante atravesando una planicie cuando subía por un espigón lleno de chipotes se topó con el monstruo Mapinguarí^[105] hombre-mono que anda en las matas perjudicando a las muchachitas. El monstruo agarró a Macunaíma pero el héroe se sacó pa fuera el toaquizú y se lo mostró a Mapinguarí.

—¡No, no se confunda, amista!

El monstruo se rió y dejó a Macunaíma pasar. El héroe anduvo legua y media buscabdo un paradero sin hormigas. Se atalayó en la punta de un cumarú de cuarenta metros y por fin después de mucho campear descubrió una lucecita lejos. Allá fue y se topó con un rancho. Y era el bohío de la cobra amazónica Oibé. Macunaíma tocó y una vocecita muy dulce pujó de allá adentro:

—¡Quién vive!

—¡Es de paz!

Entonces la puerta se abrió y apareció tamaño bicho que requetespantó al héroe. Era el monstruo Oibé temible lombrizón. El héroe sintió un friecito por dentro pero se acordó de la Smith-Wesson, se dio ánimo y pidió posada.

—Adéntrese usted que ésta es su casa.

Macunaím entró, se sentó en un canasto y así se quedó. Por fin preguntó:

—¿Qué, no vamos a platicar?

—Vamos.

—¿Pero sobre qué?

Oibé se rascó la barbilla rumirrumiando y de repente descubrió satisfecho:

—¡Vamos platicando marranadas!

—¡Chii! ¡Eso me gusta horrores! —exclamó el héroe.

Y conversaron una hora de chanchadas.

Oibé estaba cocinando la comidita suya. Macunaíma no tenía hambre

ninguna pero botó la jaula en el suelo y sólo de puro cabulero se refregó la mano en la barriga y dijo:

—¡Guác!

Oibé refunfuñó:

—¡Qué son esas chácharas!

—¡Es hambre es hambre!

Oibé tomó una batea, botó ñame con frejoles dentro, llenó un mate con harina de tapioca y le ofreció al héroe. Pero no le dio ni un cachito de mondongo que asaba en un espetón de canela de sasafrás que dejaba su buen aroma. Macunaíma se atragantó todo sin masticar y no tenía nada de hambre pero se le hizo agua la boca por culpa de las achuras que se asaban así y asado. Se refregó la mano en la panza y dijo:

—¡Guác!

Oibé rezongó:

—¡Qué hueveo es ése!

—¡Es sed es sed!

Oibé agarró una cubeta y fue a buscar agua al pozo. Mientras iba, Macunaíma sacó la canela de sasafrás de las brasas, se tragó todo el triperío entero sin masticar y se quedó muy tranquilo esperando. Cuando el lombrizón trajo el balde, Macunaíma bebió en un coco. Después se desperezó suspirando:

—¡Guác!

El monstruo se retespantó:

—¡Pero qué vainas son ésas!

—¡Es sueño es sueño!

Entonces Oibé llevó a Macunaíma al cuarto de huéspedes, dio las buenas-noches y cerró la puerta por fuera. Fue a cenar. Macunaíma botó la jaula en un rincón, cubriendo a la pareja de gallinas con unos percales. Argüendeó bien por el cuarto. Había un ruidito sin parada venido de todas partes. Macunaíma golpeó la yesca del encendedor y vio que eran cucarachas. Así mero se trepó en la hamaca no sin dejar de espiar que no le faltara nada a los *legghorns*. El par andaba hasta contento comiendo cucarachas. Macunaíma se ríó con ellos, eructó y durmió. Al poco rato ya estaba tapizado de cucarachas que lo lamían todo.

Cuando Oibé se dio cuenta de que Macunaíma se había comido el mondongo, le dio rabia. Agarró una campanita y envolviéndose en una sábana

blanca fue a hacerla de espantos pal huésped. Pero era sólo de broma. Llamó a la puerta y motivó la campanita, ¡ti-lín!

—¿Quiúbole?

—Vine a buscar mi mondongo-dongo-dongo-dongo-dongo-cero, ¡ti-lín!

Abrió la puerta. Cuando el héroe divisó la visión quedó con tanto miedo que ni se movió. Claro que no sabía que era Oibé. La fantasma se iba viniendo:

—Vine a buscar mi mondongo-dongo-dongo-dongo-dongo-cero, ¡ti-lín!

Entonces Macunaíma percibió que no era aparición ni que nada, sino el monstruo Oibé temible. Se dio valor, agarró el arete de la oreja izquierda, que era la máquina revólver, y asestó un tiro en el espanto. Pero Oibé ni caso hizo y se fue viniendo. El héroe volvió a tener mieditis. Saltó de la hamaca, jaló la jaula y se escabulló por la ventana, dejando cucarachas por todo el camino. Oibé corrió atrás. Pero era sólo de chiste que quería comer héroe. Macunaíma arremetió agreste fuera pero en eso seguía que seguía acosado por el lombrizón. Entonces se botó el dedo pica-tortas en la boca, se hizo cosquillas y arrojó el atracón de harina. La harina se convirtió en arenal mientras el monstruo luchaba por atravesar aquel mundo de arena movediza, Macunaíma huía. Tomo por la derecha, bajó el cerro de la Rumorosa que suena de siete en siete años, siguió por unas manchitas de mato y después de cortar por un vado agitado de arrecifes recorrió Sergipe de cabo a rabo y paró jadeante en un escarpado muy pedregoso. En frente había un peñasco enorme perforado por una caverna con un altarcito dentro. En la boca del socavón estaba un fraile. Macunaíma le preguntó al capuchino:

—¿Cómo se llama el nombre suyo?

El fraile dejó en el héroe sus ojos fríos y contestó con pachorra:

—Yo soy Mendoza Mar, pintor. Disgustado con la injusticia de los hombres hace tres siglos que me alejé de ellos metiendo la cara en la Tierradentro del sertón. Descubrí esta gruta y erguí con mis propias manos este altar de Bom Jesús de Lapa y vivo acá perdonando gente, mudado pa Fray Francisco de la Soledad.

—Está bueno —Macuaníma dijo. Y se chispó.

Pero el terreno estaba lleno de socavones y luego más adelante estaba otro desconocido haciendo un gesto tan tonto que Macunaíma se paró retespantado. Era Hércules Florence^[106]. Ponía un vidrio en la boca de un tunelcito-chumí,

tapaba y destapaba el vidrio con una hoja de monstera-deliciosa. Macunaíma preguntó:

—¡Orale, ájale, újule! ¡A poco usted no va a decirme lo que anda haciendo ahí, ñor!

El desconocido se volteó hacia él y con los ojos relumbrantes de alegría pronunció:

—*¡Gardez cette date: 1827. Je viens d’inventer la photographie!*

Macunaíma dio una carcajadota.

—¡Chii! ¡Qué años hace que inventaron eso, ñor!

Entonces Hércules Florence fue derribado por el estupor sobre la hoja de monstera-deliciosa y principió anotando con música una memoria científica sobre el canto de los pajaritos. Estaba simplemente loco. Macunaíma se las tomó.

Después de correr legua y media miró hacia atrás y vio que Oibé ya venía cerca. Se metió el índice en el gañote y allá fue a dar al suelo todo el ñame tragado convirtiéndose en un tortuguerío agitagitándose. Oibé sudó para contornar aquella inmundicia de carapachos y Macunaíma escapó. Legua y media adelante miró hacia atrás. En eso Oibé venía pisándole la cola. Entonces volvió a ponerse el dedo pica-tortas en el garguero y ¡guác! guacareó poroto y agua. Todo se convirtió en un tremendo tremendal de sapos-toros y mientras Oibé se debatía atravesando todo aquello el héroe recogía unas lombrices pa las gallinas y partía con premura. Llevaba mucha delantera y paró para reposar. Se quedó reteadmirado porque había corrido tanto que andaba otra vez por la puerta del bohío de Oibé. Resolvió esconderse en el huerto. Había un árbol de carambolos y Macunaíma principió por arrancar ramas del carambolo para parapetarse abajo. Las ramas cortadas se agarraron goteando agua de lagrimón y se dejó oír el lamento del carambolo:

*Jardinero de mi padre,
no me cortes mis cabellos
que el malvado me enterró
por higos del higerón
que el Pajarito comió...
—¡Chó, chó, pajarito, chó!*

Todos los pajaritos lloraron de pena chillando en los nidos y el héroe se quedó helado de susto. Agarró el fetiche que traía entre los colgijes del pescuezo y trazó una mandinga. El carambolo se convirtió en una princesa rete chic. Al héroe le dieron muchas ganas de jugar con la princesa pero Oibé ya debía de estar estallando por ahí. Y de hecho:

—Vine a buscar mi mondongo-dongo-dongo-dongo-dongo-cero, ¡ti-lín!

Macunaíma le dio la mano a la princesa y salieron disparados. Más adelante había una higuera con las arcabas enormes. Oibé ya les pisaba los talones y Macunaíma no tenía tiempo pa naa. Entonces se metió con la princesa en la hendidura de aquellos contrafuertes. Pero el lombrizón metió el brazo y así agarró la pierna del héroe. Iba a jalar pero Macunaíma dio un carcajadón de pura experiencia y dijo:

—Usté está imaginando que agarró mi gamba, y no. Esto es raíz, pedazo.

El lombrizón soltó. Macunaíma gritó:

—¡Pos era mi mera pierna pedazo de alcornoque!

Oibé volvió a ensartar el brazo pero el héroe ya había encogido la pierna y el lombrizón halló pura raíz. Había una garza cerca. Oibé habló con ella:

—Divina-Garza, ponga ojo avizor en el héroe. No lo deje salir que voy a buscar un azadón para cavar.

La garza se quedó al pendiente. Cuando Oibé ya estaba lejos Macunaíma le dijo:

—¿Y bueno, pavota, es así que se pone juicio en un héroe? ¡Quédese de cerca y saltando los ojos!

La garza lo hizo. Entonces Macunaíma tiró un puñado de hormigas de fuego en los ojos suyos y cuando la Divina-Garza gritaba por la ceguera se salió del agujero con la princesa y se escabulleron de nuevo. Cerca de San Antonio del Mato Grosso se toparon con un banano y andaban muertos de hambre. Macunaíma le dijo a la princesa-carambolo:

—Arresúbase, coma verdes que son las buenas y aviente las amarillas pa mí.

Ella lo hizo. El héroe se hartó mientras la princesa bailaba sus cólicos para que éste notara Oibé ya venía llegando y los dos chisparon hicos de hamaca otra vez.

Después de correr legua y media más, por fin llegaron a un firme acuchillado

del Araguaya. Pero la igarité estaba varada bien más abajo en la otra orilla con Maanape, Yigué y la linda Iriquí, toda esa compañía durmiente. Macunaíma miró hacia atrás. Oibé casi ahí. Entonces se botó el dedulce en el garguero por última vez, se hizo cosquillas y arrojó el mondongo al agua. Los chinchulines se convitieron en un camalote de totoras tules espadañas pajas-bravas muy mullido. Macunaíma puso la jaula con cuidado en lo blanducho, echó a la princesa ahí y dándose impulso con el pie en la orilla, apartó de la playa el camaloterío que las aguas fueron llevando. Oibé llegó pero los fugitivos iban lejos. Entonces el lombrizón que era un lobisón^[107] famoso principió a tiritar, fue criando rabo y se convirtió en aguar á-coyote. Abombachó el gañote desencantado y salió de la panza suya una mariposa azul. Era alma de hombre presa en el cuerpo del lobo por artes de birlibirloque del monstruo Carrapatú terrible que frecuenta la gruta de Iporanga.

Macunaíma y la princesa jugueteaban llevados por la corriente río abajo. Ahora se están riendo el uno para el otro.

Cuando pasaron junto a la igarité los manos se despertaron con los gritos de Macunaíma y se fueron atrás. Iriquí se puso luego celosa porque el héroe ya no quería quererla y sólo jugueteaba con la princesa-carámbolo. Y para ver si reconquistaba al héroe destapó un lloriqueo incontenible. Yigué tuvo pena de ella y le pidió a Macunaíma que fuera a jugar con Iriquí un buen ratito, Yigué era muy zonzoso. Pero el héroe que ya le tenía ojeriza a Iriquí le respondió:

—¡Iriquí es muy singracia, mano, pero la princesa, uepa! ¡No, no les des bolilla a Iriquí! «No olvidés, me decía Fierro, / que el hombre no debe creer / en lágrimas de mujer / ni en la renguera del perro». ¡Ayayay, malhaya quien caiga!...

Y se fue a jugar con la princesa. Iriquí se quedó triste triste, rete triste, llamó a seis aras cuiú-cuiú y subió con ellas pal cielo, llorando luz ya convertida en estrella. Las guacamayas-amarillas también fueron estrellas. Son Siete-Cabrillas.

XVI. Uraricoera

Al otro día Macunaíma amaneció con mucha tos y una fiebrequita sin parada. Maanape desconfió y fue a hacer un menjunje de germen de palta, creyendo que el héroe esta tísico. En cambio era paludismo, y la tosedera se había hecho venir por esa laringitis que todo el mundo carga de São Paulo. Ahora Macunaíma se pasaba las horas echado de bruces en la proa de la canoa y ya nunca más volvería a sanar. Cuando la princesa-carambolo no se aguantaba más y venía pa jugar, el héroe hasta una vez se rehusó suspirando:

—¡Ara... qué flojera!

Al otro día alcanzaron la cabecera de un río y escucharon de cerca el bululú del Uraricoera. Ahí era. Un pajarito yaacabó trepado en una mata munguba, al ver la farra se puso a gritar entretanto:

—¡Entren santos pe-regrinos pé-regrinos, recibán este rincón!

Macunaíma agradeció feliz. De pie asistía al paso del paisaje. Se dejó venir el fuerte de San Joaquín erigido por el mano del gran Marqués. Macunaíma dejó un ta-luego pal cabo y pal soldado que sólo traían un pedazo deshilachado de calzón y la cuartelera en la cabeza y que vivían vigilando a las tambochas de los cañones. Al final todo fue haciéndose concocidísimo. Se divisaba el cerro manso que había sido madre un día, en el lugar llamado Padre de la Tocandeira, se divisaba el traicionero ámbito palustre entretejido de regias victorias-avatí-urupí amazónicas tapujando a las anguilas-eléctricas y a las conchudas-huistoras. Y siguiendo el abrevadero de la danta se vio el sombrío sembradío convertido en quemada ¡y qué iba a hallar al volver! tan sólo halló una tapera. Macunaíma lloró.

Atracaron y se introdujeron en la tapera. Venía entrando la boca-de-la-noche. Maanape y Yigüé resolvieron que iluminados con hachos atraparían algún pez y la princesa fue a ver si se topaba con algún tentempié pa comer. El héroe se

quedó descansando. Así estaba cuando sintió en el hombro el peso de una mano. Volteó la cara y miró. Junto a él estaba un anciano de barba. El carcamal le dijo:

—¿Quién eres tú, noble extranjero?

—Yo no soy ningún extraño, conocido. Soy Macunaíma el héroe y vine a parar de nuevo en tierra de los míos. ¿Y usted quién es?

El vejo se espantó a los mosquitos con amargura y secundó:

—Soy Joao Ramalho^[108].

Entonces el fundador se ensartó dos dedos en la boca y silbó. Aparecieron la mujer de él y su prole de quince familias en escalerita. De ahí partieron en mudanza a procura de nuevos pagos donde no hubiera nadie.

Al otro día bien tempranito se fueron todos a laburar. La princesa fue al sembradío Maanape al mato y Yigüé al río. Macunaíma se disculpó, subió en la piragua y se dio una llegadita hasta la boca del Río Negro pa buscar su conciencia dejada en la isla de Marapatá. ¿Y ustedes creen que la halló? ¡Lagarto! Entonces el héroe agarró la conciencia de un hispanoamericano, se la enjaretó en la cabeza y se dio bien de la misma manera.

Pasaba un cardumen de sabaleros-yaraquí en desova. Macunaíma se fue pescando distraído distraído y cuando vio ya andaba en Óbidos, y el guampo llenecito de pescado fresco. Pero el héroe se vio obligado a tirar todo porque en Óbidos «quien come yaraquí se queda por aquí» según dicen, y él tenía que regresar al Uraricoera. Volvió y como el día caía a plomo se echó a la sombra de un pico-de-loro se espulgó las garrapatas y durmió. Al llegar la tarde todos volvieron pa la tapera pero Macunaíma no. Los otros salieron a esperar. Yigüé se acucilló colocando la oreja sobre el suelo pa ver si oía los pasitos del héroe y nada. Maanape se atalayó en el rebrote de una palmicha de moricha pa ver si divisaba el brillo de los aretes del héroe y nada. Entonces salieron por la mato y la caapuera gritando:

—¡Macunaíma, mano nuestro!...

Y nada. Yigüé llegó bajo el algarrobo y grito:

—¡Mano nuestro!

—¡Qué fue eso!

—¡Usté, apuesto que ya estaba durmiendo!

—Qué durmiendo ni qué nada, es que. Lo que estaba era engatusando a una perdiz de monte-rojiza. Usté hizo bulla y la perdiz se desperdigó por ahí.

Volvieron. Y así todos los días. Los manos andaban muy desconfiados. Macunaíma se las olió y disimuló muy bien.

—Yo cazo pero no encuentro nada. Yigué ni chicha ni limonada, se pasa el día echadote.

A Yigué le dio rabia porque el pez rareaba y la caza ni qué decir. Se fue a la playa del río a ver si pescaba algo y se topó con el hechicero Tzaló-lo que tiene una pierna sólo. El curandero poseía una calabaza encantada hecha con la mitad de una cáscara de zapallo. Zambulló la jícara en el río, la llenó de agua hasta la mitad y rocío la playa. Entonces cayó una morondanga de peces. Yigué notó todo lo que el yerbatero hacía. Tzaló largó la calabaza por ahí y empezó a matar peje con una macana. Entonces Yigué se robó la jícara del hierve-yerbas Tzaló-lo que tiene una pierna sólo.

Poco después haciendo que ni cuenta se había dado se vino mucho pez, se vino payara-machete se vino pacú viejas-de-cola caribe-pinche capaburro pavón, todos esos peces y Yigué volvió cargado pa la tapera después de esconder el mate en la raíz de un jaramango. Todos quedaron restespantados con aquel mundo de peces y comieron rebién. Macunaíma se las olió.

Al otro día esperó con el ojo izquierdo durmiendo a que Yigué se fuera a pescar y salió atrás. Descubrió todo. Cuando el mano se fue, Macunaíma dejó la jaula de los *legghorns* en el suelo y agarró la calabaza escondida haciendo como el mano. Tal cual. En eso se vinieron muchos peces, vino carecaballo vino palambre vino camaroncito-cocil bagre-marino bagre-sapo manduví-bigotón surubí-pintado, todos esos peces. Macunaíma arrojó el catabre por ahí, en las prisas de matar todos los peces, y el guaje hizo parará en un pedrejón y ¡guác! se zambulló en el río. Pasaba la payara-machete llamada Padzá. Imaginó que eran calabazas, y se tragó la jícara. Esta se convirtió en la panza de Padzá. Entonces Macunaíma se puso la jaula en el brazo volvió pa la tapera y contó lo sucedido. A Yigué le dio rabia.

—Cuñada princesa, yo soy quien pesco, su compañero se queda tiradote bajo el pico-de-loro y todavía pasa a fregar a los demás.

—Mentira.

—¿Entonces qué hizo usted hoy?

—Cacé venado.

—¿Y on-tá?

—Comí, Juan. Fui andando por un camino, y ¡zás!, me topé con el rastro de un guazubirá, no, no, de un guataparo. Me agaché y seguí el rastro. Mirando, mirando, ven, me di un cabezazo con una cosa blanda, qué chistoso. ¿Saben lo que era?, pues el mapa-mundi del venado, raza. (Macunaíma dio una carcajadota). El venado aún me preguntó: —¿Qué anda haciendo ahí, pariente? —Venadeándote —le secundé. Y maté al guazubirá que comí con tripas y todo. Venía trayendo un trozo pa ustedes, y ¡zás! me atrompecé y al atravesar el ojo-de-agua, di un tumbo, el pedazo fue a dar lejos y la hormiga tanayura hizo sus necesidades en él.

La patraña era tan tamaña que Maanape desconfió. Maanape era hechicero. Se allegó juntito al mano y preguntó:

—¿Usté anduvo de caza?

—Este... pos... si fui.

—¿Y qué fue lo que cazó?

—Venado.

—¿Que qué?

Maanape hizo un gesto grande. El héroe guiñó de miedo y confesó que todo era pura camama^[109].

Al otro día Yigué estaba campeando el mate cuando se encontró con el tatú-carreta hechicero llamado Caicá que nunca tuvo mamá. Caicá sentado a la puerta de la madriguera jaló la guitarrita suya hecha con la otra mitá de la calabaza encantada y se agarró cantando así:

*Vote vote coendú,
de bóbilis bóbilis coatí.
Vote votetayazú.
De bóbilis bóbilis pecarí.
Vote vote canguzú.
¡Eh!...*

Y así se vinieron muchas cazas. Yigué sólo ojos. Caicá lanzó la guitarrita encantada por ahí, agarró una macana y fue a matar a todo ese mundo de cazas que andaban hechas unas atarantadas. Entonces Yigué se rateó la guitarrita del

hechicero Caicá que nunca tuvo mamá.

Más adelante cantó tal y cual había escuchado y se vino un diluvio de caza parándosele mero enfrente. Yigué regresó cargado pa tapera después de escender la guitarrita en la raíz de otro bejuco. Todos volvieron a espantarse y comieron bien. Macunaíma volvió a desconfiar.

Al otro día esperó con el ojo izquierdo durmiendo a que Yigué partiera, y fue atrás. Descubrió todo. Cuando el mano volvió pa la tapera, Macunaíma agarró la guitarrita, haciendo tal y cual había visto y se vino un titupuchal de caza, venados jutías osos-hormigueros carpinchos armadillos aperemas pacas aguarachayes nutrias tortugas-escorpión cochemontes iguanas báquiras tapires, la danta zapatera, onzas, el jaguar el cunaguaro el chibiguazú, puma ocelote laucha, eso era la morondanga de cazas. El héroe tuvo miedo de tan tamaño bicherío y salió en un carretón soberano lanzando la guitarrita lejos. La jaula ensartada en el brazo suyo iba haciendo un parará en los troncos y el gallo y la gallina se traían un cacareo ensordecedor. El héroe suponía que era del bicherío y se chispaba más aún.

La guitarrita cayó en el diente de un jabalí que tenía el ombligo en el lomo^[110] y se partió en diez veces diez pedazos que los bichos se tragaron creyendo que era zapallo. Los pedazos se convirtieron en las vejigas del alimañerío.

El héroe destapó tapera dentro hecho un desesperado y echando los bofes por la boca. No bien podía respirar que ya contaba lo sucedido. A Yigué le dio odio y dijo:

—¡Ahora sí que ni cazo ni pesco más nada!

Y se fue a dormir. Todos empezaron a pasar hambre. Bien que pedían pero Yigué saltaba en la hamaca y cerraba los ojos. El héroe juró venganza. Simuló un anzuelo con diente de anaconda y le dijo al fetiche:

—Anzuelo de mentiras, si mano Yigué viene a probarlo, entonces entre en la mano suya.

Yigué no podía dormir de tanta hambre y divisando el anzuelo le preguntó al mano:

—¿Mano, este anzuelo está bueno?

—Magnífico —dijo Macunaíma y continuó limpiando la jaula.

Yigué decidió ir de pesca porque de veras andaba asolado por la gazuza y

dijo:

—Deja ver si el anzuelo es bueno.

Agarró el fetiche y lo probó en la palma de la mano. El diente de anaconda entró en la piel y virtió todo el veneno ahí. Yigué corrió pa las matitas y por más que masticó y tragó ñame de nada le valió. Entonces fue a buscar una cabeza de aruco que había sido expuesta a picadura de víbora. Se puso en la mano. De nada le valió. El veneno hizo una herida leprosa y principió por comerse a Yigué. Primero se comió un brazo después la mitad del cuerpo luego las piernas después la otra mitad del cuerpo luego el otro brazo por fin el pescuezo y la cabeza. Sólo quedó la sombra de Yigué.

A la princesa-carambolo le dio odio. Era ella quien ultimadamente jugueteaba con Yigué. Macunaíma bien que se dio cuenta, pero pensó: «Planto mandioca y me nace ñame, del ladroncio de casa nadie se espante, paciencia.». Y había encogido los hombros. Rabiosa la princesa le dijo a la sombra:

—Cuando el héroe se vaya a pasear el hambre usté se convierte en un marañón en un banano y en un churrasco de venado.

La sombra era envenenada por culpa de la lepra y la princesa quería matar a Macunaíma.

Al otro día el héroe se despertó con tanta hambre que se fue de solaz paseando. Se topó con un marañón lleno de frutas. Quiso comer pero presintió que era la sombra leprosa y siguió adelante. Legua y media después se topó con una humeante barbacoa de venado. Ya andaba morado de hambre pero se dio cuenta que el churrasco era la sombra leprosa y prosiguió. Legua y media después se topó con un plátano cargadito de pencas maduras. Pero el héroe ya estaba que veía bizco de tanta hambre. La bizcura lo hizo ver de un lado la sombra del mano y del otro el plátano.

—¡Así que puedo comer, digo!

Y devoró todas las pencas. Y los plátanos eran la sombra leprosa del mano Yigué. Macunaíma iba a morir. Entonces se acordó de pasar la enfermedad en los otros^[111] pa no morir solito. Agarró una hormiga tambocha y se la resfregó bien en la herida de la nariz, la hormiga ya fue gente como nosotros y la tambocha quedó leprosa. Entonces el héroe agarró la hormiga yaguatací y se hizo lo mismo. Yaguatací quedó leprosa también. Entonces fue el turno de la hormiga aqueque devoradora de semillas y de la hormiga quenquén, de la

hormiga tracuá y de la hormiga mumbuca rete prieta todas quedaron leprosas. Ya no había más hormigas en derredor del héroe sentado. Se quedó con pereza de estirar el brazo porque ya estaba moribundo. Esperó visita de la salud, se dio fuerza y agarró al mosquito barigüí picando la rodilla suya. Pasó la enfermedad al mosquito barigüí. Por eso es que ahora cuando ese mosquito pica gente, entra en la piel, atraviesa el cuerpo y sale del otro lado mientras que el agujerito de entrada se convierte en esa horrenda breva llamada *Leichmaniosis* llagada de Baurú.

Macunaíma había pasado la lepra en otras siete gentes y se puso sano al instante, volviendo pa la tapera. La sombra de Yigüé confirió que el héroe era muy inteligente y quiso volver desesperada junto de la familia. Era ya de noche y confundiéndose con la oscuridad la sombra ya no hallaba camino cerca. Se sentó en una piedra y berreó:

—¡Fueguito, cuñada princesa!

La princesa, que iba rengueando mucho porque estaba enferma con los dengues del mal de San Vito, vino con un tizón alumbrando camino. La sombra se tragó al fuego y a la cuñada. Berreó de nuevo:

—¡Fueguito, mano Maanape!

Maanape vino luego con otra antorcha afarolando camino, y se arrastraba inerte porque la vinchuca o mal de chagas había chupado la sangre suya y Maanape estaba palúdico. La sombra se tragó el fuego y a mano Maanape. Después berreaba:

—¡Fueguito, mano Macunaíma!

Quería tragarse al héroe también pero Macunaíma percibiendo lo que había sucedido con el mano y la compañera dejó la puerta amparejada y se quedó quietecito en la tapera. La sombra pedía fueguito, pedía y al no recibir respuesta se lamentó hasta la madrugada. Entonces Capei apareció iluminando la tierra y la leprosa pudo llegar a la tapera. Se sentó en el acanyará del umbral y esperó al día pa vengarse del mano.

De mañana todavía estaba acucillada allí. Macunaíma se despertó y escuchó. No se oía nada y concluyó:

—¡Ara! ¡Se fue!

Y salió pasear. Cuando traspasó la puerta la sombra se trepó en el hombro suyo. El héroe no malicio nada. Estaba pasando hambres pero la sombra no lo

dejaba comer. Todo lo que Macunaíma atrapaba la sombra se lo tragaba: — Tamorita mangarito ñame merey mamey plátano-dominico caimito banana-enana ananás guanábana fruta-bomba esas comidas del mato. Entonces Macunaíma fue a pescar porque ahora ya no tenía quien lo hiciera por él. Pero cada pez que sacaba del anzuelo y lo arrojaba en la chistera la sombra brincaba del hombro, se tragaba el pescado y volvía a encaramarse otra vez. El héroe medito: «¡Tate quieto que si no, te arreglo!». Cuando el pez picó Macunaíma hizo un esfuerzo heroico, dio un bruto empujón en la vara de forma que el impulso hizo que el pez fuera a parar allá por la Guayana. La sombra fue tras el pez. Entonces Macunaíma cimarroneó mato fuera en sentido opuesto. Cuando la sombra regresó, sin encontrar más al mano disparó en busca del rastro suyo. Después de correr un poco, atravesar la tierra de los indios *tatús-blancos* y darse tamaño susto, tanto que pasó sin pedir permiso entre la sombra de Jorge Velho y la sombra del Tiñoso Fumbí quienes discutían, el héroe, cansadísimo, miró hacia atrás y vio que la sombra ya venía llegando. Estaba en Paraíba y tan sin ganas de chispearse que paró. Era porque el héroe estaba con paludismo. Cerca había unos trabajadores destruyendo hormigueros para construir un azud. Macunaíma les pidió agua. No había ni jota pero le dieron una jícara con raíces de jícama. El héroe mató la sed de los *leghorns*, agradeció y gritó:

—¡Que con el diablo la lleve quien trabaja!

Los trabajadores cuquearon al perrerío contra el héroe. Eso mero era lo que quería porque tuvo pavor y se chispó rebién. Al frente se abría el camino de las boyadas. En eso Macunaíma venía que venía acosado por la sombra y ni titubió: se metió por el atajote. Más adelante dormía tumbado un toro zebú llamado Espacio que había venido del Piauí. El héroe se dio un trompazo con él de tanta enjundia. Con eso el toro salió en un galope loco del susto y por allá se fue cegado manantial abajo. Entonces Macunaíma lo atajó por un picadero sin remedio y se parapetó bajo un mocumuco. La sombra escuchaba el ruidazal del astado a galope y supuso que era Macunaíma. Fue atrás. Alcanzó al torazo y pa no perder el paso de pasadita hizo palo de gallinero del lomo suyo, y cantaba satisfecha:

*Aquí traigo ya al torito
pero no para torearlo*

lo traigo para pasearlo.

*Voy a dar la vueltecita
sígueme torito
te espero aquí, aquí te espero
sígueme torito.*

Y así nunca más pudo comerse al toro, la sombra se tragaba todo antes que el bicho. Entonces el astado fue quedando zurumbático lerdo y esquelético. Cuando pasó por el rincón llamado Agua Dulce cerca de Guararapes, el torito miró retespantado mero en medio del arenal la vista linda, y un naranjo lleno de sombra con una gallinita ciega picoteando debajo. Era señal de muerte. La sombra mortificada cantaleteaba ahora:

*Ahora sí ya te encontré
donde me dijo el Maestro.
Te encontré y voy a lazarte
para llevarte a la hacienda...*

*He de regresar ahí
para traerlo a mi tierra
que venga a sentarse
en la puerta del mirador
que venga a mirar la vuelta
que voy a dar en su honor.*

Al otro día el astado estaba muerto. Enverdecía y enverdecía. La sombra con mucho pesar se consolaba payando ya:

*Murió el toro rebravo...
Siento a la niña bonita
que dejé en la plaza de Salvatierra.*

Lloró cuando me volví a mi tierra.

Y el Buen Jardín era una estancia del Río Grande del Sur. Entonces se dejó venir una gigante al que le gustaba jugar con el astado. Vio al toro en la tumba, lloró bien llorado y se quiso llevar el cadáver consigo.

A la sombra le dio rabia y cantó:

*¡Arretírate, giganta
que el caso es peligroso!
¡Quien se retiró amante
hace acción de generoso!*

La gigante agradeció y se retiró danzando. Entonces pasó por ahí un individuo llamado Manuel da Lapa cargado de hojas de Marañón y de ramas de algodón. La sombra saludó al conocido:

*¡Don Manué que viene del Montón,
don Manué que viene del Montón
viene cargadito de hoja de marañón!*

*¡Don Manué que viene del sertón
don Manué que viene del sertón,
viene cargadito de rama de algodón!*

Manuel da Lapa se quedó muy orondo con el saludo y pa agradecer danzó zapateado y cubrió el cadáver con las hojas de cajuil y las ramas de guata.

El viejo-mandinguero ya estaba sacando a la noche el agujero y la sombra toda confundida no veía más al toro tumbado bajo los copados y el follaje. Empezó a danzar en procura suya. Una luciérnaga se admiró de aquello y cantó acompañando:

*Ahora ya lo saben pues
señores compañeritos:
donde quiero que me entierren
no sea en tierra consagrada.
Entiérrenme en pleno campo
donde se pasa el ganado.*

Así fue como la sombra secundó cantando. Entonces la luciérnaga danzando voló abajo del tronco y le mostró el buey a la sombra. Esta se trepó en la panza verde del muerto y ahí se quedó llorando.

Al otro día el toro se pudría. Entonces vinieron muchos iribús, vino el chinichicora sapitiba, vino el irubú-chato el aura el jote el zope el cuervo-de-caza-amarilla que sólo come ojos y rabadilla, todos esos cabezas-pelonas y principiaron a danzar contentos. El mayor encabezaba la danza cantando:

*¡Iribú es huella fea fea fea!
¡Iribú es brinco limpio limpio limpio!*

Y era el oripopo, rey-zamuro, el Padre del Yrybú. Entonces mandó a un zopilotito-piá a entrar dentro del cachón a ver si ya estaba bien podrido. El gallinacito lo hizo. Entró por una puerta y salió por otra diciendo que sí y todos chacotearon en un guateque juntos danzando y cantando:

*Cuando pase por ahí
la niñita ha de decir
Dios me socorra que aquí
está enterrado, y difunto
mi buen caporal Mayor.*

*¡Oh... eh bumbá
descanse mi buey!*

*¡Oh... eh bumbá
descanse en paz!*

Y fue así que inventaron el bendito mitote del Torotumbo, también conocido como Boi-Bumbá.

A la sombra le dio rabia que se estuvieran comiendo al buey suyo y saltó sobre el hombro del oripopo. El Padre del Yrybú quedó muy satisfecho y gritó:
—¡Hallé compañía pa mi cabeza, raza!

Y voló a las alturas. Endenantes el rey-zamuro había tenido sólo una cabeza.

XVII. Osa Mayor

Macunaíma se arrastró hasta la tapera ya sin gente. Estaba muy contrariado porque no comprendía el silencio. Se había quedado como muertito sin lloronas, en un abandono total. Los manos fueron de veritas transformados en la cabeza izquierda del rey-zamuro y uno ni siquiera se encontraba cuñataís por ahí. El silencio empezaba a cabecear de sueño a orillas del Uraricoera. ¡Qué enfado! ¡Y principalmente, ahí!... ¡Qué flojera!...

Macunaíma se vio obligado a abandonar la tapera cuya última pared empalizada con palma de sotole se venía abajo. Pero la malaria no lo dejaba con ímpetu ni de construir un caney. Había traído la hamaca para lo alto de un teso donde había una piedra con guacas de dinero enterrado abajo. Amarró la hamaca entre dos cajuiles frondoseando y no salió más de ella por varios días tumbado a la bartola encanijado y comiendo marañones. ¡Qué soledad! El mismo séquito pintarrajeado se disolvió. No ven que un papagayo guaro-catinga pasó muy apurado por ahí. El guacamayerío le preguntó al pariente que adónde iba.

—¡Maduró maíz en tierra de los Ingleses, y allá voy!

Entonces todos los loros se fueron a comer maíz a la tierra de los Ingleses. Pero primero se volvieron periquitos porque así comían y eran los periquitos quienes se llevaban la fama^[112]. Sólo quedó ahí un loro retetarabilla. Macunaíma se consoló cavicavilando: «Lo mal habido, el diablo se lo lleva, paciencia». Se pasaba los días amorriñado y se distraía haciendo repetir al pajarraco en el habla de la tribu los casos que habían sucedido al héroe desde la niñez. ¡Aaah!... Macunaíma bostezaba chorreando marañón, muy dejadote en la hamaca, con las manos atrás haciéndolas de cabecera, con la parejita de *legghorns* haciendo palo de gallinero de sus pies y el loro-aruaí en la panza. Venía la noche. Aromatizado por las frutas del cajuil, el héroe se achinchorraba rebién en el sueño. Cuando el rayar del otro día venía, el loro destapaba el pico del ala y se tomaba el café de

mañana devorando a las arañas que de noche urdían ñandutí de las ramas hacia el cuerpo del héroe. Después parloteaba:

—¡Macunaíma!

El dormilón ni se movía.

—¡Macunaíma! ¡Oh, Macunaíma!

—Deja a uno dormir, aruaí.

—¡Alevántate, héroe! ¡Ya es de día!

—¡Ah, qué flojera!...

—¡Mucha tambocha y poco bizcocho, luchas son que al Brasil dejan mocho!...

Macunaíma daba un carcajadón y se rascaba la cabeza tapizada de coruco que es el piojo de la gallina. Entonces el loro repetía el caso aprendido en la víspera y Macunaíma se enorgullecía de tantas glorias pasadas. Lo sacudía el entusiasmo y se ponía a contarle al aruaí otro caso más rimbombante. Y así todos los días.

Cuando la Papacenas que es la estrella vespertina se aparecía remilgando pa que las cosas se fueran a dormir, el aruaí arguyía rezongando por culpa de la historia que quedaba a medias. Una vez hasta insultó a la estrella Papacenas. Entonces Macunaíma le contó:

—¡A ella sí no la insultes, aruaí! Taína-Can es bueno. A Taína-Can que es la estrella Papacenas le da pena la tierra y manda a Émoron-Pódole para dar el sosiego del sueño de este mundo, a todas esas cosas que pueden tarse sosiegas porque no poseen pensamiento como nosotros. Taína-Can es individuo también. Relumbraba allá en el vasto campal de los cielos y la hija mayor del curaca Zozoyaza de la tribu carayá, una solterona llamada Imaeró, dijo así:

—Padre, Taína-Can reluce tan bonito que quiero mancornarme con él. Zozoyaza se rió bastante porque no podía dar a Taína-Can en casorio pa la hija mayor. No. Entonces vino bajando el río una piragua de plata, un remero saltó de ella, golpeó en el quicio y le dijo a Imaeró:

—Yo soy Taína-Can. Escuché vuestro pedido y vine en piragua de plata. ¡Por fa, cáseme conmigo!

—Sí —respondió ella contentísima.

Dio la hamaca al prometido y la ñaña se fue a dormir con la mana más joven llamada Denaqué.

Al otro día cuando Taína-Can saltó de la hamaca todos se requetespantaron. Era un vetarro arrugado, temblequeando tanto como la luz de la estrella Papacenas. Entonces, Imaeró gritó:

—¡Vete yendo, chocho! Ya parece que me voy a casar con un carcamal. Pa mi ha de ser un guacho rebravo arrecho y de nación carayá.

Taína-Can se quedó zurumbático zurumbático y principió a imaginar sobre la injusticia de los hombres. Pero la hija menor del cacique Zozoyaza se apiadó del vetarro y dijo:

—Yo me casó con usted.

Taína-Can relumbró de regocijo. Se ajustaron. Denaqué preparando el ajuar cantaba noche y día:

—Mañana a estas horas, furrún-fun-fun.

Zozayaza respondía:

—Yo también con vuestra madre, furrún-fun-fun.

Después de que se acaben los dedos de vuestras manos, lorito, que son de espera pal prometido, en la hamaca trenzada por Denaqué se jugueteó danza de amor, furrún-fun-fun.

No bien rayaba el día, y Taína-Can saltó de la hamaca diciendo a la compañera:

—Voy a los matorrales a la roza-tumba y quema. Ahora usted se me queda en el mocambo y nunca me vaya al conuco a espiar.

—Sí —dijo ella.

Y se quedó en la hamaca, piense y piense en lo chistoso que era aquel viejito extraño, que le había dado la noche de amor más sabrosa que uno se imagine.

—Taína-Can tumbó caña, le echó fuego a todos los chinchorros de hormigas y barbechó la tierra. En aquel tiempo la nación carayá no conocía las buenas plantas. Era sólo pez y bicho con lo que un carayá se atragantaba.

En la otra madrugada Taína-Can le dijo a su compañera que iba a buscar semilla pa sembrar y repitió la salvedad. Denaqué se quedó echadota en la hamaca por mucho rato, meditabundando en las guapas sabrosuras de las noches de amor que el bueno del vetarro le daba. Y se fue a tramar.

Taína-Can se dio una llegadita al cielo, fue hasta el arroyo Beró, oró y poniendo una pierna en cada lado del arroyo esperó al pendiente del agua. En poco tiempo se dejaron venir a flor de piel del agüita las semillas de las

palomitas-de-maíz, el tabaco, la yucamarga, todas esas buenas plantas. Taína-Can apañó lo que pasaba, bajo el cielo y se fue al conuco a plantar. Estaba trabajando bajo la Sol cuando Denaqué apareció. Era porque ella de pura morriña de las noches de amor quiso ver al compañero dador de esas valientes sabrosuras. Denaqué dio un grito de alegría. Claro que Taína-Can no era vejete. Taína-Can era un rapaz rebravo arrecho y de nación carayá. Se hicieron un mullido de tabaco y de ñami y jugaron saltiteando bajo la Sol.

Cuando volvieron al mocambo riéndose mucho el uno para el otro, Imaeró hizo rabieta. Gritó:

—¡Taína-Can es mío! ¡Fue por mí que vino del cielo!

—Mala suerte —fue lo que Taina-Can cantó—. Cuando yo quise usted no quiso, ¡pos ora joróbese!

Y se trepó en la hamaca con Denaqué. Imaeró desinfeliz suspiró así:

—¡No le hace caimán, que tus lagunas se han de secar!

Y salió gritando por las matas. Se convirtió en el ave-campanero que se desgañita amarillo de envidia en el callarquirirí del mato diurno.

Desde entonces por la pura bondad de Taína-Can es que el Carayá come mandioca y choclo y posee tabaco para enmitotarse.

Y de todo lo que los Carayás carecían, Taína-Can iba al cielo y regresaba trayendo. Pa no hacer el cuento largo, Denaqué de pura abusada se puso a enamorarse de todas las estrellitas del cielo. Todo iba saliendo tan bien. Pero Taína-Can, que es la Papacenas, divisó todo. Con eso, hasta le escurrió rocío de tan triste, agarró sus morondangas y se fue, yendo pal vasto campal de los cielos. Se quedó allá, y ya no trajo nada más. Si la Papacenas continuara trayendo las cosas del otro lado, el cielo sería acá, todito nuestro. Ahora es sólo de nuestro deseo.

«Hay más nada».

El lorito dormía.

Una vuelta al llegar enero, Macunaíma se despertó tarde con el piadero presagiente de la piaya. Sin embargo era un día hecho y la cerrazón ya había entrado pal agujero. El héroe tembló y apapachó el fetiche que traía en el pescuezo, un huesito de guacho-chico muerto pagano. Buscó el aruaí, había desaparecido. Sólo el gallo y la gallina peleaban por culpa de una veintiúnica araña. Hacía un calurón parado tan inmenso que se escuchaba la campanita de

vidrio de los chapulines. Vei, la Sol, se escurría por el cuerpo de Macunaíma, haciendo rosquillitas, convertida en mano de patoja. Eran firuletes de la vengativa, sólo por culpa de que el héroe no se macornó con una de las hijas de luz. La mano de pebeta venía y se deslizaba retemansita en el cuerpo. ¡Qué ganas en los músculos pinchados por primera vez después de tanto tiempo! Macunaíma se acordó que hacía mucho no jugueteaba. El agua fría dizque es buena pa espantar las ganas. El héroe se escurrió de la hamaca, se quitó la pelusa de telarañas que vestía todo el cuerpo suyo y bajando hasta el valle de Lágrimas fue a tomar un baño en un remanso cercano que el cheré-cheré del tiempo-de-las-aguas había convertido en un lagunón.

Macunaíma colocó con cuidado a los *leghorns* en la rambla y se allegó al agua. La laguna estaba toda cubierta de oro y plata y develó el rostro dejando ver lo que había en el fondo. Y Macunaíma divisó allá en el fondo a una cuñá lindísima, albita y lo mortificaban más y más las ganas. Y la cuñá lindísima era la Uiara.

Se venía allegando, así como quien no quiere la cosa, con muchas danzas, le guiñaba, al héroe, parecía que decía «¡Aviéntese, mi moquenquén! » y se apartaba con muchas danzas así como sin querer la cosa. Le dieron al héroe unas ganas tan inmensas que estiró el cuerpo suyo y la boca se le humedeció:

—¡Maní!...

Macunaíma quería con la doña. Ponía el dedo gordo del pie en el agua y en un tris la laguna volvía a cubrirse el rostro con las telas de oro y plata. Macunaíma al sentir el frío del agua, retiraba el dedote.

Así fue muchas veces. Se aproximaba el pináculo del día y Vei estaba enojadísima. Animaba como hinchapa que Macunaíma cayera en los brazos traicioneros de la joven del lagunón y el héroe con miedo del frío. Vei sabía que la Lola no era ninguna Lola sino que era la Uiara. Y la Uiara se venía allegando otra vez con muchas danzas. Era toda una bonitura. Superfirulítica. Morena y chapeadita como la cara del día e igual al día que vive rodeado de noche, ella se intrincaba la cara en los negros cabellos cortos tal y cual si fueran alas de graúna. Tenía en el perfil severo una naricita tan ñoña que ni servía pa respirar. Pero como sólo se mostraba de frente y hacía fiestas sin voltear, Macunaíma no veía al agujero del cogote por donde la pérvida respiraba. Y el héroe en un ata y desata de indeciso. A la Sol le dio bronca. Agarró un rabo-de-armadillo de puro

calurón y chaguarazeó el lomo del héroe. La doña ahí, dizque abriendo los brazos pa mostrar las gracias cerrando los ojos muy querendona. Macunaíma sintió fuego en el espinazo, se estremeció, hizo tino, y se arrojó al buen tuntún como ¡guác! encima de ella. Vei lloró de victoria. Las lágrimas cayeron en la laguna como una ducha de oro y de oro. El día caía a plomo.

Cuando Macunaíma volvió a la playa se notaba que había peleado mucho allá por el fondo. Se quedó de bruces un tiempazo con la vida colgándole de los respiros exhaustos. Estaba sangrando con mordiscos por todo el cuerpo, sin pierna derecha, sin los dedos gordos sin los cocos-locos-de-Bahía sin orejas sin nariz sin ninguno de sus tesoros. Por fin pudo levantarse. Cuando se dio ten con ten de las pérdidas se puso furioso contra Vei. La gallina cacareó dejando un huevo en la playa. Macunaíma lo agarró y lo zampó en la carota feliz de la Sol. El huevo se desparramó rebien por los cachetes de ella que se ensució de amarillo por siempre de los siempres. Atardecía.

Macunaíma se sentó en un peñasco que ya había sido galápago en tiempos de endenantes y se puso a contar los tesoros perdidos bajo el agua. Y eran tantos, era una piernamocha los dedos gordos, eran los cocos-locos-de-Bahía eran las orejas los dos aretes hechos con la máquina Mollejón-Pathek la máquina Smith-Wesson, la nariz todos esos tesoros, El héroe saltó dando un grito que acortó el tamaño del día. Las pirañas se habían comido también la bamba suya y la muiraquitán. Se puso como loco.

Arrancó un monte de barbasco ayaré jebe y conapí todas esas plantas y atosigó para siempre el lagunón. Todos los peces murieron y se quedaron haciendo la plancha panza arriba, barrigas azules barrigas amarillas barrigas rosadas, todo ese barriguerío pintarrajeando la faz de la laguna. Era la sobretardecita.

Entonces Macunaíma destripó a todos esos pescados, todas las pirañas y todos los bufeos, esculcando barrigas por la muiraquitán. Un soberano sangrerío escurrió sobre la tierra y todo quedó derrochando sangre. Entraba la boca-de-la-noche.

Macunaíma campee y campee. Halló los dos aretes halló los dedos gordos halló las orejas los tompiates la nariz, todos esos tesoros y se los pegosteo con caña de azúcar-sapé y cola de pez. Pero no encontró ni pierna un muiraquitán. Habían sido devorados por el monstruo Ururalo que no muere ni con barbasco ni

a palos. La sangre coagulada se ennegrecía cubriendo la playa y el lagunón. Era noche-tumbada.

Macunaíma campeaba y volvía a campar. Soltaba gritos de lamento achicando con la bulla el tamaño del bicherío. Y nada. El héroe se enmataba campo adentro, saltando sobre la pierna sola. Gritaba:

—¡Recuerdo! ¡Recuerdo de mi marvada! ¡No la veo a ella ni a usted ni a nada!

Y saltaba más. Las lágrimas goteaban de los ojitos azules suyos sobre las florecitas blancas del campo. Las florecitas se tiñeron de azul y fueron los no-me-olvides. El héroe ya no podía más y paró. Cruzó los brazos con una desesperación tan heroica que todo se amplió en el espacio para contener el silencio de aquella pena. Sólo un mosquito raquitiquito infernizaba más la desgraciación del héroe, zumbando finito: «Zun-zun zun-zumbá-baé...».

Entonces Macunaíma dejó de encontrarse gracia a esta tierra. Capei nuevecita relumbraba allá por el altiplano cielo. Macunaíma se encontraba aún medio indeciso sin saber si se iba a vivir al cielo o a la isla de Marajó. Por un momento pensó de veras no radicar en la ciudad de la Piedra con el enérgico Delmiro Gouveia, pero le faltó ánimo. Pa vivir allá, tal y como había vivido era imposible. Hasta era por eso que ya no le hallaba el chiste a la Tierra. Todo lo que había sido la existencia suya a pesar de tantos casos tanto jugueteo tanta ilusión tanto sufrimiento tanto heroísmo, al final no dejaba de ser sino un dejarse llevar; y para parar en la ciudad del Delmiro o en la isla de Marajó que son de esta Tierra se menestaba que ello tuviera sentido. Y ya no tenía ánimo para alistarse. Así pues se decidió:

—¡Sonó! Cuando el gallinazo anda empingorotado el de abajo caga al de encima, este mundo no tiene arreglo, me voy pal cielo.

Se iba pal cielo a vivir con la marvada. Iba a ser el brillo hermoso aunque inútil de una constelación más. No hacía nada mal que fuera brillo inútil. No. Por lo menos era el mismo de todos esos parientes de todos los padres de los vivos de su tierra, madres padres manos cuñas cuñadas cuñataís, todos esos conocidos que viven ahora del brillo inútil de las estrellas.

Plantó una semilla de bejuco-matapalo, el hijo-de-la-luna, y mientras el bejuco crecía una piedrita puntiaguada y escribió en el peñasco que ya había sido galápagos en tiempos muy de endenantes:

No pasé por el mundo para ser piedra^[113].

El matapalo largamente embejucado, se aferraba ya a una de las puntas de Capei. El héroe pernimocho se ensartó la jaula de los *legghorns* en el brazo y se fue subiendo pal cielo. Cantaba con cuita:

—*Vamos con la despedida,*
—*Taperá.*
Tal y cual el pajarito,
—*Taperá.*
Tendió alas, se fue yendo
—*Taperá.*
Dejó la pena en el nidito
—*Taperá...*

Allegándose allacito llamó en el barracón de Capei. La Luna bajó al patio y preguntó.

—¿A qué es a lo que venís, pernimocho Sací?^[114]

—La bendición, mi madrina, ¿no me da pan con harina?

Entonces Capei se dio cuenta de que no era Sací. No. Era Macunaíma el héroe. Pero no quiso darle posada, acordándose de la jedentina antigua del héroe. Macunaíma se zurró. Dio una buena tanda de reveses en la cara de la Luna. Por eso es que tiene aquellas manchas oscuras en la cara.

Entonces Macunaíma fue a tocar en casa de Cayuanog, la estrella-de-la-mañana. Cayuanog se apareció en la ventanita pa ver quien era y confundida por la prietura de la noche y por la cojera del héroe, preguntó:

—¿Qué es lo que quiere, pernimocho Sací?

Pero luego se dio perfecta cuenta de que era Macunaíma el héroe y ni esperó la respuesta con sólo acordarse de que recalcitraba olores.

—¡Váyase a bañar! —dijo cerrando la ventanita.

Macunaíma volvió a encanijarse y gritó:

—¡Sal pa la calle, flor-de-cabrón!

Cayuanog se agarró un susto enorme y se quedó temblando mientras espiaba por el ojo de la cerradura. Por eso es que la bonita estrellita es tan pequeña y temblequea tanto.

Entonces Macunaíma fue a llamar en casa de Pauí-Pódole, el Padre del Paují. Pauí-Pódole le quería mucho porque lo había defendido de aquel mulato de la mayor mulatería en la fiesta de la Cruz del Sur. Pero exclamó:

—¡Ah, hérue, tarde piaste! Era un gran honra para mí recibir en mi pocilga a un descendiente de galápago, raza primera de todas, En el comienzo era sólo el Gran Galápago lo que existía en la vida. Fue él quien en el silencio de la noche se sacó de la barriga un individuo y su cuñá. Estos fueron los primeros fulanos vivos y las primeras personas de vuestra tribu, Después vinieron los demás. ¡Llegaste tarde, hérue! Ya somos doce y con usted seríamos de a trece en la mesa. ¡Lo siento mucho en el alma pero llorar no puedo!

—¡La mala lliga sana, la mala fama mata! —fue lo que el héroe amalhayó.

Entonces a Pauí-Pódole le dio lástima Macunaíma. Hizo una mandinga. Agarró tres palitos, los aventó para lo alto haciendo encrucijada y convirtió a Macunaíma con todo el tendero suyo, gallo gallina jaula reloj y revólver, en una nueva constelación. Es la constelación de la Osa Mayor.

Dicen que un profesor, por supuesto que alemán, anduvo desperdigando por ahí que por causa de la pierna sola la Ursa Mayor era el Sací pernimocho... ¡Y no, no es cierto! El Sací aún para por este mundo desparramando hogueras y bosquejando crines de bagual, La Osa Mayor es Macunaíma. Es el mero mero héroe pernimocho que de tanto penar por la tierra sin bizcocho y con mucha tambocha, se fastidió de todo, y se fue por ahí paseando con la nostalgia mortal a su lado por todo el vasto campal de los cielos.

Epílogo

Acabó la historia y murió la victoria.

No había más nadie por allá. Dio el tángolo-mángolo en la tribu Tapañumas y las criaturas de ella se acabaron de una en una. No había más nadie por allá. Aquellos lugares aquellos campos oquedales veredas vericuetos roquedales, aquellas matas misteriosas, todo era la soledad del páramo. Un silencio inmenso dormía a la orilla del río Uraricoera.

Ningún conocido sobre la tierra se acordaba de hablar en el habla de la tribu ni de contar aquellos casos tan rimbombantes. No. ¿Quién podría saber del héroe? Ahora los manos convertidos en sombra leprosa eran la segunda cabeza del Padre del Yrybú y Macunaíma era la constelación de la Ursa Mayor. Nadie, jamás de los jamases, podría saber tanta historia bonita y el habla de la tribu retinta extinta. Un silencio inmenso dormía a la orilla del río Uraricoera.

Una vuelta, un hombre se allegó allacito. Era de madrugada y Vei mandaba a sus hijas visar la venía de las estrellas. Era tan tamaño lo desierto que mataba a los peces y a los pajaritos de pavor y la propia naturaleza se desmayaba y caía en un gesto largado por ahí. Era una inmensidad muda que estiraba despacio el tamañazo de los árboles en el espacio.

De repente ante el maltrecho pecho del hombre cayó una voz del enramado:

—¡Currr-pac, papac! ¡currr-pac, papac!...

El hombre se quedó frío del susto como guacho-chico. En breve se vino una brisa de colibrí y vibravibró sobre los bruces del hombre:

—Riquerín Rique rán, aquí hacen rín allá hacen rán.

Y subió apurado hacia los árboles. Siguiendo el vuelo del pájaro-mosca, el hombre miró arriba.

—¡Jala-la-rama, memo! —el chupaflor se rió. Y escabulló.

Entonces el hombre descubrió en el enramado un aruaí verde de pico dorado

aguaitando hacia él, quien luego le dijo:

—Dame la patita, lorito.

El loro se posó en la cabeza del hombre y los dos se acompañaron. Entonces el pajarraco principió a parlotear en un habla mansa, muy nueva, harto que era canto y era chicha de jora con miel de colmena, que era buena y poseía la traición de las frutas desconocidas del mato.

La tribu acabó, la familia se redujo a sombras, la choza deleznárase minada por las tambochas y Macunaíma se había subido ya al cielo. Pero quedó el lorito real del séquito de aquellos tiempos de endenantes en los que el héroe fue el gran Macunaíma Emperador. Y sólo el loro en el silencio del Uraricoera preservaba del olvido los casos y el habla desaparecidos. Sólo el loro chocarrero conservaba entre el silencio, las frases y los hechos del héroe.

Todo le contó al hombre y después el lorito real ahuecó el ala rumbo a Portugal. Y el hombre soy yo amistades, y me quedé para contaros la historia. Por eso es que vine aquí. Me auclillé encima de estas hojas, espulgué mis garrapatas, llegué las yemas a la guitarra y en toque de rasgueo puse la boca por el mundo cantando en el habla impura las cosas y los casos de Macunaíma, héroe de los nuestros.

«Hay más nada».

Sobre este ePub

Este libro electrónico se adaptó según el estándar de [Proyecto Scriptorium](#), a partir de la edición disponible gratuitamente, en formato [pdf](#), en:

[Fundación editorial El perro y la rana](#),
Ministerio del Poder Popular para la Cultura,
Gobierno Bolivariano de Venezuela.



MÁRIO DE ANDRADE. (São Paulo, 9 de octubre de 1893 — São Paulo, 25 de febrero de 1945). Fue un poeta, novelista, musicólogo, historiador, crítico de arte y fotógrafo brasileño. Uno de los fundadores del Modernismo Brasileño.

Andrade ejerció una influencia enorme en la literatura moderna brasileña. Como ensayista y estudioso —fue un pionero en el campo de la etnomusicología— su influencia trascendió las fronteras de Brasil.

Fue la figura central del movimiento de vanguardia de São Paulo durante veinte años, impulsando el Modernismo en todas las disciplinas que practicaba.

Sus fotografías y ensayos, que cubrían una amplia variedad de asuntos, de la historia de la literatura y la música, fueron ampliamente divulgados en la prensa de la época.

Fue la fuerza motriz detrás de la Semana de Arte Moderno, evento ocurrido en 1922 que reformuló la literatura y las artes visuales en Brasil. En su libro de poesía, *Paulicéia Desvariada* (1922) delineó las ideas soporte de la Semana.

Después de trabajar como profesor de música y periodista, publicó su mayor novela, *Macunaíma*, en 1928.

Continuó publicando obras sobre música popular de Brasil, poesía y otros temas, aunque debió interrumpir su actividad debido a relaciones inestables con

el gobierno.

Durante sus últimos años de vida, fue director fundador del Departamento Municipal de Cultura de São Paulo, formalizando el papel que había desempeñado durante mucho tiempo, como catalizador de la modernidad artística en la ciudad y en el país.

Notas

[1]*Uraricoera*. Río del Amazonas; nace en la cuesta oriental de la sierra Parimá, próximo a Venezuela, y junto con otros, va a formar el Río Branco. Este, a su vez, desemboca en el Río Negro, tributario del Amazonas. Como se verá en el transcurso del libro, el *Uraricoera* funciona casi siempre como sinécdoque, representando la totalidad de la región amazónica (G. M.S.). <<

^[2]Tribu legendaria de amerindios del Brasil, de piel negra. <<

[3]*Macunaíma*. El nombre de Macunaíma y de sus hermanos, así como gran parte de las peripecias y de los rasgos distintivos de la psicología de los mismos, fue extraído de las leyendas recogidas por Koch Grünberg (*Von Roraima zum Orinoco: Ergemnisse einer Reise in der Nordbrasilien und Venezuela in den Jahren 1911-1913*, cinco volúmenes, Mario de Andrade utilizó el segundo volumen dedicado a los mitos y leyendas de los taulipangue y arecuná. Etimológicamente el término «Macunaíma» contiene como parte esencial la palabra *Maku* —el malo— y el sufijo *ima* —grande—. El nombre significaría, en consecuencia, el *Gran Malo*; pero para Mario de Andrade designa sobre todo «el héroe sin ningún carácter», como está definido en el subtítulo del libro, o sea, «nada sistematizado en psicología individual o étnica» (M. A.). Los personajes de Koch Grünberg, cuyos rasgos psicológicos y aventuras sirvieron para la elaboración de los protagonistas y del enredo, son, sobre todo: Kalawunseg, el Mentiroso; Kenowo; Macunaíma y el cuñado perezoso de Etetó. Además, fueron extraídos elementos de fuentes muy diversas, de la ficción o de la realidad, como gradualmente se irá advirtiendo por las notas. <<

^[4]*Muruá, poracé, toré, bacororó, cincog* (*murua, poracê, bacorocô, cucuicogue*). Nombres de danzas religiosas indígenas. El proceso enumerativo, común al pensamiento salvaje y a la literatura erudita inspirada en lo popular, será utilizado exhaustivamente en el libro, como recurso estilístico, con intención poética, con el propósito de hacer sonoridades curiosas, nuevas e incluso a veces cómicas. (G. M. S.). <<

^[5]*Brujencia de payé Reg Nagó (pagelança Rei Nago).* Fiesta de hechicería religiosa de origen indígena. El rey Nagô es una de las divinidades de ese rito.

<<

^[6]*Agua en un cencerro (agua num chochalho).* Beber agua de *chocalho* (milagrosa) para alcanzar locuacidad. Es una creencia difundida en el nordeste brasileño. <<

^[7]7. *Sofará*. Personaje de la mitología amerindia; después del diluvio ella repobló la tierra con su marido. Corresponde a la mujer de Noé. <<

[8] *Piá*. Mario de Andrade difundió ampliamente el término, utilizándolo como sinónimo de «niño». <<

^[9]*Currupira* o *curupira*. Una de las entidades malévolas más populares del Brasil. Es el protector de los animales y de las florestas, y engañador por excelencia que extravía al hombre en la selva tropical. Su característica dominante es la de tener los pies vueltos hacia atrás. El encuentro con Currupira fue extraído de una leyenda transcrita por Barbosa Rodrigues en su libro *Poranduba amazonense*. <<

[10]*Tepití de ivamitara (tipiti de jasitara)*. Cesto de hojas de palmeras donde se exprime la mandioca rallada. <<

[11] *Añanga (anhangá)*. Entidad maléfica de la mitología indígena. Confundida con el diablo por los primeros investigadores. Dios del campo, protector de la caza entre los Tupís. <<

[12]*Chévere (marupiara)*. Expresión tupí-guaraní que designa al individuo fuerte o feliz, idóneo en todo lo que emprende, ya se trate de caza, pesca o juego. El término es empleado por el autor con mucha frecuencia en su prosa de ficción.

<<

[13] *Requinto-cocho (cotcho)*. Guitarra mística con encordado de tripa de mono.

<<

[¹⁴]Referencia a la costumbre de la *couvade* —reposo del hombre tras el parto de la compañera— frecuente en las tribus brasileñas. <<

[15]Manifestación típica del preconcepto del Sur contra el Norte. <<

[16] *Boa Prieta* (*Cobra Preta* o *Boiúna*). Uno de los mitos más populares del Amazonas. Aparición nocturna de los ríos que irrumpe, por lo general bajo la forma de una enorme serpiente negra, a la que se le atribuyen los sucesos más inverosímiles. En este fragmento, Mario de Andrade atribuye a la Serpiente negra la costumbre que la creencia popular reconoce en general a las víboras: la de chupar la leche de las mujeres que están amamantando. <<

[17]Según una tradición aún vigente, la *muiraquitá* habría sido una ofrenda que las Amazonas daban a los hombres en recuerdo de su visita anual. <<

[18]*Tembetá*. Designación tupí de todo objeto duro o aro de piedra que algunas tribus usan en el labio inferior, perforado para tal fin desde la infancia. <<

[19] *Boiúna Capei*. Es la luna en la mitología taulipangue; y *Boiúna* es el duende nocturno de los ríos, mencionado. Todo parece indicar que Mario de Andrade, según su costumbre, fundió en una única representación los elementos de dos entidades (G. M. S.). <<

[20]Hechizo para diagnosticar la virgnidad. <<

^[21]*Negrito-de las-Escondidillas (Negrinho Pastoreio)*. Duende del folklore gaucho, santificado por la creencia popular; se le atribuye la facultad de ayudar a encontrar los objetos perdidos. <<

[22]Se trata de una de las muchas mentiras que Macunaíma va disseminando por el libro. Esta, sin embargo, se vincula a la creencia popular de que si se cuenta un sueño bueno se corre el riesgo de no verlo realizado jamás. <<

^[23]*Zomé (Sumê)*. Héroe civilizador de los indígenas brasileños, asimilado a Santo Tomé después del descubrimiento. Según la leyenda habría dejado la huella de sus pies en varios lugares del país. <<

[24] Para simbolizar la conjunción de las tres razas brasileñas y para satirizar la secreta aspiración de blancura de un pueblo de mestizos, como puede inferirse de los comentarios sarcásticos del protagonista. <<

[25]Sirena de los ríos y de los lagos. Equivale a la *Uiara* de las leyendas amazónicas y a la *Iemanjá* de los negros. Puede ser también identificada con *Boiúna*. <<

[26]El fragmento constituye una caricatura amirable del juego del truco, muy popular por aquel entonces en São Paulo y que está concebido más o menos con el mismo espíritu surrealista que el juego del cricket en *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll. La carta principal del juego es el 4 de bastos; se suele acompañar las jugadas más emocionantes del partido con bromas y desafíos, basados, por lo general, en fórmulas fijas; las frases que Piaíma, victorioso, descarga sobre Maanape son, por ejemplo, tradicionales en los enfrentamientos entre contrincantes. El juego deberá ejercer, efectivamente, gran fascinación sobre Mario de Andrade, quien volvió a aprovecharlo en uno de sus poemas de connotación política, el titulado «O Carro da Miséria» (G. M. S.). <<

[27]*Caapora* o *Caipora*. Duende maligno que vive en la floresta y que suele aparecer ofreciendo una porción de tabaco. Se lo confunde muchas veces con Currupira. <<

[28] El acto de echarle humo a alguien forma parte del ritual de la macumba. <<

[29]Es creencia popular que el picaflor con cola en forma de tijera trae mala suerte. <<

^[30]*Mañoco en caldo de manioca (Tacapá con tucupí)*. Plato célebre del Amazonas. Consiste en un puré preparado con polvillos de mandioca aderezado con ajo, sal y pimienta, al cual se agrega una salsa especial preparada con el jugo de la mandioca fresca, calentada al fuego. Es un condimento frecuente del pato asado. <<

[³¹] *Arco-de-los-íris* (*Arco-da-Velha*). Según la creencia popular quien pasa por debajo de él cambia de sexo. <<

[32]*Echú (Exu)*. Divinidad maléfica de la mitología afro-brasileña. Su importancia es enorme en la macumba y en la ceremonia del catimbo; comúnmente se identifica con el demonio. <<

[33] *Bembé*. Fiesta para saludar a los Orishas. *Macumba*. Ritual religioso popular, mezcla de catolicismo, fetichismo africano y supersticiones tupís, muy difundido en las ciudades de Río de Janeiro y São Paulo. La versión de la macumba propuesta por Mario de Andrade es muy personal. <<

[³⁴] *Ochún* (*Ochum* u *Oxum*). Divinidad de los ríos y de las fuentes de la mitología afrobrasileña. En la tradición afrobahiana, Oxum está casada con su hermano *Xangó* (Apud Cámara Cascudo). <<

[35] *Zainé* (*çairê*). Salutación religiosa de los indios, introducida en el portugués por los misioneros. <<

[³⁶] *Ogán* (*Og* u *Agan*). Personaje protector de los sitios donde se realizan las ceremonias de macumba y los candomblés. <<

[37]*Atabal* (*Atabaque*). Instrumento musical de origen africano, similar a un tambor. <<

[38]*Ogún (Agum)*. Una de las divinidades más populares de la macumba; es la divinidad de las luchas y de las guerras. Hijo de Iemanjá. <<

[39] *Olurún* (*Olorung* u *Olorum*). Junto a Obatalá es uno de los dioses yorubas más importantes. <<

[40] ¡Yemanyá! ¡Anamburucu! (Iemanjá! Anamburucú!). *Iemanjá* es la sirena o *me d'agua* de los yorubas; es una figura extraordinariamente popular en Río y en Salvador; *Anamburucú* es la más anciana de las sirenas o *mes d'agua* entre los negros bahianos. Se la identifica con Santana. <<

[41] *Ochalá* (*Oxalá* u *Orizalá*). Importante divinidad *jejê-nagô* que simboliza las energías productivas de la naturaleza. En Bahía se la simila al señor do Bonfim.

<<

[42]*Changó (Xangó)*. Una de las divnidades más populares y de mayor prestigio en los condomblés y macumbas desde Recife hasta Río Grande do Sul. Divinidad de los truenos, rayos y tempestades. <<

[43]*Omolú* (*Umulu* u *Omolu*). Divinidad maléfica de atributos fálicos; divinidad de la varicela, inseparable de Exu, el hombre de las encrucijadas. <<

[⁴⁴] *Ochosi* (*Ochosse* u *Oxóssi*). Divinidad de la caza o de los cazadores. Su símbolo es el arco y la flecha. Se le identifica con San Jorge. <<

[45]*Obatalá*. Es la más importante de las divinidades yorubas. Representa el cielo y el firmamento; es el dios de la fecundidad que preside la formación del niño en el útero materno. <<

^[46]*Ebbó*. Sacrificio con hierbas especiales y sangre de animales <<

[47] *Mameluquita* (*Mazombinha*). Se llamó mozombo en el Brasil colonial al hijo de europeos. <<

^[48]*Babalaó (Babalao)*. La que oficia de médium, *filha de santo*. <<

[49]La oración de Echú que viene a continuación es una deformación de oraciones cristianas, probablemente inventada por Mario de Andrade. <<

^[50]*Senzala* (o *sanzala*). Alojamientos destinados a los esclavos en las haciendas del tiempo de la colonia, e incluso durante todo el siglo XIX. <<

[51] *Chico-t-era*. Corruptela del latín de iglesia *sicut erat*. <<

[52] Fiel a la costumbre de mezclar en el libro elementos ficticios y reales, Mario de Andrade presenta a Macunaíma, hacia el final de la escena, junto a algunos de sus amigos y compañeros de generación: Jaime Ovalle (1894-1955), poeta y compositor, conocido sobre todo por su singular personalidad bohemia y sus aficiones surrealistas que inspiraron crónicas y poemas de escritores que fueron sus ontemporáneos y que supieron testimoniarle su admiración y aprecio. Manuel Bandeira (1886-1968), gran poeta y amigo dilecto de Mario de Andrade, al que ya nos referimos en notas anteriores (ver notas 56 y 76). Blaise Cendrars (1887-1961) conocido poeta moderno, suizo, que habiéndose vinculado en París al grupo modernista de 1922, visitó Brasil, entre 1924 y 1928, en forma casi anual. Su poesía produjo un poderoso impacto en la mayoría de los autores locales de la época; es uno de los responsables de la toma de conciencia de la cultura nacional por parte de los modernistas brasileños; influyó en la evolución artística de la pintora Tarsila do Amaral y en la orientación literaria de Oswald de Andrade y Mario de Andrade. Ascenso Ferreira (1895-1965), poeta pernambucano, recordado por el placer con que recitaba sus exuberantes versos espontáneos, inspirados en el folklore nordestino. Raúl Bopp (1898), poeta y diplomático inculcado sobre todo a la corriente denominada *Pau-Brasil*, ramificación más importante del nacionalismo del período y que tiene en su libro *Cobra Norato* una de sus expresiones más logradas. Antonio Bentyo de Araújo Lima (1902) es un eminente crítico de artes plásticas que aún trabaja en Río de Janeiro y gran amigo del escritor. <<

[53]*Nanches (Muruci)*. Planta de la Amazonia de la que se extrae un colorante. Para evitar que la lona de las velas sea atacada por el moho provocado por la humedad, los barqueros del puerto de Belém, en Pará, suelen pintar sus embarcaciones con azul de añil o rojo de *murruci*. <<

[54] *Urucungo*. Especie de tambor rústico usado por los negros. <<

[55] *Mianiquê-Teibê*. Héroe indígena que pierde la cabeza por haber utilizado, sin autorización, los distintivos del cacique. <<

[56] Esta carta, escrita por el protagonista a las icamiabas parodiando el portugués clásico, es una sátira de la sumisión a Portugal en cuestiones de idioma, y al lenguaje empleado, aún en la época en que Mario de Andrade escribió *Macunaíma*, por ciertos escritores brasileños, algunos de los cuales eran miembros de la Academia Brasileña de Letras, y quienes permanecían indiferentes a las transformaciones sintácticas y de vocabulario ocurridas en el Brasil. En este *pastiche*, transcribe sin comillas frases íntegras de Rui Barbosa, de los cronistas portugueses coloniales, versos de Camões, de los lingüistas más eminentes, devastando —como el propio escritor lo confiesa en una carta— «la tan preciosa cuan solemne lengua de los colaboradores de la Revista de *Língua Portuguesa*». Al mismo tiempo, con la intención de demostrar que la pretensión vernácula no lograba encubrir el desconocimiento efectivo de la lengua, intercala en el texto confusiones terminológicas que presentan ortografía o sonoridad similar, formas expresivas erróneas, expresiones coloquiales, etc. En uno de sus últimos textos, declara que la carta traduce, no la preocupación de acertar, tan característica del intelectual brasileño, «sino la preocupación de no equivocarse» que dominó a los artistas nacionales hasta 1920 (G. M. S). <<

[57]Famoso escritor portugués del siglo XVII, considerado generalmente como uno de los modelos del lenguaje clásico. Mario de Andrade conocía su obra muy bien. <<

^[58]*Qui lo sá.* Por la expresión italiana «chi lo sá». <<

^[59]*Urbi et orbi*. En la ciudad, en la tierra y en el universo. <<

[60]Por «modus vivendi». Sátira a la manía brasileña de recurrir a citas latinas que, por lo general, son transcritas de modo incorrecto. <<

[61]Antonomasia por São Paulo. Esta ciudad fue, en los siglos XVI, XVII y XVIII, el punto de partida de las Mabdeiras, expediciones que se internaban en las zonas selváticas y desérticas del país en busca de oro y piedras preciosas, cuando no para capturar indios a fin de esclavizarlos. Estas campañas promovieron, de modo indirecto, la expansión territorial y la colonización (G. M. S.). <<

[62] Alusión satírica al nacionalismo ilusorio del brasileño medio, muy distinto del nacionalismo crítico de los modernistas. <<

[63] Alusión a la costumbre corriente que tenía el partido gobernante —el PRP— de fraguar las elecciones, antes de 1930, computando votos de personas fallecidas. <<

[64] *Per amica silencia lunae.* Por amiga silente de la luna. <<

^[65]*Ad hoc*. Específicamente para eso. <<

[66] Alusión al lema de la bandera brasileña. <<

[67] Alusión al Servicio de lucha contra la lepra, organizado en el Estado de São Paulo por el Dr. Francisco de Salles Gomes, a partir de la década del 20. (G. M. S.) <<

[68] Alusión a la frase hecha, corriente en la época y reveladora del complejo de superioridad de los paulistas: «São Paulo es una locomotora que arrastra veinte vagones vacíos» —o sea, los veinte Estados entre los cuales entonces, se dividía el país (G. M. S.). <<

[69] Alusión irónica al hecho de que, en el Brasil, el idioma hablado se presenta plagado de extranjerismos y deformaciones, mientras que la lengua escrita utilizada por los escritores convencionales sigue imitando la de Portugal. <<

[70]Alusión a un hábito corriente entre las jovencitas de la burguesía en las décadas del 20 y el 30, que salían a la calle a vender flores en beneficio de las instituciones de caridad y colocaban una en la solapa de cada hombre. Mario de Andrade, lector de Freud, satiriza implacablemente esa costumbre de evidente significación sexual. <<

[71]Alusión más que probable al personaje de la novela *Amar Verbo Intransitivo*, que Mario de Andrade redactó inmediatamente después de terminar la composición de *Macunaíma*. La figura de la muchachita extranjera —por lo general profesora— muy conspicua y orientada por elevados ideales, en contraste con la conducta discutible y la grosería del brasileño, es un rasgo constante en la obra de ficción del escritor. Un ejemplo arquetípico de lo que decimos puede encontrarse en el cuento «Atrás da Catedral de Ruão» (*Contos Novos*). (G. M. S.). <<

[72]*Comió el comején (Comeu tudo)*. Modo usual de rematar las narraciones populares en el Brasil. Hay muchas variantes. Equivale al español: «Y colorín colorado...». <<

^[73]*Güiro* (*Ganzá*). Instrumento musical de la hoja de flandres, especie de cencerro con piedritas adentro, que suenan al agitarse. <<

[74]*Lengua del len-pén-gua-pá (Lim-pim-gua-pá).* «El idioma Lim-pin gua-pá es una lengua secreta de los niños que consiste en seleccionar de cada palabra sus sílabas, agregando a cada una de ellas otra compuesta por el sonido de la misma sílaba precedida por la consonante p. Así, por ejemplo, *língua* (lengua) se dirá *lim-pim-guá-pá*». <<

^[75]*Bife*. Aportuguesamiento del término beef. Apelativo popular de inglés en el Brasil. <<

[76]El fragmento ejemplifica bien la ya aludida e intencional desarticulación geográfica del libro. <<

[77]*Passou por aqui no seu cabalinho comendo capim* («Por aquí pasó en su caballito que bien pastó») es el fragmento de un dicho usado en el Brasil contra el orzuelo, que consiste en lo siguiente: se pasa un grano de trigo sobre la parte afectada del ojo y se pronuncia tres veces la frase: Santa Lucía por aquí pasó en su caballito que bien pastó”. Mario de Andrade incorporó la fórmula mágica por asociación de ideas a la descripción de la fuga de los caballos. <<

[78] *Embarradas de falda no caiga (barra de saia, ño caia)*. «Célebre consejo brasileño, fundado en las diversas significaciones de la palabra *barra*. La *barra* (margen) del río es peligrosa ya que se la disputan los vecinos; la *barra* de oro suscita ambición, lucha por el dinero; la *barra* (dobladillo) de la falda es una alusión a la mujer, y en este orden huelgan los comentarios». <<

[79]Es creencia popular que el pájaro carpintero (*megapicus rubricolis*) tiene la costumbre de cargar en el pico una hoja mágica, especie de talismán que da felicidad a quien la toma (G. M. S.). <<

[80] Sátira del autor a sí mismo, ya que una de las ideas centrales de su pensamiento (y también de *Macunaíma*) es que el Brasil debía intentar realizarse no a la sombra de Europa, sino buscando los valores específicos de su cultura.

<<

[81]*Quiniela (bicho)*. Referencia al juego de azar más popular del Brasil. Se realiza en combinación con las loterías, cuyos números corresponden, en la jerga popular, a ciertos animales. <<

[82] *Telo-decumê*. «Quiero comer» en pronunciación infantil. <<

[83] Alusión al hábito del *chupim* o *vira-bosta* de buscar alimento revolviendo las deposiciones del ganado. <<

[84] ¡*Pincha!* ¡*Pincha!* (*afinca! afinca!*). Voz que imita el canto del pájaro. Según la creencia popular, en la época de la plantación de arroz, el chupim canta en la rama del árbol al sembrador que trabaja a sus pies: «*Afinca, afinca que eu (a)rranco*» (Siembra, siembra que yo lo arranco). <<

[85] ¡*Boni-t-ó-tó yucamarga mocotó!* (¡*Boni-t-ó-tó macacheira mocotó!*).
Cantinelas infantiles de intención provocadora. <<

[86] *Sic transit*. Así va, anda, camina. <<

[87]Se refiere a corazonadas para ganar en el juego del *bicho* (G. M. S.). <<

[88]El pueblo la llama *erisipela* o *erisipa*; es una de las molestias más frecuentes que se derivan de las ceremonias de bendición populares. <<

[89]En la mitología indígena el destino final de los héroes es convertirse en estrella y permanecer en el cielo, brillando por toda la eternidad. Esta creencia parece ejercer enorme atracción sobre el espíritu de Mario de Andrade, ya que el escritor se refiere a ella en distintas oportunidades en el transcurso del libro. Finalmente, la utiliza para rematar con ella el espíritu melancólico de su personaje. <<

[90]*Cururu*. Danza popular que, ya en tiempos de Mario de Andrade, estaba restringida a ciertas áreas rurales, y en cuyo despliegue se empleaba una coreografía circular y *desafíos* entre los participantes. Los *desafíos* equivalen a las payadas guachescas, muy comunes en el Río de la Plata. Desde el punto de vista de su origen, y según el escritor, el *Cururu* se remonta a la época de la catequización jesuítica, que adaptó prácticas indígenas a la actividad religiosa. El hecho de que los pasajeros de un trasatlántico de lujo bailen el *cururu* es tan insólito como el gesto del capitán del barco, que se quita de su cabeza la insignia de los jefes indígenas: el penacho, y no la gorra que sería el emblema natural de un marino. Se ve que la intención de Mario de Andrade es subrayar, mediante estos contrastes violentos, las contradicciones de la cultura brasileña repleta de características dispares y antagónicas. <<

[91] Nueva referencia a la sirena ya aludida, también llamada *Boiúna*. Según la leyenda amazónica, la *Boiúna* puede aparecer bajo distintos disfraces: como un barco de vela, como balsa, como barco de gran porte, etc. <<

[92] «¿Viste al pajarito verde?» es un giro idiomático con el cual se acostumbra interpelar a las personas que dan muestra de una alegría que nos parece ilógica.

<<

[93]La historia explicativa de la tenacidad de la garrapata pertenece al folklore brasileño. <<

^[94]*Vucapú (acapu)*. Madera oscura y resistente de la Amazonia. <<

^[95]La queja del chofer reproduce la anécdota de un cuento popular. <<

[96] Cuando una persona está dominada por la rabia o el furor, el pueblo dice que «se comió una víbora». <<

[97] La decisión de Mario de Andrade de hacer que el gigante emerja, apareciendo en la superficie del plato de fideos para denunciar, indiferente a la situación dramática, una falla técnica en el sazonomiento de la comida, constituye, sin duda, una parodia de la versión que el escritor Oswald de Andrade ofrecía de una nécdota célebre de la historia brasileña. La anécdota original es la siguiente: «Consta que, en ocasión de las guerras habidas en el siglo XVII entre los portuguesas y los invasores holandeses que se establecieron en el Norte y Nordeste de Brasil, el capitán de un barco holandés, viéndose derrotado, se envolvió en la bandera y se arrojó al mar exclamando: “¡El mar es el único sepulcro digno en un almirante *bátavo*!”. Fue sobre este hecho que Oswald de Andrade construyó su versión basada en la discutida pronunciación de la palabra *bátavo*, que para algunos es *proparoxítona* y para otros *paroxítona*. Satirizando la obsesividad gramatical de los brasileños, agregaba él que el referido Almirante, después de hundirse, había resurgido nuevamente del fondo de las aguas para proceder, antes de su muerte, a una retificación final: “¡O *batávo*, como dicen otros!”». Y sólo entonces desapareció en el océano. El fragmento es, por lo tanto, parodia de una parodia (G. M. S.). <<

[98]La actitud de Macunaíma tiene un nítido sentido alegórico, sobre todo si lo relacionamos con las coordenadas básicas del pensamiento de Mario de Andrade, reflejadas reiteradamente en sus escritos. Mediante esa actitud se representa la venganza de la civilización europea, enaltecedora del trabajo y encarnada en la laboriosa ciudad de São Paulo (G. M. S.). <<

[99] Así llama el pueblo a los fuegos fatuos que aparecen tierra adentro y que identifican las almas de los ahogados. <<

[100]100. Mujerencantada que habita el fondo de los ríos, en la mitología amerindia. <<

[101] Cuenta la tradición que cierta vez, viajando en canoa con sus compañeros, bajo un sol ardiente, el padre Antonio Vieira se dirigió a una bandada de aves que pasaba sobre ellos exclamando: «¡*Eropita de boiamorebo!*», cosa que, en lengua indígena, significa: «haz que tus compañeros se detengan aquí, sobre nosotros». Entonces las aves formaron un toldo lo que protegió a los viajeros. El padre Antonio Vieira (1608-1697) es el más famoso de los oradores sacros portugueses y, sin duda, el más descollante entre los intelectuales religiosos que estuvieron en Brasil durante el período de la Colonia. Misionero, escritor, político, vivió entre Portugal y Brasil, ya sea como encargado de delicadas misiones diplomáticas o consagrado a la catequesis. Ejerció profunda influencia sobre don Juan IV de Portugal. Gran escritor, es uno de los modelos más altos de prosa en lengua portuguesa. <<

[102]En el original: *quem falar primeiro como a bosta dela*; fórmula popular con la que se suele determinar el relato de cuentos o historias, impidiendo de tal modo a los oyentes nuevas solicitudes. Recurso del que se valen los niños, para imponer silencio a sus compañeros, cuando en el juego la algazara es muy grande. <<

[103] *Mata-matás* es el nombre de una tortuga pequeña y fea. Como se ve, en portugués, el adjetivo recae sobre un sustantivo masculino. El escupitajo de Ma. <<

[104] Como es su costumbre, Mario de Andrade funde aquí las figuras de dos monstruos: el gigante Jucurutu, que vivía en la isla del mismo nombre, sobre el río Solimes y el Bicho Ponde, personaje popular. Ambos tienen la misma característica: son antropófagos. <<

[105]*Mapinguari*. Monstruo peludo, antropófago, parecido al hombre pero invulnerable a las balas salvo en la región del ombligo. Como puede inferirse por el contexto. Mario de Andrade identifica esta superstición con la creencia que atribuye a los monos grandes condiciones de ladrones de mujeres. Esta última creencia se encuentra difundida entre los salvajes. <<

[106]Hércules Florence (1804-1879), pintor y dibujante natural de Nice, Francia; llegó al Brasil con la expedición Langsdorf donde se radicó, habiendo vivido en São Paulo casi 50 años. Sus dibujos constituyen documentos importantísimos de la iconografía brasileña, ya que registran sucesos históricos relevantes, fiestas populares, aspectos de la vida de los troperos, los trabajos realizados en los ingenios de azúcar y en los cafetales. Dejó también escritos sobre etnografía por los que Koch Grünberg sentía gran aprecio. Su proclividad a la investigación científica se pone de manifiesto en la curiosa monografía zoofonia donde trató de fijar la musicalidad del canto de los pájaros. Consta, además, que fue uno de los inventores de la fotografía (G. M. S.). <<

[107]*Lobisón (lobisomen)*. Hombre que en la noche de los viernes se transforma en un gran perro y sale a recorrer los caminos, asustando a la gente y peleando con otros perros. <<

[108]Prohombre portugués, descollante en la historia de la colonización de São Paulo en el siglo XVI. Habiendo naufragado en el litoral de la capitanía de Sao Vicente, a comienzos del siglo XVI, tuvo relaciones amorosas con varias mujeres indias, entre ellas Bartira, hija del jefe Tibirica. Dejó gran descendencia, a la que enorgullecen de pertenecer algunas de las familias más importantes del estado de São Paulo. <<

[109]En la versión de Mario de Andrade, el episodio del embuste de Macunaíma es alargado con el agregado del juego infantil para sorprender a los mentirosos. Este juego consiste en preguntar a la persona de cuya veracidad dudamos: —«¿Tu papá fue a cazar?». —«Sí». —«¿Y qué cazó?». —«Un ciervo» (o cualquier otro animal). —«¿Y tuviste miedo?». —«No». En ese momento, la persona que interroga trata de asustar a su interlocutor con un gesto brusco; si pestañea es porque está mintiendo. <<

[110] La creencia de que los cerdos salvajes tienen el ombligo en la espalda —ya registrada por los cronistas coloniales— se origina en la confusión popular entre ombligo y la glándula dorsal, que debe ser extrída antes de proceder a carnear el animal. <<

[111] Creencia popular muy arraigada, según la cual el leproso que logra contagiar a siete personas se cura. <<

[112]Alusión al dicho popular: *Papagaio come milho, periquito leva fama* («papagayo come alpiste, el lorito se lleva la fama»), que significa: el inocente paga por el culpable. <<

[113] Proverbio indígena, traducción de: *Ixá itamanhã xa micó ára uirpe ârâma.*

<<

[114]Entidad mitológica que tiene una sola pierna. <<